

Sophie Saint Rose

State of Texas

*Una moneda
per
un coragiu*



Una moneda por tu corazón

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

June estaba lavando en el río su otro vestido, después de que el niño del herrero le hubiera tirado un puñado de estiércol. Se mordió el labio inferior de la impotencia y reprimió las lágrimas cerrando sus preciosos ojos azules, mientras apretaba con fuerza la desgastada tela de su vestido. No sirve de nada llorar, dijo para sí abriendo los ojos y tomando aire. Había aprendido cuando murió su padre, que nunca recibiría la ayuda de nadie en ese pueblo. A la temprana edad de diez años había visto como ningún vecino se acercaba a su ruinoso casita a las afueras para darle el pésame y cómo el reverendo tuvo que exigir ayuda para llevar el cadáver de su amado padre hasta el cementerio. Fue después de sepultar a su padre tras un breve sermón, que el reverendo Mathews la llevó de regreso a su casa y fue muy claro con ella. Todavía le recordaba sentado ante ella en la mesa de madera que usaban para comer y le decía— Niña, deberías irte del pueblo. ¿Tienes más familia?

—No, reverendo. Creo que no. — susurró asustada apretándose sus manitas.

El reverendo apretó los labios— Pues aquí no puedes quedarte. Las gentes de esta aldea te odian y sólo te toleraban porque temían a tu padre. Era un hombre fornido y no se atrevían con él, pero a ti...

—¿Por qué nos odian? No hemos hecho nada.

El reverendo suspiró y miró hacia la ventanita por donde se veía que estaba oscureciendo—

Tu madre hizo algo que no pueden tolerar y tú eres el fruto de esa traición.

Ella no entendía lo que quería decir —¿Me está diciendo que no soy hija de mi padre?

—En su lecho de muerte después de darte a luz, dijo unas palabras que aún me ponen los pelos de punta, niña. No puedo revelarlas por ser secreto de confesión, pero lo que todo el mundo sabe es que no eres hija de tu padre. Él hizo la vista gorda porque adoraba a tu madre, pero en el pueblo no lo olvidan y te odian.

Ahora entendía que los otros niños la llamaran bastarda. Cuando se lo habían dicho la primera vez, ella había ido llorando hasta su padre que trabajaba en el huerto y se lo había contado entre lágrimas. Él había sonreído y se había agachado a su lado tocándole la punta de su nariz sonrojada— Son unos envidiosos porque nadie en el pueblo se quiere como nosotros. Por supuesto que eres mi niña bonita. La más hermosa del contorno. No hagas caso a las habladorías, ¿me oyes? Nunca les hagas caso.

Recordando esas palabras miró al reverendo y levantó la barbilla—Mi padre era Steven Miller y usted es un mentiroso.

El reverendo la miró asombrado y vio cómo iba hasta la puerta de su casita y la abría indicándole que no era bien recibido— ¡Niña! ¡No seas grosera! — le había gritado el reverendo— ¡Eres hija de Lord Craig Pemberton y eso lo sabe todo el mundo!

—¡Miente! — gritó June furiosa y desgarrada de dolor— ¡Mi padre es Steven Miller!

—Oh, eres imposible. — el reverendo se levantó tocándose su enorme barriga— ¿Quieres saber por qué te odian? ¡Porque es el peor arrendador de la historia de Inglaterra y se mueren de hambre! ¡Por eso te odian!

—¡Siga mintiendo reverendo e irá al infierno!

—¡Tu madre me lo dijo en su lecho de muerte! — gritó rojo de furia. June dio un paso atrás

impresionada— ¡La violó en sus establos un día que fue a la casa grande! ¡La deshonró y tu padre hizo la vista gorda! ¡Pero todo el mundo sabe la verdad, porque lo vieron los lacayos del establo! ¡Lo hizo ante ellos para demostrar su poder!

La niña pálida miró los ojos del reverendo y susurró— Soy hija de Steven Miller.

El reverendo se calmó al ver su dolor y apretó los labios arrepintiéndose de sus palabras. — ¿Quieres que hable con el Conde para que te mantenga? Eres su descendiente y debe hacerse cargo de ti.

Asustada porque tenía un miedo atroz a ese hombre, negó con la cabeza— No, por favor.

—Entonces hablaré con la Condesa. Le diré que hay una niña huérfana que necesita manutención. Siempre ha sido muy generosa con los huérfanos.

—No quiero nada de ellos.

—¿Y cómo te vas a mantener, niña?

—Tengo mi huerto.

El reverendo la miró de arriba abajo y al ver su viejo vestido y sus pies descalzos se sintió impotente. —Al menos tendrás para comer.

June forzó una sonrisa— Sí. No se preocupe más por mí.

—Ven a hablar conmigo si necesitas algo.

—Gracias, reverendo.

Pero nunca había ido a hablar con él. Por muy mal que lo hubiera pasado, nunca había pedido nada a nadie. Y eso que después de fallecer su padre lo había pasado realmente mal. Aunque tenía para comer, era una niña y ver que nadie quería hablar con ella, había sido muy duro. El primer año

lloró mucho. Muchísimo. En su pequeña casita ante la chimenea había estado desesperada por que alguien le mostrara un poco de cariño. Acostumbrada a la compañía de su padre, estar completamente sola había sido un shock. Pero el segundo año fue algo mejor y el tercero mejor aún. Ahora no necesitaba a nadie, pero no podía evitar que a veces la sorprendieran con la guardia baja. Como esa mañana con el hijo del herrero, que apenas tenía cuatro años. Cuando pasaba delante de la herrería la había llamado escoria ante su padre, tirándole el estiércol al vestido. El hombre ni la miró dos veces antes de seguir con su trabajo y ella como siempre que ocurría algo así, agachó la cabeza y salió corriendo hacia su casa.

Nunca respondía a los ataques, porque una vez que lo había hecho, unos niños del pueblo le habían pegado una paliza que la había tumbado en la cama una semana. Y ahora que tenía diecisiete años era aún peor, porque la trataban como a una zorra, insultándola a su paso. Los mozos le decían cosas lascivas cada vez que la veían y sólo fue por la intervención del reverendo que la cosa no fue a más. Una mañana pasaba ante la Iglesia y uno de los mozos la llamó zorra y le preguntó si quería abrirse de piernas para él y sus amigos. El reverendo, que salía en ese momento y vio la escena, palideció gritando a los cuatro vientos que como se atrevieran a tocarle un solo cabello de su melena, les excomulgaría a todos.

El rumor corrió por el pueblo y los insultos seguían, pero no se atrevían a tocarla por miedo al reverendo, que era muy respetado en el contorno. Eso fue un verdadero alivio para June y para agradecersele, le dejó en la puerta de su casa una caja con todo tipo de hortalizas que ella misma había cultivado. Las mejores del contorno según él. La había detenido otro día para darle las gracias diciendo que sus tomates eran un auténtico majar.

Eso era lo que le daba para vivir, pues se las vendía a la casa grande para las finas comidas de los lores que les visitaban. Les odiaba, pero su dinero le venía muy bien para sus pequeños gastos, así que no podía rechazarlo. Sospechaba que el reverendo había hablado con la cocinera para que se las comprara a ella, pero no podía asegurarlo porque la señora Reynolds nunca había abierto la boca al respecto. La trataba correctamente pero tampoco le daba confianza.

Recordando todas esas cosas siguió frotando el vestido y al levantarlo del agua vio que la mancha había desaparecido. El olor a jabón llegó a su nariz y sonrió antes de sumergirlo de nuevo cuando vio a varios niños del pueblo correr por el puente en dirección a los pastos de lord Pemberton.

Entrecerró los ojos y apartó un mechón rubio de su frente al ver como varios vecinos también corrían hacia allí riendo encantados. ¿Qué ocurriría? Con curiosidad se levantó retorciendo el vestido y cruzó el río saltando sobre las piedras para llegar al otro lado. Alejada de sus vecinos, caminó entre los árboles tomando la misma dirección y cuando escuchó la excitación de los niños, miró hacia la enorme pradera donde vio gran cantidad de carretas que tenían grandes carteles pintados con brillantes colores. No sabía lo que ponía en esos carteles, pero eran muy bonitos.

Fascinada se subió a un árbol para ver mejor y lo que vieron sus ojos la dejó maravillada. Un hombre estaba subido a un animal que nunca había visto. Era enorme. Tenía patas gordas como troncos y una nariz que le llegaba hasta el suelo. Los niños no lo veían porque estaba detrás de las carretas, que haciendo un círculo protegían lo que se hacía en el interior. La sorprendió ver una tela enorme extendida en el suelo en forma de círculo y a varios hombres colocando troncos de manera vertical a su alrededor. Varias mujeres, vestidas con maravillosos vestidos de colores, reían hablando con los vecinos que parecían entusiasmados y un niño gritó la palabra circo. A June se le cortó el aliento. Era un circo. Había oído a su padre hablar de ellos. Hacían espectáculos por las ferias y los pueblos. Él había ido a uno una vez y le había entusiasmado. Sonrió sin perder detalle y vio los hermosos caballos blancos, que una muchacha morena dirigía con una fusta, montada en el que iba delante. Estaban tan bien entrenados, que siguieron al que iba a la cabeza, hasta donde la chica quería. Había varias jaulas al otro lado del círculo. Un gruñido le puso los pelos de punta y se preguntó qué sería. Entonces se abrió la puerta de atrás de una de las carretas y saltó al exterior un chico de unos diecisiete años, que llevaba puesto un fino traje de color violeta. Sonrió porque estaba muy guapo y con soltura fue hasta las mujeres gritando a los parroquianos que debían irse para dejarles trabajar. Los vecinos le miraron sorprendidos antes de echarse a reír, aunque el chico parecía que hablaba en

serio. No supo lo que les dijo después, pero tenía una sonrisa maliciosa que le hizo gracia y al parecer a los vecinos también, porque se echaron a reír de nuevo empezando a dispersarse.

Una de las mujeres le dijo algo al oído y el chico asintió antes de ir hacia una carreta más grande y llamar a la puerta. Se preguntó de quién sería esa carreta, porque era mucho más grande que las demás y no llevaba cartel.

La actividad era enorme y se distrajo de nuevo. Todos se pusieron a trabajar y el chico salió diez minutos después pegando gritos como si fuera el dueño. Una hora más tarde vio como empezaban a elevar la tela del suelo con unas poleas y durante las siguientes tres horas trabajaron sin descanso para hacer una enorme tienda. De los carros que había al otro lado, empezaron a sacar cosas y por la luz que salía de su interior, se imaginó que habían encendido hogueras para ver lo que hacían porque ya había oscurecido. El estómago le gruñó y suspiró porque no podía quedarse allí toda la noche. Además, empezaba a hacer frío y no había comido nada desde el desayuno.

Se iba a bajar del árbol cuando un hombre sobre un caballo negro apareció al lado de la tienda pegando gritos a uno de los trabajadores, que al parecer había dejado caer uno de los troncos sobre un compañero. El jinete furioso le señaló con el dedo y a June se le cortó el aliento al ver su rostro con el reflejo del fuego. Era el hombre más apuesto que había visto nunca. Vestido con una camisa y pantalones negros, llevaba unas botas impecablemente lustradas. Pero fue la fuerza de su rostro y su cabello negro lo que le llamó la atención. Algo en su pecho se revolvió calentándole el alma, justo antes de que su corazón saltara. Separó los labios al mirar los suyos, intentando escuchar lo que decía. Y estaba furioso, pero los ruidos de su alrededor impedían que sus palabras llegaran hasta ella. ¿Quién sería?

El chico, que ya no tenía el traje violeta, sino unos pantalones marrones y una camisa blanca se acercó corriendo. El hombre de negro le dijo algo y el chico asintió antes de empezar a meter gritos a diestro y siniestro. June sonrió porque se notaba que imitaba al jinete. Debía ser su aprendiz.

El hombre llevó su caballo hacia las jaulas y habló con un anciano que asintió divertido. Se

bajó del caballo y sonrió abiertamente provocando que el estómago de June diera un vuelco. —Dios mío — susurró impresionada sin perder detalle de su maravillosa sonrisa, mientras él daba una palmada en la espalda al anciano. Le dio las riendas de su corcel y caminó con paso firme, dando órdenes hasta llegar a la carreta más grande. Estaba claro que era el jefe y June suspiró decepcionada al verle desaparecer en su interior.

June se olvidó de que tenía frío y hambre esperando allí otra hora más por si le veía salir de nuevo, pero no fue así. Pensando que no podía quedarse allí toda la noche, se bajó del árbol y volvió a su casita. Sonrió soñadora imaginándose que esa sonrisa que le había dado al anciano se la regalaba a ella. Recordó todos los detalles de su cuerpo y volvió a suspirar al recordar cómo sus manos agarraban las riendas.

Cuando se tumbó en su estrecha cama después de comer algo de pan y se tapó con sus toscas mantas recordando los maravillosos vestidos de colores que llevaban esas mujeres. Las telas eran preciosas y se preguntó cómo sería llevar un vestido así. ¿Se sentiría hermosa? Hizo una mueca poniéndose de costado porque seguro que ella estaría ridícula.

A la mañana siguiente estaba de nuevo en su sitio del árbol observando la escena. Muchas personas salían y entraban de la enorme tienda. Pero al llegar el medio día varios se subieron en carros descubiertos con los miembros de la banda de música. Todos iban vestidos con sus trajes de colores brillantes y reían felices. ¿A dónde irían?

Mientras se alejaban las dos carretas, vio como un hombre vestido con un traje de rayas verticales corría tras ellos, tropezándose antes de llegar y cayendo al suelo de manera que rodó sobre sí mismo. Las carcajadas de los ocupantes de las carretas llegaron hasta allí. Se notaba que eran felices y sin poder evitarlo deseó sentir esa sensación de nuevo.

Una hora después se bajó del árbol porque tenía que llevar a la casa grande unas hortalizas.

Resignada cogió el carrito que usaba para transportarlas y metió dentro zanahorias y cebollas. Después de meter el brécol, tiró del asa de su carrito dispuesta a recorrer las cinco millas de distancia que la separaban de Pemberton House.

Iba por el camino cuando se encontró con los dos carros y varias chicas sonrieron gritando— ¡Ven al circo! ¡Mañana a las cuatro, primera representación! ¡Sólo nos quedaremos tres días!

June sonrió saludándoles con la mano mientras se alejaban y cuando desaparecieron al final del camino, perdió la sonrisa poco a poco. ¿Cuánto costaría ir al circo? No tenía mucho dinero y lo que tenía era para pasar el invierno. Apretó los labios porque seguro que no se lo podía permitir. Eso era para ricos.

Cuando llegó a la casa grande fue hasta la puerta de atrás y entró hasta la cocina. La señora Reynolds la miró muy seria— ¡Llegas tarde!

—Lo siento— susurró viendo la actividad de la cocina. — ¿Tienen invitados? Si lo llegó a saber, hubiera venido por la mañana.

—El Conde ha invitado a muchos amigos por la llegada del circo. Quiere llevarles a la representación de mañana. El mejor circo de Inglaterra. Paparruchas. A mí sólo me dan más trabajo. —la siguió al exterior y apretó los labios al ver lo que le había llevado— Tendrás que ir a por más.

—Por supuesto.

—Necesitaré tres veces más por lo menos.

June pensó que podía haberla avisado enviando a uno de los carros a recoger el material, pero sabía que no pensaba ayudarla, así que debería hacer varios viajes— Volveré lo antes posible.

—Y date prisa.

—Señora Reynolds...— la mujer se volvió en el pasillo y levantó una de sus cejas castañas— ¿Cree que me podrían pagar hoy?

—¿Y para qué quieres el dinero, niña?

—Quería ir al circo.

La señora Reynolds se echó a reír con fuerza. —¿Estás loca? ¿Piensas gastar un chelín para ver a esos payasos? Debe ser que te pago muy bien. No pienso animarte a tirar el dinero. Tráeme lo que te he pedido.

—Sí, señora Reynolds. — descargó el carro y se dio toda la prisa que pudo para hacer el encargo. Tuvo que hacer dos viajes hasta que la señora estuvo satisfecha y no le pagó nada.

Decepcionada volvía por el camino tirando del carro, cuando vio llegar a lo lejos y a todo galope al hombre de negro, pero esa vez llevaba un traje de noche como si fuera un caballero. Su capa negra se movía al viento y June se detuvo para verle pasar porque era impresionante. Él entrecerró los ojos al verla en el camino y se detuvo sorprendiéndola provocando que su caballo se levantara sobre sus patas traseras.

— ¡Deberías quitarte del medio, niña! ¿Acaso quieres morir?

June se sonrojó por su tono y susurró agachando la mirada— Lo siento, señor. — su cabello rubio cubrió su cara y él la miró de arriba abajo. Apretó los labios al ver que iba descalza y que se alejaba hasta la cuneta metiendo los pies en el barro.

El hombre se tensó y la vio caminar alejándose de él. Movié el caballo para verla mejor— ¡Niña!

Se mordió el labio inferior y se giró lentamente para mirarle sobre su hombro— Cómprate unos zapatos. — tiró una moneda de oro que cayó a sus pies y June atónita le vio alejarse a galope de nuevo sin mirarla de nuevo. Se le cortó el aliento mirando el suelo del camino y vio la moneda que brillaba por la luz del atardecer. Emocionada porque nunca le habían regalado nada, se agachó cogiéndola entre sus dedos antes de verle subir el camino hasta la gran casa. Suspiró apretando la moneda en su puño antes de girarse y abrir la palma de nuevo. ¡Se la había regalado él! Sonrió

radiante porque era algo tan increíble que las mariposas que sentía en el estómago se volvieron locas. Emocionada volvió hacia la casa mirando la moneda cada poco. Pero al acercarse al pueblo la escondió por miedo a que algún pillo se la robara. Tendría que guardarla con cuidado para evitar perderla porque esa moneda no pensaba gastarla. Era un regalo suyo...

En casa se sentó en la cocina colocándola sobre la mesa suspirando mientras recordaba el momento. La verdad es que era un hombre de carácter, pero se notaba que tenía buen corazón. Se tapó la boca intentando controlar la risa de felicidad por tener algo que él le había dado. Pensó en dónde guardarla, pero quería llevarla consigo todo el tiempo. Podía hacer un bolsillo en el interior del vestido, pero deseaba que tocara su piel. Vio la fina cinta de cuero que usaba para atarse el cabello cuando se acordaba y la cogió rodeando el canto de la moneda, pero así se le iba a terminar escapando y acabaría perdiéndola. Tendría que hacerle un agujerito para hacer pasar la cinta, pero no tenía con qué. Revisó entre las pocas herramientas que había tenido su padre y vio un punzón de hierro. Se mordió el labio inferior esperando no romper su regalo. Cogió el martillo y se sentó en el suelo con la moneda sujeta entre sus pies. Colocó el punzón en la parte de arriba y se mordió el labio con fuerza antes de golpear la moneda una vez. Sólo le había hecho una pequeña muesca, así que con cuidado golpeó una y otra vez hasta que el agujerito tomó forma. Tuvo que tener paciencia y darle una cantidad increíble de golpes, pero al final levantó la moneda y sonrió encantada con lo bien que lo había hecho. Cogió la tira de cuero y pasó uno de los cabos por el agujero. Se la colocó al cuello y cuando sintió la moneda de oro entre los pechos sonrió— Al lado de mi corazón. — la acarició por encima de su vestido y encantada salió de la casita para ir hacia el circo para entretenerse un rato.

Llegando al lugar, tan distraída estaba en sus pensamientos sobre el jinete del circo, que no se dio cuenta que la seguían. Detrás de un árbol vio que habían quitado las carretas de alrededor de la enorme tienda y observó escondida cómo unas chicas de su edad hacían sus ejercicios. Con los ojos como platos vio que llevaban unos vestidos algo indecentes por encima de las rodillas y que una se subía descalza a los hombros de la otra, que extendió los brazos en cruz guardando el equilibrio.

—¿Qué ocurre? ¿Quieres ver el espectáculo sin pagar?

Sobresaltada se giró para ver ante ella al chico que daba órdenes el día anterior mirándola con los brazos cruzados mientras daba golpecitos en la hierba con la punta de su bota. Iba vestido con la ropa de trabajo y June se sonrojó porque debía pensar que era una pedigüeña— Lo siento, no quería molestar.

—¿Quién eres? — preguntó el chico mirándola con curiosidad— ¿Eres del pueblo?

—Vivo a las afueras.

—Pues dile a tus padres que paguen la entrada como todo el mundo.

—No tengo padres. —miró sobre su hombro y sabiendo que hacía mal por estar allí espiando dijo— Ya me voy.

Sin mirar al chico iba a pasar a su lado cuando la cogió por la muñeca— Perdona.

Sorprendida levantó la vista. Era la primera vez que alguien le pedía disculpas y el chico se dio cuenta por su reacción— ¿Cómo te llamas?

—June. June Miller.

El chico sonrió abiertamente— June Miller, soy Michael Campbell. Soy el sobrino de Russell Campbell. Bienvenida al Circo Campbell.

June sonrió tímidamente— Gracias.

—¿Quieres ver la carpa?

Abrió los ojos como platos— ¿Qué es eso?

Michael se echó a reír y señaló la enorme tienda—Eso se llama carpa.

—Ah. ¿Puedo entrar?

—Conmigo sí. —dijo dándose importancia mientras se subía los pantalones. — ¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete— respondió con desconfianza— ¿Por qué?

Michael se echó a reír— Yo tengo catorce.

—¡Catorce! —impresionada le miró de arriba abajo— ¡Pero si eres enorme!

—Gracias. Mi tío dice que seré más alto que él.

—¿Tu tío es el del corcel negro?

—¿Le has visto? —preguntó orgulloso— Somos familia.

June sonrió ampliamente porque se le notaba que le adoraba— Sí, le he visto hace un momento. Iba hacia la casa grande.

—Le han invitado a una cena con esos ricachones. Como nos han permitido montar aquí la carpa debe ser agradable, aunque lo que quiere es beber cerveza en su carreta y olvidarse de todo.

—¿De qué tiene que olvidarse? —preguntó con curiosidad.

—Eres muy curiosa, ¿verdad? —Se puso como un tomate y Michael se echó a reír— ¿Quieres ver la carpa?

—Sí. —dijo ilusionada.

—Ven conmigo. Pero no toques nada.

Asintió y le siguió a dos pasos. Las chicas les vieron pasar y la que estaba debajo frunció el ceño— Michael...

—Ella es June. No tiene padres.

Como si eso lo dijera todo, la chica sonrió y la que estaba encima también. —Hola June.

—Hola— saludó tímidamente. Emocionada por ver lo que había dentro de la carpa, siguió a Michael que ya estaba apartando la lona de la entrada para que pasara. Y reteniendo el aliento entró abriendo la boca impresionada por lo grande que era.

—Somos el circo más grande de Europa— dijo orgulloso. — Mañana vendrán todos los de los alrededores para ver el espectáculo.

Asombrada vio los asientos alrededor. Michael la cogió de la mano y tiró de ella hacia el centro del círculo para que la viera bien. Levantó la vista hacia la punta de la carpa que debía estar a treinta metros de altura.

—Ten cuidado. Están asegurando las cuerdas y una de esas poleas puede abrirte la cabeza si se suelta. Ven, salgamos de la pista.

La llevó hasta un lateral donde no había actividad y se sentó en una de las sillas— ¿Qué te parece?

—Impresionante. — susurró viendo como encendían las antorchas para continuar trabajando. Se sentó a su lado y vio reír a uno de los que sujetaban unas sogas— Parecéis tan felices...

Michael la miró fijamente— Es que lo somos. Vivir en un circo es lo mejor que te puede pasar. Vemos mundo y damos gracias por lo que tenemos, pues otros son mucho menos afortunados que nosotros. Vivimos en una gran familia y todos nos ayudamos.

—¿Una gran familia?

—Yo nací en un circo y he vivido rodeado de personas. No te imaginas cómo son mis fiestas de cumpleaños.

—¿Qué es eso? —preguntó mirando sus ojos negros iguales a los de su tío.

—¿No has celebrado tu cumpleaños nunca?

Negó con la cabeza— Cuando nací yo, murió mi madre. No había nada que celebrar.

—Entiendo. — Michael desvió la mirada como si se sintiera avergonzado.

—¿Así que todos sois familia? — preguntó interesada.

—Como si lo fuéramos. Siempre hay alguien para echar una mano. Mi tío ha conseguido una

gran familia y nosotros somos felices.

—Lo dices como si él no lo fuera.

—Está algo cansado, eso es todo. Ha sido una gira muy dura y le están presionando para que venda a la competencia. Pero se le pasará.

—¿Quieren que venda el circo? — preguntó como si fuera un sacrilegio.

Michael se echó a reír. —No te preocupes. Al final no lo haré. Todavía es demasiado joven para darse por vencido.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintinueve.

Ella se mordió el labio inferior sintiéndose algo decepcionada. Seguro que cuando la había visto había pensado que era una cría. Aunque con su edad se casaban muchas. Levantó la barbilla apretando los labios mientras Michael la observaba— No aparentas diecisiete años.

Se sonrojó intensamente por si adivinaba lo que estaba pensando— Ah, ¿no?

—Diría que tienes catorce.

—Tú aparentas más y yo menos— miró a su alrededor y vio que las chicas entraban en la carpa.

—¿Listas? — gritó el anciano que supervisaba el trabajo de los hombres.

—Listas.

—Míralas. Esas son Lini y Maggie.

Sonrió al ver a las dos chicas acercarse resueltas al centro de la pista moviendo sus preciosos rizos castaños—¿Son hermanas?

Michael asintió mientras Lini se acercaba a un poste de la que sobresalían unas argollas —

¿Qué va a hacer?

—Subir a la cuerda.

Asombrada miró hacia arriba donde él estaba señalando una cuerda que iba de poste a poste sobre unos diez metros de altura. Asustada se llevó la mano al pecho—No.

Michael sonrió— Esa es la reacción que queremos mañana.

Lini subió ágilmente por las argollas sujetándose con los pies y las manos. Y cuando llegó arriba, se colocó con los pies juntos sobre una pequeña plataforma de madera.

—Comprueba su estado, Lini. — dijo el anciano mirándola desde abajo.

La chica alargó el pie y comprobó que estuviera tensa la cuerda —Está bien.

El anciano asintió— ¿Quién es él? — preguntó ella en voz baja.

—Es su abuelo. Roger lleva el espectáculo en la sangre. Antes hacía comedia cuando era joven. Después se metió en el circo haciendo de Payaso.

—Payaso. ¿Qué es eso?

—Te hacen reír. Ya lo verás.

Se tapó la boca al ver que Lini ponía un pie en la cuerda extendiendo los brazos para mantener el equilibrio. Todos la miraban expectantes y puso el otro pie delante con cuidado inclinándose hacia la derecha, pero mantuvo el equilibrio. June sintió un nudo en el estómago sufriendo por ella y con cada paso que daba sobre la cuerda, su corazón latía con más fuerza. Ya estaba demasiado lejos para volver y se apretó las manos angustiada. Michael la miró y sonrió mientras ella no perdía detalle. Estaba llegando cuando se desequilibró hacia la izquierda y sujetándose sólo en una pierna, buscó el equilibrio mientras June se levantaba de miedo. Lini se estabilizó y caminó a toda prisa hasta la otra plataforma mientras todos aplaudían aliviados.

—¡Muy bien, Lini! ¿Algún arreglo? — gritó su abuelo desde abajo.

—¡No! Está perfecta.

—¡Lini, me has asustado! — gritó su hermana desde abajo— ¡No vuelvas a hacerlo!

—Tranquila, era para darle emoción.

June soltó una risita por la mentira y Lini le guiñó un ojo antes de bajar.

Maggie exasperada se acercó a ellos y se sentó a su lado— Un día se va a matar por hacer el tonto.

—Tranquila, sabe lo que hace.

Maggie la miró con sus preciosos ojos color miel— ¿Te ha gustado?

—Es maravilloso. ¿Tú también lo haces?

—Con la punta de la nariz.

June abrió los ojos como platos y todos se echaron a reír. Al ver que era una broma ella también lo hizo. Cuando Lini se acercó a ellos sonrió encantada— ¿Vives en el pueblo?

—En las afueras.

—¿Con tus abuelos como nosotras?

Sus preciosos ojos azules se nublaron —No. Vivo sola.

El abuelo que los estaba escuchando la miró extrañado y se acercó lentamente para mirarla bien. —¿Cómo es que vives sola, niña?

—Tiene diecisiete años. — dijo Michael sorprendiéndolos— Sus padres fallecieron.

—Así que estás sola.

—Sí— respondió incomoda levantándose de su silla. — Creo que debería irme.

—¿Vendrás mañana a la representación? — preguntaron las chicas a la vez.

Se sonrojó intensamente— Lo siento, pero no tengo dinero para...

—No te preocupes por eso —dijo el abuelo sonriendo. — Michael te reservará un asiento en primera fila. Serás nuestra invitada.

Los ojos de June brillaron de alegría— ¿De verdad? No sé cómo agradecerlo.

—Estamos encantados.

—Gracias de nuevo.

—Te acompaño a tu casa. —dijo Michael como todo un caballero.

—Gracias.

Nunca la habían tratado tan bien y emocionada salió de la carpa acompañada de su nuevo amigo. El abuelo perdió la sonrisa y miró a sus nietas— Espero que os deis cuenta de la suerte que tenéis. —Las chicas asintieron cogiéndose de la mano— Debemos hacer algo por esa chica. Encargaros de averiguar qué puede hacer.

—Sí, abuelo.

Se miraron a los ojos y sonrieron mientras el abuelo pensando en ello se acariciaba la barba volviendo a mirar la salida de la carpa— Pobre chica. Tiene tristeza en el alma. Parece tan desprotegida que estremece el corazón.

—Dejamos a nosotras, abuelo.

Capítulo 2

June caminando al lado de Michael volvió a decir— No hace falta que me acompañes a casa. Sé llegar sola— dijo algo avergonzada por donde vivía. —Además, ¿y si te pierdes al volver? No puedo consentirlo.

Michael se dio cuenta de lo que pasaba y se detuvo porque no quería avergonzarla más— ¿Estás segura? No es ninguna molestia y puedo contarte lo que quieras de la vida del circo.

—¿A dónde iréis después? — preguntó sin darse cuenta continuando su camino.

—A Londres y después a Canterbury.

—Debe ser maravilloso conocer tantos sitios. Si vais a esas grandes ciudades, ¿qué hacéis aquí?

—Nos quedaban diez días hasta Londres y mi tío decidió detenerse aquí para aprovechar el tiempo. Hay muchos pueblos alrededor y es mejor que estar parados.

—Entiendo. — sonrió encantada— Me encantaría viajar y conocer mundo.

Michael la miró de reojo— ¿De verdad? A veces es un poco pesado, ¿sabes? Ir de un lado para otro, pero yo no lo cambiaría por nada.

—Mejor que vivir aquí. — apretó los labios cuando vieron a un hombre sobre el puente del

río y al reconocerles sonrió malicioso.

Michael se tensó al ver su expresión y dijo fríamente— Buenas tardes.

—Al parecer los del circo no pierden el tiempo. — con desprecio miró a June como si fuera una zorra— Que te aproveche. Dicen que se abre de piernas como ninguna.

June jadeó avergonzada y antes de que nadie pudiera evitarlo, salió corriendo sin poder reprimir las lágrimas.

—¡June! — gritó Michael.

—Corre, chico. Se te escapa la pieza. — el hombre se echó a reír y Michael le dio un puñetazo que le tiró al río.

—¡Para que se te enfríen las ideas! — gritó desde arriba sonriendo.

Cuando June llegó a su casa, se cerró por dentro y se sentó en su cama llorando de la vergüenza. ¡Por qué no podían dejarla en paz! Ya no podría mirar a Michael a la cara. Angustiada se tumbó en la cama y sin darse cuenta sacó su moneda acariciándola. No pasaba nada. Había sido un sueño poder tener un amigo. Seguro que al día siguiente la ignoraría porque no querría relacionarse con ella. Seguro que el panadero le habría contado un montón de mentiras y la despreciaría. Se limpió las lágrimas y miró la moneda que tenía en la mano. Al menos le quedaría ese recuerdo de esas horas maravillosas. Al menos le quedaba eso.

Al día siguiente no se acercó al circo, sino que se dedicó a trabajar en su huerto limpiando los matojos que habían salido. Estaba recogiendo unas zanahorias para comer cuando escuchó ruidos en el bosque. Tensándose fue hasta la azada y la cogió con ambas manos. Le sorprendió ver que era Michael, que sonrió al verla— Hola.

—¿Qué haces aquí? — preguntó con desconfianza apretando el mango con fuerza.

—He venido para llevarte a la carpa. — miró a su alrededor— Bonita casa.

—No mientas. —dijo con rabia antes de empezar a remover la tierra con rabia.

—Yo no tengo casa.

—Tienes una carreta.

—Menudo huerto. Tienes unos tomates muy hermosos. — ella se detuvo y Michael se quedó de piedra por lo que había dicho— ¡Hablabas de los tomates, te lo juro! — dijo atropelladamente sonrojándose— No se me ocurriría hablar de tus....

June al ver su azoro se echó a reír y Michael pareció aliviado antes de echarse a reír también. Más relajada le miró de reojo— Siento lo de ayer.

—¡No te disculpes por ese cerdo! ¡Cualquiera que te conozca se daría cuenta que mentía como un bellaco! Mi tío dice que he hecho muy bien y ...

—¿Se lo has contado a tu tío? — gritó a los cuatro vientos.

Michael asintió asombrado y ella gimió de vergüenza. Hasta que se dio cuenta que su tío no la conocía y entonces se encogió de hombros— ¿Y qué te ha dicho tu tío?

—Que siempre hay que defender el honor de una dama — dijo muy serio. —Le pegué un puñetazo que le tiró al río. Todavía se debe acordar.

Increíble. Se le quedó mirando con los ojos como platos porque aparte de su padre nadie la había defendido nunca— Gracias.

—De nada. — dijo levantando la barbilla— ¿Nos vamos? Va a ser la hora de la comida y hay potaje. Miranda lo hace delicioso.

—¿Me estás invitando a comer?

—Claro. Las chicas nos esperan. Les has parecido muy agradable.

Sonrió algo avergonzada. Nunca había sido invitada a comer y se pasó la mano llena de tierra por su pelo revuelto sin darse cuenta. Michael sonrió— ¿Por qué no te arreglas un poco? Aunque para mí estás muy bien, pero sé que a las mujeres os gusta acicalaros.

—Sí. —salió corriendo hacia la casita y echó el agua que tenía en el cubo en la palangana. Cogió su mejor jabón y se quitó el vestido quedándose en ropa interior. Se lavó a toda prisa y se puso su vestido limpio. Se cepillo su larga melena y como no encontraba con qué atársela se la dejó suelta. Salió corriendo y Michael sonrió desde el mismo sitio donde lo había dejado.

—¿Nos vamos?

—Sí, ¿debo llevar algo? Algunas hortalizas...

—No necesitamos nada.

Caminaron en silencio en dirección al circo y Michael la miró de reajo— ¿Te insultan de esa manera a menudo?

—No quiero hablar de eso.

—A mí puedes contármelo. Prometo ser discreto.

Le miró de reajo y vio que hablaba en serio— Mi madre fue violada por el Conde y soy bastarda. —Michael apretó los labios— Aunque yo no me enteré hasta que falleció mi padre.

—¿Te insultan por algo que hizo el Conde?

—Culpan a mi madre y creen que tengo mala sangre. El Conde no es muy apreciado por aquí y lo pagan conmigo porque no tienen agallas de enfrentarse a él. Nadie me habla y si lo hacen es para decir cosas como las de ayer.

—Debe ser terrible vivir así. ¿Por qué no te vas?

—¿A dónde? No tengo dinero, ni familia.

—Vente con nosotros. Te acogeremos.

La esperanza renació en su pecho— Pero...

—Algo sabrás hacer que nos sea útil y así mi tío no podrá negarse.

La esperanza se esfumó tan rápidamente como llegó— No sé hacer esas cosas que hacéis vosotros.

—¿Y coser? —negó con la cabeza —¿Cocinar? — volvió a negar— Dime algo que sepas hacer.

—Sé cuidar un huerto.

Michael dio una patada a una piedra— Eso no nos sirve de mucho. ¿Sabes cuidar animales? Déjalo, ese es un trabajo muy pesado.

—Mi padre me enseñó a montar a caballo cuando era pequeña. Después se murió, el caballo quiero decir y ya no pude seguir montando. Pero lo hacía bien.

—Nuestros jinetes son los mejores de Inglaterra. Podríamos meterte en el vestuario y hacer que la señora Lewis se haga la loca y te enseñe.

Sus ojos brillaron de esperanza— ¿Tú crees que lo haría?

—Tú déjame convencerla. Pero lo ideal sería que tuvieras alguna habilidad. ¿Sabrías hacer malabares?

—¿Qué es eso?

Michael se echó a reír. — No te preocupes. Encontraremos la solución. Ahora disfrutaremos de la comida.

Al llegar al circo se quedó asombrada por la larga mesa donde todos ya estaban sentados.

— ¡Familia, ella es June! —gritó Michael acercándola hasta donde estaban las chicas que de inmediato le hicieron un hueco entre ellas. Una mujer le puso un plato delante y ella sonrió dando las gracias.

—Come antes de que se enfríe— dijo Michael sirviéndole algo oscuro en una copa.

—¿Qué es?

—Vino.

—Nunca lo he probado.

—Entonces sólo una copita— dijo Lini divertida viendo como acercaba la copa a los labios y bebía un sorbito. Sonrió porque estaba bueno y todos los demás respondieron a su sonrisa encantados.

Michael contó su plan a las chicas y ella disimuladamente miró a su alrededor buscando a Russell Campbell. Pero no estaba allí.

Maggie siguió su mirada y susurró—¿Buscas a alguien?

—No. Sólo estaba observando— dijo sonrojándose antes de mirar su plato. —Sois un montón.

—Dentro de unas horas seremos setenta y cuatro— dijo Lini emocionada. — Nuestra amiga Clare dará a luz de un momento a otro.

Michael abrió los ojos como platos— ¡La taquilla!

Todos la miraron y preguntaron— ¿Sabes contar?

Asintió metiéndose la cuchara en la boca. Gimió porque estaba delicioso y los tres sonrieron.

—¿A que Miranda cocina bien?

Asintió comiendo más y las chicas se echaron a reír al ver cómo disfrutaba.

—¿Entonces sabes contar bien?

—No sé leer, pero contar...A eso no me gana nadie. Tuve que aprender para que no me timaran al vender las hortalizas.

—Eso es estupendo. Podría sustituir unos días a Clare y después le buscamos otra cosa. —dijo

Maggie.

—No, tenemos que tener un plan ya preparado antes de hablar con mi tío. Sabes que si no tiene alguna habilidad, no la dejará quedarse y a Clare puede sustituirla cualquiera. — dijo metiéndose la cuchara en la boca.

—Es cierto. El jefe no quiere que nadie esté sin trabajar. — dijo Lini preocupada.

—Tenemos tres días. Algo encontraremos. — contestó su hermana. Al ver que tenía el plato casi vacío preguntó— ¿Quieres más?

—Oh, no. Gracias. Estaba muy sabroso.

—Sírvele más, Maggie. Tiene que engordar. —dijo Michael con la boca llena— Sino no rellenará los trajes.

Las chicas se echaron a reír al ver que se sonrojaba— No te preocupes. Es un bromista. Tienes una figura espléndida.

—Está muy delgada— dijo la mujer rubia que tenían al lado. — Si queréis que se quede debe engordar. Debe parecer atractiva al público y ahora es un palo. Niña, ¿qué es lo que comes normalmente para estar así?

—Hortalizas.

—Me aplicaré el cuento— dijo acariciándose la enorme barriga antes de que todos se echaran a reír.

—June, ella es la señora Lewis.

Los ojos de June brillaron— La costurera.

—¡Niña, soy modista! — le guiñó un ojo sin ofenderse— La mejor de Inglaterra. — los cuatro se la quedaron mirando— Uy, uy, uy, que queréis liarme.

—Aprenderá rapidísimo— dijo Lini. — Tiene pinta de ser muy lista.

—No lo dudo.

—El otro día dijiste que tenías demasiado trabajo con el nuevo vestuario — apostilló Maggie.

—Necesitas una aprendiz que puedas pulir a tu manera.

—Menuda labia, niña. — entrecerró los ojos mirando a June— ¿Sabes coser?

—No.

—Entonces eres perfecta. Contratada.

Las chicas gritaron levantándose y abrazando a la mujer. El abuelo sonrió desde el otro lado de la mesa antes de que abrazaran a June que no sabía qué decir.

June estuvo atenta a todo lo que le decía la señora Lewis, que desde ese mismo instante empezó a instruirla sobre cómo tenía que tratar los trajes, dónde había que guardarlos y en qué orden, aparte de veinte cosas más de las que ella no se hacía una idea porque no sabía dónde iba a trabajar. De todas maneras, memorizó todo lo que le decía la mujer hasta que Michael la interrumpió

— Aun tenemos que hablar con mi tío.

La mujer sonrió— A él déjame a mí. No se puede resistir a mi sonrisa.

Todos se echaron a reír incrédulos y les dijo ofendida— Ya veréis. ¡En cuanto llegue para la función hablaré con él para que empiece a trabajar!

—Mary, deja que la niña disfrute de una sesión que le he prometido y después hablas con Russell. — dijo Roger divertido.

La mujer la miró— ¿Nunca has visto una representación?

June negó con la cabeza y la mujer asintió entrecerrando los ojos— Pues vas a ser testigo del mejor espectáculo del mundo, niña. Y en él vas a trabajar tú.

Ilusionada sus ojos brillaron— Trabajaré mucho.

—No tengo ninguna duda. Porque no dejaré que hagas el vago.

June sonrió y miró a Michael agradecida. Las chicas rieron y le susurraron al oído— Y conocerás a nuestros novios. Ahora no están porque el jefe les ha enviado a Londres para buscar localizaciones, pero en cuanto lleguen mañana, te los presentaremos.

—¿Tenéis novios? — preguntó en voz baja como si fuera un secreto.

Soltaron unas risitas cómplices asintiendo y Michael chasqueó la lengua—Lo dicen como si no lo supiera nadie cuando lo saben en hasta en las Américas.

Las chicas se echaron a reír a carcajadas al ver su cara de sorpresa— ¿Habéis ido a las Américas?

—Una vez. Yo era pequeño —dijo dándose importancia. —Estuvimos allí un año, pero mi tío dijo que no merecía la pena el viaje, porque sin trasladarnos tan lejos ganábamos lo mismo. Es muy listo para los números, ¿sabes?

—¡Niño, de esas cosas no se habla! — la señora Lewis se levantó y puso las manos en jarras—Ven que te enseñe donde vas a trabajar.

—¿Y la taquilla? —preguntó levantándose.

La mujer la miró de arriba abajo— Mejor mañana. Veremos qué podemos encontrarte que esté acorde con el puesto. Hoy puede ponerse otro en la taquilla.

Se sonrojó al mirar su vestido y entendió que allí no podía trabajar de esa manera cara al público. Michael carraspeó—Me pondré yo. No te preocupes.

—Te iré a buscar cuando empiece todo y te llevaré a tu asiento— dijo Roger encantado al verla tan dispuesta.

June sonrió ampliamente y siguió a la mujer, que empezó a caminar hacia la parte de atrás de la carpa. Entraron por una puerta abierta y se dio cuenta que era una carpa anexa a la grande donde había todo lo que necesitaban para sus actuaciones. Desde sombreros y guantes, hasta pelotas de colores.

—Es imprescindible que todo esté en su sitio porque hay cambios de vestuario continuamente y si alguno de los artistas no lo encuentra en el tiempo que tienen para cambiarse, tendrán que salir con lo que lleven puesto y puede quedar fatal.

—Entiendo. —dijo mirando a su alrededor entendiendo la importancia de su puesto.

—Ya te irás acostumbrando para dejarlo siempre en el mismo sitio, pero lo más importante es esto. —llegaron a unos baúles llenos de ropa —Este es el vestuario de todos. Y debes llevarlo a cada uno antes de su primera actuación y dejarlo en la carreta. Si tienen que cambiarse, como las chicas, debes ayudarlas al cambio allí. —vio que había tres enormes biombos y June asintió —Cuando terminan, se quitan el último vestuario en sus carretas, así que debes ir a recogerlo y traerlo aquí para arreglar cualquier desperfecto antes de la siguiente sesión. Aquí sólo tenemos una sesión por la tarde, pero en Londres seguramente haremos una de tarde y otra de noche. — June tragó saliva esperando ser capaz de hacerlo sin meter la pata. La mujer debió darse cuenta que se ponía nerviosa y sonrió— Hasta ahora lo hacía sola, así que no te apures. Lo harás muy bien.

La señora Lewis sacó un maravilloso traje blanco con cuentas plateadas en el corpiño. Las voluminosas faldas caían desde la cintura y era más corto por delante que por detrás y June se pasó las manos por su vestido preocupada por si lo ensuciaba— Este descártalo. Guárdalo en el baúl negro donde están los descartados.

—¿Por qué se descarta? — preguntó cogiéndolo con mucho cuidado.

—Porque la bruja que lo llevaba se ha largado para casarse con un ricachón.

Extrañada frunció el ceño, pero no preguntó más porque no quería que pensara que era una cotilla. —El azul y el rojo son de las chicas. — abrió los ojos como platos al ver que debían llegar al muslo y se sonrojó porque pensó que era un poco desvergonzado.

La señora Lewis se echó a reír— Para hacer lo que hacen las chicas, no pueden llevar faldas largas. Casi ninguna de las mujeres las llevan hasta los tobillos. Ya te darás cuenta de lo que quiero decir. — señaló otro de los baúles— Esos son de los payasos y ese del domador del león.

June jadeó— ¡Un león!

—Y un elefante. —dijo con orgullo.

—¿El elefante es el de la nariz larga?

La señora Lewis se echó a reír asintiendo— Traído de las Indias especialmente para el circo Campbell.

—Es precioso.

—Ya lo verás en acción. Es increíble cómo pasa por el aro.

Sin saber lo que quería decir, miró otra vez el baúl y vio un vestido rojo de una tela muy ligera con cuentas negras. El corpiño parecía un corsé de los que llevaba la nobleza, pero tenía lazos de seda negra. Era una maravilla y sin soltar el vestido blanco sacó el rojo. La modista sonrió— ¿Te gusta? También era de la bruja.

—¿Qué hacía?

—Era la estrella— dijo con rabia. — Se encargaba del trapecio.

—¿Y eso qué es?

—Ves esos asientos que tienen los ricos colgados de los árboles para que se les empuje.

—Lo he visto en la casa grande.

—Pues imagínate eso a veinte metros de altura.

Jadeó emocionada— Qué pena que no pueda verlo.

—Oh, tenemos una nueva que no es mala del todo, pero ha traído sus propios trajes del otro circo. Debe estar ensayando ahora si quieres verla. Nunca come antes de una actuación. Para no vomitar ante el público supongo.

—No.— negó con la cabeza— Tengo que trabajar. Ya la veré después.

Pareció que a la señora Lewis le gustó su respuesta y siguió diciéndole de quién era cada traje. Intentó prestar atención, pero cuando terminó se distrajo mirando los trajes— ¿Y el del jefe?

—El jefe no trabaja en la pista. Lo hacía antes, ¿sabes? Pero cuando el circo era más pequeño y estábamos empezando.

—¿Y a qué se dedicaba?

La señora Lewis sonrió— Era equilibrista. Trabajaba con su hermano, el padre de Michael.

—¿Equilibrista como las chicas?

—Exacto. Pero hacían un número mucho más peligroso y aún más alto. Alex se subía en los hombros de Russell y caminaba por la cuerda con él encima. Era muy peligroso y ...— la mujer apretó los labios.

—Alex murió. — dedujo June con pena.

—Sí. —susurró la mujer— Fue un trago horrible para todos y Sara nunca lo ha superado.

—¿Sara?

—La madre de Michael. Lee la buena ventura en su carreta.

—Vaya. — dijo admirada.

—Venga, vamos a empezar a repartir los trajes y así te presentaré a la gente.

Fueron un par de horas de lo más entretenidas porque fue entregando trajes mientras les iban presentando. Michael pasó a su lado empujando una enorme esfera de madera pintada de colores y le guiñó un ojo

—Niña, vete a por los trajes de las chicas. El rojo y el azul. Mientras tanto me voy a tomar un té.

—Sí, señora Lewis. — salió corriendo esquivando a la gente que estaba en plena actividad y entró en la carpa yendo hacia las perchas donde los trajes ya estaban preparados. Los cogió y colocó

en ese sitio los dos rosas que llevarían al cierre del espectáculo. Salió corriendo de nuevo cuando recordó que llevaban sombreros, así que fue hasta la estantería donde estaban colocados y los cogió sonriendo al ver que se parecían a los sombreros de copa, pero llevaban unos velos que los hacían muy femeninos. Eran preciosos.

Corrió de nuevo hasta la señora Lewis y sonrió al verla hablar con la chica que llevaba los caballos blancos el día que había ido a espiar la primera vez. La chica le sonrió y extendió la mano por encima de la mesa— Hola, soy Unnia.

—Qué nombre más bonito.

—June también es precioso. Así que te vas a unir a nosotros.

—Me encantaría.

—Si algún día quieres probar con los caballos, dímelo. Te haré una prueba.

La miró con emoción— ¿De veras?

—¡Eso no puede ser! — gritó la voz de un hombre al otro lado del campamento.

June miró hacia allí y vio que Russell Campbell, que vestido de negro como siempre, le gritaba a un hombre con traje marrón que llevaba un sombrero hongo. El hombre le mostró unos papeles y su supuesto jefe le dio un manotazo— ¿Intenta timarme? ¿Con quién cree que está tratando? ¡Mi abogado se pondrá en contacto con usted!

Roger se acercó a toda prisa al igual que Michael. June jadeó al ver que Russell cogía al hombre de la chaqueta levantándolo hasta ponerlo a su altura— ¡Dígale a Tidwell que no pienso vender!

El hombrecillo estaba pálido y June vio como varios corrían hacia su jefe que estaba realmente furioso.

—Niña, ocúltate —dijo la señora Lewis. — Ahora no es el momento de que te conozca.

Asintió dejándole los trajes de las chicas en la mano, antes de rodear a toda prisa la carpa. Escondida detrás de una carreta siguió viendo la escena. Tuvieron que separarle del hombrecillo al que le rompió una de las solapas del traje— ¡Maldito ladrón! ¡Debería despellejarte! ¡No cobrarás ese dinero porque ya lo has cobrado! ¡Si vuelves por aquí, te arranco la piel a tiras!

June entrecerró los ojos. Así que intentaba timar a su jefe. Vio como el hombrecillo corría hacia su calesa y se subía a toda prisa. Sintió una rabia enorme porque intentara hacerles daño a las únicas personas que la habían acogido con los brazos abiertos en toda su vida. Le vio salir rápidamente azuzando a su caballo, mientras Russell entraba en su carreta con Roger detrás. Michael dispersó a los trabajadores y ella vio que estaba preocupado porque indeciso se quedó ante la puerta de la carreta sin saber si entrar.

Se mordió el labio inferior preocupada por ellos. Parecía un asunto muy serio para que todos se pusieran así.

Después de unos minutos los artistas empezaron a salir con los trajes de trabajo y vio como las chicas salían discutiendo de su carreta. —Te digo que no. Russell lo arreglará. — decía Lini vestida de azul.

—Pero ya oíste al abuelo. Las deudas se acumulan desde que Antea se ha ido. Ha sido un golpe brutal para el circo porque atraía a mucha gente por su belleza. A donde íbamos, venían de los alrededores sólo para verla y les daba igual el resto. Era un reclamo que ahora no tenemos.

—Pues tendremos que buscar otro. Y ahora concéntrate que después me pisas la mano.

Maggie jadeó ofendida— ¡Sólo lo hice una vez y fue hace tres años! ¿Cuándo vas a olvidarlo? — June sonrió sin poder evitarlo.

—¡Me rompiste un dedo!

—Serás rencorosa. ¡Tú me tiraste al suelo una vez y no te lo recuerdo cada cinco minutos!

Se alejaron hacia la entrada principal, seguramente para ensayar un rato. Se escuchó el rugido

del león y eso le recordó lo que acaban de decir. ¿Cómo era posible que un circo así no fuera bastante reclamo para que la gente fuera a verlo?

Entonces pensó en que eran los hombres los que tenían el dinero y seguro que era por eso. Si iban a ver a un equilibrista no se emocionaban tanto como yendo a ver a una mujer hermosa.

Entrecerró los ojos volviéndose y sigilosamente entró en la zona de vestuario esperando que todo estuviera como la señora Lewis quería. Se acercó a la lona que comunicaba con la carpa central y abrió una rendija. Las chicas estaban pegando saltos sin dejar se discutir, mientras un hombre vestido de naranja y rojo caminaba sobre la esfera de colores mientras movían varias pelotas rojas entre sus manos. Sonrió al ver que llevaba maquillada la cara y que de los ojos salían dos rombos negros. Fascinada le observó trabajar.

—Ah, estás aquí.

Se volvió sorprendida y suspiró de alivio al ver entrar a la señora Lewis. —Abre esa puerta para que tengan acceso rápido, ¿quieres?

—Sí, señora Lewis.

—Quedan veinte minutos y ya hay gente en la taquilla. Prepara la chaqueta de cierre de Miles.

—¿Es el del león?

La mujer sonrió— Sí, es el del león.

En ese momento llegó Roger que sonrió al verla allí— ¿Mi traje?

Sin saber lo que necesitaba, observó como la señora Lewis iba hacia un traje de chaqueta roja con hombreras como los del ejército. También le entregó unas botas negras impecables y un pantalón beige. — Te he cosido el botón. Pero como sigas engordando tendré que hacerte otra chaqueta. — le advirtió con la mirada.

Roger le guiñó un ojo a June— Es que esos cocidos son riquísimos. Vuelvo en unos minutos

para llevarte a tu sitio.

—Gracias, abuelo. — dijo ella cogiendo el vestido blanco y el rojo para meterlos en el baúl negro que al fin había encontrado. Al abrirlo jadeó asombrada al ver todos los trajes que allí había.

—Si te los arreglas tú, puedes coger el que quieras — dijo la señora Lewis. — Y creo que hay varios pares de botines. Puede que te valgan algunos.

Hizo una mueca porque siempre cosía sin darle mucha importancia, pero aquellos vestidos eran tan finos que no podía destrozarlos. Antes tendría que aprender todo lo que pudiera para que quedaran lo mejor posible.

Al ver como acariciaba la tela de un vestido rosa la señora dijo— Ese es muy bonito para ir de paseo.

—No son de trabajo.

—Esos se los regaló el jefe a la bruja y se los olvidó al salir corriendo. — respondió ásperamente— No pienso tirarlos. Me ha costado mis horas hacerlos para que ahora se pierdan.

—¡Sería un despilfarro! — dijo convencida guardándolos todos con cuidado. Cerró la tapa del baúl y miró a su alrededor con las manos en jarras— ¿Y ahora qué hago? Tengo aun unos minutos.

La señora Lewis se sentó en una silla —Niña, levántate las faldas. —se quedó tan sorprendida con la orden que se quedó en la misma posición—Quiero verte las piernas.

Jadeó indignada— ¡Son muy feas!

—¡Cómo van a ser feas, niña! ¡Levanta las faldas!

—¿Y para qué quiere verlas? Cumplen la función para lo que se hicieron. ¡Caminan muy bien! — la señora Lewis se echó a reír a carcajadas y June sonrió porque por primera vez en años podía replicar sin que le tiraran una piedra.

—Quiero ver si las tienes bonitas y rectas. — dijo entre risas.

—Ya le he dicho que son muy feas. Son dos palos y no pienso enseñarlas.

—No me repliques y levantan las faldas antes de que lo haga yo.

Suspiró resignada y levantó las faldas hasta las rodillas. —Válgame Dios. No quiero ni imaginarme como es esa ropa interior— dijo al ver las puntillas amarillas de sus pantaletas. — Aunque debemos dar gracias a que la lleves, claro.

Se puso como un tomate— Mi papá siempre se preocupó de que llevara. Decía que no llevar ropa interior no era decente.

—Qué razón tenía tu padre. —suspiró mirando a su alrededor— Tendremos que encontrarte algo hasta que lleguemos a Londres. Odio hacer ropa interior y no tengo la tela necesaria.

—Oh, no se preocupe. Me vale con la que llevo.

La mujer la miró con horror— ¡La quemarás!

Se puso como un tomate— Si se empeña.

—Pues sí. Me empeño. Y te pondrás medias y zapatos. Nada de ir descalza por el circo, ¿me oyes?

Abrió los ojos como platos— Nunca me he puesto zapatos.

La mujer se santiguó como si hubiera dicho un sacrilegio— ¡Todo el trabajo que me vas a dar! — June se sonrojó aún más.

En ese momento entró Roger y June sonrió al ver como cogía un sombrero de copa negro con una fusta— Estás muy guapo, abuelo.

Él la miró orgulloso— Siempre me sienta bien el uniforme. Ven conmigo, niña. Hora de supervisar que todo vaya bien.

Miró a la señora Lewis pidiéndole permiso y la mujer asintió sonriendo. Emocionada salió

por la puerta que comunicaba con la carpa central y Roger miró a la mujer— ¿Sabes Mary? Esta niña me sube el ánimo. Es como un rayito de luz en el horizonte.

La mujer sonrió— Querido, tú siempre has sido un romántico.

Roger le guiñó un ojo siguiendo a June y la cogió de la mano como si fuera una niña caminando con ella hacia la derecha y sentándola ante la pista en primera fila. — No saludes a tus amigos ni a los que conozcas cuando estén en peligro o les distraerás.

Ella asintió muy seria y se quedó allí sentada muy quietecita mientras el abuelo se giraba y daba instrucciones a los hombres que estaban trabajando. Los de la orquesta se colocaron y empezaron a tocar. Sonrió porque ella les había llevado las chaquetas azules que llevaban. El que llevaba un violín le guiñó un ojo y June sonrió. Cuando alguien se sentó a su lado se sobresaltó, pero al ver quien era, sonrió sin poder evitarlo cuando le entregó una bolsita de papel blanca— ¿Qué es esto, Michael?

—La carreta de caramelos ya se ha abierto y te he traído unos de menta. —le guiñó un ojo levantándose y asombrada abrió la bolsita. Caramelos...nunca los había probado. Se mordió el labio inferior porque la emocionó muchísimo que hubiera tenido ese detalle con ella. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver que debían ser al menos diez. Levantó la vista hacia Michael que hablaba con Roger mirando hacia el techo de la carpa. Sonrió al ver que llevaba un traje de payaso. Estaba impaciente por verles a todos en acción.

Capítulo 3

Empezaron a entrar los vecinos que habían comprado su entrada. Varios la miraron con extrañeza, pero como nadie se sentó a su lado, nadie le comentó nada. La pista estaba totalmente vacía, mientras la orquesta colocada a un lado, tocaba las primeras notas. Emocionada cogió un caramelo y se lo metió en la boca. Sabía tan delicioso que lo saboreó cerrando los ojos mientras escuchaba al violinista dar unas notas. Al abrir los ojos casi se atraganta al ver a Russell observándola desde el otro lado de la pista con los brazos cruzados. Sonrojada miró hacia atrás, pero se dio cuenta que era la única que estaba sentada allí. Él entrecerró los ojos y se dispuso a ir hacia ella bajando los brazos cuando Roger le dijo algo. Russell miró a su derecha y forzó una sonrisa antes de atravesar la pista para ir a saludar al Conde de Pemberton que llegaba con su familia. De reojo vio como entraba su hermanastra que tenía dos años más que ella. Se acababa de quedar viuda, pues su anciano marido acababa de morir. Desgraciadamente para ella no le había dejado nada porque no le había dado un heredero y tuvo que volver a vivir con sus padres. Era odiosa y caprichosa. Sólo había que ver como miraba a su alrededor con asco, mientras se daba aires con su precioso abanico negro de encaje. No pudo dejar de admirar su maravilloso vestido verde y como su cabello rubio estaba primorosamente recogido en un lateral de la cabeza mostrando sus impecables tirabuzones.

Su mirada se desvió al hombre que había violado a su madre y tuvo que reprimir su cara de asco. Sudaba en abundancia debido a que estaba tan entrado en carnes que podría haber entrado

rodando y vestía con colores demasiado chillones. Su chaqueta roja llamaba la atención al lado de las más discretas de sus invitados.

En ese momento que Russell hablaba con él, dándole los honores que al parecer pensaba que se merecía, la orquesta empezó a tocar al unísono. La música era alegre y tan distraída estaba que no se dio cuenta que el panadero se sentaba tras ella. Sintió un tirón muy fuerte en el cabello y soltó un quejido sin poder evitarlo, llevándose la mano a la cabeza. Russell volvió la cabeza hacia ella como si la hubiera oído, aunque era imposible, pero ella siguió mirando hacia delante porque suponía que era alguien del pueblo. Russell entrecerró los ojos y después de despedirse del Conde fue hasta donde estaba Roger y le dijo algo al oído. Las localidades no se llenaron y ella miró disimuladamente a su alrededor, mordiéndose el labio inferior cuando vio al panadero tras ella sonriendo malicioso, con su esposa y sus cuatro niños chillones a su lado. Volvió la vista a toda prisa hacia la pista y sintió otro tirón de pelo. La risita de su mujer llegó hasta ella, pero se puso aún más nerviosa cuando varios chicos del pueblo se sentaron a su lado. Tenía que haberlo previsto, pero sin moverse no les dirigió una sola mirada.

— Hola, zorrita. — susurró uno de ellos acercándose a su oído—¿A quién te has beneficiado para estar aquí?

Pálida estuvo a punto de levantarse, pero el chico la cogió de la muñeca con fuerza sentándola de nuevo. Russell, que observaba las gradas, volvió a mirarla y frunció el ceño al ver como la sujetaba con fuerza. June intentó soltarse, pero la sujetaron por el cabello. Russell se tensó y le hizo un gesto a varios de sus chicos, que recorrieron la pista hasta acercarse a ellos.

—Buenas tardes, caballeros. ¿Algún problema para que estén haciéndole daño a esa señorita?

Todos se echaron a reír con desprecio, pero al ver a esos hombres la soltaron.

— No sabía que podía pagar mi entrada abriéndome de piernas. — dijo la mujer del panadero
— Mi marido se hubiera ahorrado mucho dinero.

—Señora si eso fuera así, le aseguro que tenemos mucho mejor gusto. La mujer jadeó

ofendida y el panadero se levantó, pero en ese momento llegó el reverendo y se volvió a sentar a toda prisa.

El reverendo se acercó a ellos y sonrió a June— Mi niña, qué alegría verte por aquí. Siéntate a mi lado, que vamos a disfrutar de este espectáculo. — cogió de la oreja al chico que le había dicho esas groserías, levantándolo del asiento a la fuerza y le dio una patada en el trasero haciendo reír a sus amigos.

Se sentó satisfecho al lado de June que suspiró de alivio y Russell asintió— ¿Puede controlar a sus parroquianos, reverendo? No quiero problemas en mi circo.

—Tranquilo, hijo. Los tengo amaestrados como usted a sus animales. — la mujer del panadero jadeó, provocando una sonrisa en Russell antes de mirar a June que estaba roja de la vergüenza.

—Que disfruten del espectáculo.

—Lo harán por la cuenta que les trae. — dijo el reverendo, que sabía perfectamente que la mujer del panadero era capaz de montar el espectáculo ella sola.

June miró al reverendo— Gracias.

—Niña, te lo advertí. Y esto va a más y no sé cuánto tiempo podré retenerles antes de que pase algo realmente grave.

—No se preocupe, reverendo. Me voy a ir.

Pareció aliviado al oír esas palabras— Espero que seas muy feliz. Te lo mereces por el infierno que has tenido que soportar. Antes de irte, pásate por mi Iglesia. Debes confesarte para ir libre de pecado.

Al mirar a su alrededor, suspiró de alivio al ver que se estaba llenando y cuando se sentaron unos desconocidos a su lado, sonrió satisfecha dispuesta a no dejar que nada le estropeará el espectáculo.

Sonrió al ver que Roger se acercaba al centro de la pista y que extendía los brazos mientras la música bajaba de volumen— ¡Señoras y señores, con permiso de nuestro anfitrión el Conde de Pemberton ...— el Conde sonrió asintiendo— les doy la bienvenida al mejor espectáculo del mundo! — la orquesta se puso en pie y empezó una marcha justo en el momento que todos los que trabajaban en el circo entraron en la pista.

Se echó a reír al ver como Michael giraba sobre sí mismo colocando las manos en el suelo una y otra vez. Aplaudió entusiasmada cuando las chicas pasaron ante ella tirando besos con la mano de manera coqueta. Las mujeres vestidas con colores brillantes entraron saludando con la mano y una de ellas le guiñó un ojo al reverendo haciéndola reír. Sin darse cuenta miró hacia Russell, que entrecerró los ojos al darse cuenta que le miraba. Avergonzada bajó la vista, pero los zapatones de uno de los payasos se detuvieron ante ella levantándole la barbilla e intentando darle un beso, pero la enorme nariz que llevaba en la cara impidió el beso, haciendo reír a los de alrededor cuando golpeó el suelo con el zapatón varias veces de frustración. Lo volvió a intentar levantándola y cogiéndola por la cintura inclinándola hacia atrás y June se echó a reír a carcajadas, pero otro payaso lo apartó enderezándola casi llevándoselo a rastras mientras le pegaba unos golpes exagerados en su cabeza.

Riendo se sentó en la silla, ignorando las miradas de sus vecinos. Sabía que el payaso la conocía porque le había llevado el traje y que no lo había hecho con mala intención, así que siguió observando el espectáculo. Fueron abandonando la pista y de repente salieron los caballos blancos. Unnia salió caminando vestida con un vestido negro con sombrero de copa a juego y se colocó en el centro de la pista con una fusta larga. Les hizo girar durante un rato y después de dar tres vueltas siguieron haciéndolo ellos solos. Unnia se acercó al primer caballo y se subió sin esfuerzo haciendo jadear al público que aplaudió entusiasmado. La chica se levantó sobre su lomo y cogió las riendas levantando el brazo derecho con la fusta en la mano. Los caballos se detuvieron y los cinco se acercaron al público con su caballo en centro.

Todo era tan bonito que disfrutó de cada momento. Después de los malabares, salieron las chicas que después de saltar y hacer volteretas fueron hacia el poste central.

Cuando Lini empezó a subir, miró hacia Roger que estaba muy tenso mientras el tambor retumbaba dando emoción. Observó las caras del público que estaba impresionado. Todos excepto su hermanastra que estaba de lo más aburrida. Ignorándola centró la vista en su nueva amiga que ya estaba en la plataforma. Tuvo el corazón en un puño todo el tiempo y sonrió de alivio aplaudiendo entusiasmada cuando llegó al otro lado. Al mirar a Roger, sus ojos se encontraron con los de Russell, que la observaba como si estuviera molesto con su presencia.

Ella perdió la sonrisa sin darse cuenta que el elefante entraba en la pista y vio como Russell le decía algo a Roger al oído antes de salir de la pista. Roger la miró y sonrió dándole confianza.

Más tranquila disfrutó del resto del espectáculo y aplaudió con fuerza levantándose cuando toda la plantilla salió de nuevo rodeando la pista despidiéndose con la mano.

—Muchas gracias, señoras y señores. El circo Campbell se despide. ¡Gracias por venir y esperamos verles en otra ocasión! — gritó Roger despidiéndose y haciendo una inclinación mientras todos aplaudían.

Todos empezaron a desaparecer por la puerta del vestuario y se preguntó si tenía que ir a ayudar a la señora Lewis. Pero Russell la seguía observando.

— ¿Nos vamos, niña? —preguntó el reverendo.

—Sí. — susurró pensando que entraría por atrás.

Salían por la puerta cuando el reverendo comentó—Que luego me digan que no tienen para el cepillo de la iglesia— siseó mirando a su alrededor— ¡Ja!

Sonrió sin poder evitarlo —Padre, ¿puedo irme? Tengo mucho que hacer y el señor Smith está ahí y tiene el carro. Él puede llevarle.

—Claro que sí, niña— dijo encantado de que ese vecino llevara el carro. — No me apetece caminar.

Sonrió asintiendo—Adiós, reverendo.

—Niña...— dijo mirándola a los ojos porque seguramente era la última vez que se veían— Siempre sentí lo que ocurrió el día en que enterramos a tu padre y no te lo dije, pero me arrepentí de aquellas palabras millones de veces.

Recordando ese día perdió la sonrisa— Reverendo... dígame las palabras de mi madre antes de morir.

El cura se tensó mirando a su alrededor —No debería.

—Me ha dicho todo lo demás. A mi madre no le importaría.

Suspiró cogiéndola de las manos y la apartó hasta cerca de una de las carretas— Me dijo... Que el Conde lo había hecho porque la había pretendido y ella se había negado a ser su amante. Hija, lo hizo para humillarla y después difundió rumores por el pueblo diciendo que era una puta que había ido a buscarle. Las gentes lo retorcieron todo de tal manera, que le dieron la razón por temor a represalias y se llegaron a creer la mentira. Después vino todo lo demás y en una mala cosecha casi mueren de hambre un invierno. El Conde no les ayudó y la pagaron contigo. Como todo lo demás que vino después. Necesitaban a alguien a quien odiar y tú eras el blanco perfecto. La hija del Conde.

Ella asintió —Gracias, reverendo.

—Vete de aquí, June. Será lo mejor.

—Eso pienso hacer, reverendo. —sonrió apretando sus manos— Y espero ser feliz.

—Lo serás lejos de esta aldea. No tengo ninguna duda. Recuerda pasar por mi casa para confesarte por última vez y que empieces tu nueva vida, niña.

Asintió viendo cómo se alejaba. Sabía que la había defendido porque se sentía culpable de lo que había pasado el día del funeral de su padre, pero se lo agradecía igualmente. Dispuesta a dejar todo eso atrás, se volvió para salir corriendo chocándose con Russell Campbell que estaba tras ella. Se sonrojó esperando que no hubiera oído su conversación con el reverendo y susurró— Lo siento, señor. No miraba por dónde iba.

—Una costumbre muy fea que al parecer tienes. ¿Qué haces aquí?

No quería meter en problemas a nadie, así que dije— Ver el espectáculo.

—Eso ya lo he visto. —entrecerró lo ojos mirándola de arriba abajo— ¿Y tus zapatos?

—No he encontrado al zapatero. — entre otras cosas porque no lo había buscado.

—¿No me digas? ¿Y la moneda?

Se sonrojó intensamente porque no quería enseñársela y disimulando le miró con desconfianza—¿Por qué?

—Ya no la tienes, ¿verdad? ¿Te la han robado? — preguntó molesto.

—Está en un sitio seguro.

—¿La tienen tus padres?

—No tengo padres.

Russell entrecerró los ojos— Eres la amiga de Michael.

Sonrió al escuchar el nombre de su amigo— Es maravilloso.

—Pues no quiero problemas en mi circo, así que no te quiero ver por aquí.

Palideció al escucharle— No he hecho nada.

—Algo habrás hecho para que digan esas cosas de ti — dijo agresivo. —Mi sobrino ya ha pegado a alguien por ti y en la pista he visto que creas problemas. No te quiero ver por aquí, ¿me oyes?

La decepción la recorrió de arriba abajo porque él pensara lo que todo el mundo y mordiéndose el interior de la mejilla para no llorar, asintió antes de salir corriendo en dirección al bosque. Se escondió a varios metros detrás de un árbol y se echó a llorar sin poder evitarlo. Nunca saldría de allí. Nunca la dejarían en paz, ni sería feliz. Él no la querría en su circo y se irían en dos

días sin ella. Las lágrimas corrían por sus mejillas incontrolables y cuando oscureció June no se dio cuenta rota de dolor y desesperanza. Se había hecho ilusiones como una niña con una vida distinta. Pero eso no pasaría nunca.

Cuando la humedad del suelo llegó a su piel se dio cuenta que estaba lloviendo y abrazándose las piernas levantó la vista. Entonces vio en su mano la bolsita de papel con los caramelos dentro. Sonrió con tristeza por ese gesto tan bonito. Tendría que agradecerse a Michael. A todos los del circo por ser tan amables con ella.

Entonces pensó en lo que le debía la señora Reynolds y en lo poco que tenía ahorrado. Si lo juntaba todo y caminaba hasta Londres podría encontrar un trabajo de tendera o de cualquier otra cosa. Aprendería un oficio.

Decidida se levantó y corrió hacia su casita. Debía darse prisa para hacer todo lo que se le ocurría en ese momento. Ya había tomado la decisión y no se iba a echar atrás. Recogió su carrito y cortó todas las hortalizas que estaban para comer. No pensaba dejar allí ni un solo tomate para que alguien del pueblo se aprovechara. Hizo cuatro viajes, pero consiguió llevarlo todo hasta el circo dejándolo ante la carreta de Michael. Sonrió divertida pensando en la cara que pondría al ver todas aquellas cosas al salir de la carreta al día siguiente. Volvió a la casita. Dentro de una tela vieja metió su otro vestido y la otra ropa interior de la que disponía, haciéndose un hatillo. Metió también algo de comida como algo de queso y pan y cerró la tela con fuerza. Fue hasta la piedra que había delante de la chimenea y sacó los cuatro chelines que tenía ahorrados. No sabía si sería suficiente para mantenerse en Londres hasta encontrar trabajo, pero tenía que intentarlo. Así no podía seguir.

Caminó hasta la casa grande y estaba amaneciendo cuando llegó a la puerta de la cocina. Había actividad en su interior, así que entró viendo a la señora Reynolds sentada a la mesa con una taza en la mano. Sorprendida la mujer preguntó— Niña, ¿qué haces aquí tan temprano? — al ver su bolsa apretó los labios— Así que has decidido irte.

—Si puede darme mi dinero....

La cocinera la miró con pena y suspirando se levantó saliendo de la cocina. Impaciente esperó y al ver unos bollos en un plato a su lado, reprimió las ganas de llevárselos porque olían deliciosos. Pero ella no era una ladrona. Se tensó porque ese pensamiento hubiera pasado por su cabeza y esperó impaciente el regreso de la señora Reynolds. Afortunadamente no tardó demasiado y sonrió aliviada porque llevaba las monedas en la mano. — Aquí tienes. Te he incluido dos peniques más porque la mercancía de ayer era muy buena.

—Gracias. — susurró extendiendo la palma de la mano.

La mujer asintió y le entregó su dinero—Guárdalo bien, que no te roben.

Sonrió volviéndose y la señora Reynolds la detuvo— Toma esto para el camino. — cogió un paño y metió en él tres bollos— Te vendrán bien.

La miró sorprendida y dejó que se los pusiera en los brazos— Que Dios te acompañe, niña.

—Gracias.

Al salir la mujer cerró la puerta y ella aun sorprendida porque parecía preocupada se volvió para bajar por el camino de la colina que la llevaba de nuevo al pueblo. Tendría que pasar por él por última vez para irse de allí para siempre.

No tuvo problemas durante el primer día de camino, porque en cuanto escuchaba que se acercaba alguien, ya fuera en carreta o a caballo, se escondía donde podía. Había oído historias sobre personas que habían muerto al ser asaltadas por desaprensivos, así que estaba preparada. Durmió cerca de la carretera al cobijo de un gran árbol y como no refrescó demasiado se levantó descansada y dispuesta a continuar después de comerse uno de los bollos de la señora Reynolds. El problema llegó cuando el camino se acabó en una intersección que tenía dos bifurcaciones. Mordiéndose el labio inferior, se preguntó una y otra vez cuál era el camino a Londres. Maldijo su mala suerte

mirando a su alrededor, pero sólo había campo y árboles. Ni un alma a quien preguntar.

—Tendrás que arriesgarte. —dijo para sí tomando el camino de la derecha. Preguntaría a la primera persona que viera y si se había equivocado daría la vuelta. Había caminado cuatro pasos cuando escuchó los cascos de un caballo. Sonrió volviéndose y se le cortó el aliento al ver que era Russell Campbell. A él no le preguntaría. Siguió caminando y aceleró el ritmo cuando el caballo se puso a su altura.

—Niña, ¿dónde te habías metido? — dijo entre dientes bastante enfadado—¡Llevo buscándote desde ayer!

Mirándole de reojo siguió caminando— ¿Se puede saber a dónde vas?

—A Londres. — enfadada con él caminó aún más deprisa y Russell bufó.

—¡Pues vas mal! Tienes que seguir recto.

Ella miró hacia atrás antes de volverse y rehacer el camino— Mira, niña. ¡Tengo a medio circo preocupado por ti, así que sube al caballo que nos vamos!

Se le cortó el aliento deteniéndose y le miró a los ojos— ¿Preocupados por mí?

—¡Michael no ha dormido de la preocupación! — gritó como si fuera culpa suya—¡Al menos podías haberte despedido! ¡Le dejas allí todas esas hortalizas y te vas cuando ya habías aceptado un trabajo con Mary! ¡No eres de fiar!

June jadeó ofendida— Usted me dijo que...

—¡No sabía todo lo demás! — se bajó del caballo y cogiendo las riendas se enfrentó a ella— Si no me hubierais ocultado todo lo que estaba pasando, puede que te hubiera dado el trabajo. Pero apareces creando problemas, que es lo único que yo veo.

—¡Eso le pasa por juzgar a la gente sin conocerla! — dijo rabiosa antes de darse la vuelta y seguir caminando— No quiero estar donde no se me quiere.

Russell apretó los labios al escuchar su tono. June no pudo evitar reflejar que estaba dolida, pero no se dio ni cuenta. Por primera vez en años no iba a dejar que la pisotearan y siguió caminando dispuesta a irse a Londres.

Él caminó a su lado tirando del caballo —Te lo advierto, niña. Estoy a punto de subirte a la fuerza. ¡Sube al caballo! ¡No pienso tolerar que crees un motín en el circo porque hayas soltado dos sonrisas y ahora se empeñen en que vivas con nosotros! ¡Ya tengo bastantes problemas!

June se detuvo y se cruzó de brazos— De sus problemas yo no tengo la culpa.

—Pero estás creando más. ¡Sube al maldito caballo!

Lo pensó un momento. Estaba furioso. Sonrió al pensar que Michael y las chicas seguro que habían protestado porque se había ido y seguro que habían sido de lo más insistentes.

—¿Y ahora de qué rayos te ríes? —antes de que se diera cuenta la cogió por la cintura y la subió al caballo a lo amazona. Fue tan rápido que antes de que pudiera protestar ya estaba tras ella y había azuzado a su caballo de vuelta a la aldea.

—¿Me está pidiendo que vuelva?

Se le cortó el aliento cuando la mano de Russell rozó la parte inferior de su pecho, pero parecía que él no se había dado cuenta porque le respondió —Te lo pedirán tus amigos cuando llegues. Yo sólo quiero dejar de oír sus lloriqueos. — gruñó agitando las riendas de nuevo— Me van a volver loco con sus quejas.

Se sonrojó porque la mano no se movía de ese sitio y miró hacia delante para que no se diera cuenta que estaba nerviosa por su contacto. —Pasa la pierna al otro lado. Así no aguantarás todo el camino.

Ágilmente hizo lo que él le pedía sentándose a horcajadas y Russell la cogió por la cintura sentándola hacia atrás para que estuviera más cómoda. Se puso como un tomate cuando su brazo elevó sus pechos y se revolvió incómoda abriendo los ojos como platos al sentir sus muslos

rodeando su trasero. Russell carraspeó tras ella y preguntó con voz grave— ¿Te llamas June?

—Sí. — se volvió con una sonrisa, pero como él no le correspondió la perdió poco a poco antes de volverse de nuevo. No pensaba mirarle en todo el camino.

—¿Seguro que no tienes familia? Y a mí no me mientas, porque como me entere de que tienes y que te has escapado, te dejó el trasero que no te podrás sentar en un mes.

—¡No tengo!

—¿Y cuántos años tienes, niña?

—¡No soy una niña! — esa frase tensó la mano que tenía sobre su cintura sujetándola— Tengo diecisiete años. En dos meses tendré dieciocho. —se sonrojó porque deseaba que él pensara que era toda una mujer— Muchas chicas de la aldea ya están casadas como Dios manda y tienen hijos a mi edad.

—Mierda. —siseó él tras ella sorprendiéndola. Lo había dicho muy bajito, pero June tenía un oído muy fino.

Se vivió fulminándolo con la mirada— ¿Ocurre algo?

—No. Sólo que pensaba que eras más joven, eso es todo.

Ella sonrió— Michael me echaba catorce. — rió divertida— Y soy mayor que él. ¿A que es divertido?

Él gruñó mirando el camino dando la conversación por terminada, pero después de unas millas se debía aburrir porque volvió a preguntar— ¿Y cómo es que tú no te has casado? ¿Por los problemas en el pueblo a causa de lo de tu madre?

Palideció al escucharle y se volvió lentamente para mirarlo a los ojos— ¿Cómo sabe usted eso?

Vio en su cara que se había dado cuenta que había metido la pata— Michael me lo dijo.

—¡Me lo prometió!

—¡Estaba muy preocupado por ti! Pensaba que te había ocurrido algo porque no habías aparecido y después de contarle nuestro encuentro...

—¡No había mucho que contar! ¡Me echó!

—¡Pues eso es lo que le conté! — le gritó a la cara. Ella entrecerró sus preciosos ojos azules — Después de contarle nuestro encuentro, él me contó tu confidencia, que por cierto sabe todo el pueblo, porque pregunté por ahí si te habían visto y no se les cayeron los anillos para relatar con pelos y señales todo tipo de cosas que no pienso repetir. ¡Y sí que tienes padre! — le gritó de nuevo como si fuera una mentirosa— Sólo vas a crear problemas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque él pensara eso y antes de que se diera cuenta saltó del caballo con agilidad. —¡June!

Echó a correr campo a través y él juró por lo bajo antes de que azuzara al caballo en su dirección— ¡June, detente!

Las lágrimas le nublaron la vista mientras corría y él se acercó a galope agachando la mano para agárrala por la cintura. Justo cuando la elevaba, ella gritó y le golpeó con su hatillo en la cara sin darse cuenta. Eso provocó que a Russell se le resbalara y June cayó al suelo con un fuerte golpe en el costado que casi la hace perder el sentido.

—¡June! — asustado porque no se movía, se bajó del caballo arrodillándose a su lado. —June —le giró la barbilla y vio que estaba pálida— ¿Te has hecho daño?

—Me duele.

Pálido la tumbó de espaldas al suelo y juró por lo bajo al ver la piedra sobre la que había caído— Dime dónde te duele.

Ella le miró a los ojos y se tocó el costado derecho. Russell apretó los labios y llevó sus manos allí. June se quejó agarrando su brazo— Te has roto al menos una costilla.

—¿Cómo lo sabe?

—He visto tantas caídas que casi puedo decir que soy médico. Respira hondo.

Al hacerlo ella se quejó tocándose el costado— Va a dolerte mucho. Vamos. Necesitas tumbarte.

La cogió en brazos colocándole el hatillo entre las manos y preocupado se subió al caballo como si no le costara ningún esfuerzo cargarla. Giró el caballo para volver al camino. La miró en sus brazos y dijo con el ceño fruncido— Si me hubieras hecho caso...

—¿Está enfadado conmigo?

—Sí.

—¿Más aún que antes?

—Mucho más.

—¿Soy una molestia?

—No sabes cuánto. — la miró de reojo — Pero no te vuelvas a escapar. —esas palabras calentaron su corazón y sonrió sin poder evitarlo.

Entre sus brazos recorrieron medio día a caballo y se sorprendió de que llegaran tan pronto al circo donde Michael gritó llamando a las chicas en cuanto los vio acercarse.

—¿Qué ocurre, tío?

—Se ha hecho daño. Tiene al menos una costilla rota. — la bajó sin soltarla y la llevó hasta la carreta grande— ¡Llama a tu madre y Roger encárgate de Diamante!

—Sí, jefe.

Michael salió corriendo mientras las chicas preocupadas abrían la puerta de la carreta para dejarle pasar. ¡Era una casa! ¡Y era preciosa!

Una vez se había acercado a una de las ventanas de la casa grande y había visto un sofá de seda borgoña igual, pensó de la que pasaba.

Cuando vio que la iba a tumbar en una cama con un edredón de seda del mismo color gritó— ¡No! — al moverse entre sus brazos palideció y susurró— Lo voy a ensuciar.

—No te preocupes por eso — dijo él tendiéndola. —Maggie, Lini desvestirla para que Sara la revise. — dijo molesto pasándose la mano por el cabello negro. Pareció indeciso como si no quisiera irse, pero al ver que Lini levantaba una de sus cejas castañas se volvió saliendo de la carreta a toda prisa.

—El jefe está nervioso. — Maggie la miró maliciosa—¿Qué ha pasado?

—Nada. — se puso como un tomate y Lini se echó a reír sin creer una palabra— De verdad que no ha pasado nada. No seáis mal pensadas. Me ha recogido de camino a Londres y me caí.

—Creo que en esa historia faltan algunos detalles, pero no son asunto nuestro. — Maggie levantó el vestido —Vamos a quitarte esto. Lini, echa agua en la palangana.

Su hermana se puso manos a la obra y ella ayudó en todo lo que pudo, pero el dolor en el costado era muy fuerte. Cuando la desnudaron las dos hermanas se la quedaron mirando con la boca abierta— ¿Qué ocurre? ¿Tiene tan mal aspecto? — intentó incorporarse para verlo, pero Lini la cogió por el hombro.

—Se te está amaratando, pero no mirábamos eso. — dijo maliciosa.

Se puso como un tomate porque era la primera vez desde que era pequeña que la veían desnuda. La puerta de la carreta se abrió y una mujer de pelo rojo vestida con un sencillo vestido azul entró en la carreta. Era guapísima pero sus ojos verdes reflejaban una tristeza absoluta. Como si en su vida ya no hubiera esperanza. Sabía que era la madre de Michael y sonrió agotada— Hola.

—Así que tú eres la famosa June. — sonrió dulcemente— Me han hablado muchísimo de ti.

—Mira esto Sara. Se está poniendo muy morado, ¿no? — preguntó Lini preocupada.

Sara rodeó la cama apretó los labios. Se sentó a su lado y tocó la zona. Gritó sorprendida por el dolor que la traspasó y Sara apretó los labios— Respira hondo un par de veces. —ella lo hizo mientras las tres la observaban atentamente. Sara sonrió— ¿Notas que te ahogas? —negó con la cabeza— Entonces todo va bien. ¿Cuándo ocurrió esto? ¿Diez minutos? ¿Media hora?

—No sé. ¿Tres horas?

Sara sonrió más ampliamente— Entonces no hay de qué preocuparse. Lini tráeme una venda.

—¿La vas a vendar? — preguntó sorprendida.

—Si no la vendo, tendrá unos dolores terribles. Tengo que sujetar la zona lo mejor posible para que suelde. —Sara miró la moneda que tenía entre los pechos— Dile a Russell que entre.

Lini la tapó con la otra parte del edredón y salió a toda prisa. Russell entró en la carreta y Sara sonrió— Creo que tiene dos costillas rotas. — él apretó los labios sin perder de vista a June— Pero tendrás que vendarla tú, porque yo tengo dolorida la muñeca desde que llegamos. No quiero que por no sujetarla bien, suelden mal. Tú ya lo has hecho antes, así que tendrás que ser tú.

Él asintió y Lini abrió la puerta de golpe respirando agitadamente al darle la venda a Sara. — Chicas, podéis salir. Aquí hay demasiada gente.

—Esperaremos fuera y después la asearemos.

—Puedo yo. — dijo ella intentando incorporarse.

—¡June, tumbate! — ordenó provocando que ella se detuviera al instante.

Entonces fue consciente de lo que Sara había querido decir. ¡La iba a vendar él! Se sonrojó intensamente mientras las chicas salían cuchicheando y cuando Sara cogió el edredón con intención de destaparla, lo agarró con fuerza con ambas manos. Sara la miró extrañada— ¿Qué ocurre, pequeña?

—Esto no es decente. — susurró con los ojos como platos. Sara reprimió una sonrisa.

—Piensa que es el médico.

—¡No he visto al médico en mi vida! ¡Y menos mal, porque todo el mundo dice que es un matasanos! — vio a Russell sin mover un gesto tras su cuñada— ¡No puede hacerlo usted! ¡No es decente!

—June...

Sara levantó la mano haciéndole callar— Lo hará él. Es lo mejor. Y me harás caso, ¿me oyes? — le dijo como si fuera una niña de cinco años. Ella, que nunca había tenido madre, se dio cuenta de lo intimidatorias que podían ser y asintió rápidamente haciendo sonreír a Sara como si la estuviera recompensando.

—Mientras la vendas, voy a ir a por un camisón para ella. — le advirtió a June con la mirada — Pórtate bien y haz todo lo que él te diga.

—Sí, señora.

Sara salió de la carreta y ella entrecerró los ojos sin dejar de apretar el edredón. No se atrevía ni a mirarlo.

Él carraspeó— ¿Acabamos con esto? No tengo todo el día, ¿sabes? Tengo un circo que dirigir y hoy es la última sesión y tenemos que recog...— ella apartó el edredón y Russell perdió el hilo de sus pensamientos mirándola de arriba abajo. Como un tomate sintió su mirada por sus largas piernas, pasando por la ligera curvatura de sus caderas. Se le cortó el aliento cuando miró su ombligo antes de subir hasta sus pechos, que se endurecieron como si los hubiera tocado. Russell la miró a los ojos y sin decir una palabra se sentó a su lado. El corazón de June saltó en su pecho cuando pasó la mano por detrás de su cintura tocando su espalda y elevando suavemente su vientre— Procura quedarse así — susurró con voz ronca.

Ella asintió mientras Russell colocaba la venda alrededor de su torso. El roce de sus manos le puso la piel de gallina y suspiró sin darse cuenta. Él la miró a los ojos rodeando de nuevo su torso

con la suficiente firmeza para que moviera la zona lo menos posible— ¿Te aprieta demasiado? — preguntó gravemente.

—No. —jadeó cuando los nudillos de Russell tocaron la parte inferior de su pecho y le miró a los ojos. Sus profundos ojos negros mostraban que la deseaba y June se sintió mareada por las emociones que la recorrieron. La sangre corrió veloz por sus venas y el latido de su corazón se aceleró alterando su respiración. Los ojos de Russell brillaron bajando la mirada hasta sus pechos. Entonces se tensó y sujetó con fuerza la venda bajo las otras debajo de su pecho derecho haciéndole daño y provocándole un quejido que la llevó al presente.

—¡Ya está! — se levantó y la tapó con el edredón a toda prisa— Ahora las chicas te atenderán.

—Gracias. —susurró sonrojada viéndole salir a toda prisa. No sabía muy bien lo que había pasado, pero en ese momento se sintió como si todo su ser hubiera madurado. Como si hubiera dejado de ser una niña para convertirse en una mujer. Todo su cuerpo anhelaba su contacto y gimió llevándose la mano a los ojos recordando lo que había sentido.

Las chicas entraron en la carreta y se acercaron lentamente— ¿Te ha hecho mucho daño? — preguntó Lini preocupada porque pensaba que estaba llorando.

—Estoy bien. — susurró dejando caer la mano sobre el edredón. Intentó incorporarse y se dio cuenta que la venda impedía que doblara la espalda. Entonces fue consciente que no tenía donde dormir. —Será mejor que me vaya a casa.

—No, te quedarás a dormir aquí. Lo ha dicho el jefe —dijo Maggie mojando un trapo en la palangana. —Él no va a dormir esta noche porque se recoge el circo y nos vamos por la mañana. Así que no te preocupes. Mañana irás todo el camino en la cama y esta es la más cómoda que hay. Cuando estés mejor, te haremos un hueco en nuestra caravana— sonrió divertida— Ya verás lo bien que lo pasamos. ¡Nos vamos a Londres!

—Pero puedo trabajar. Puedo coser o...

—Ya hablaremos de eso. — Lini empezó a lavarla con el trapo que le tendió su hermana y se avergonzó al darse cuenta de los sucios que tenía los pies. El jabón olía delicioso y sonrió al sentir la piel fresca y limpia.

Al ver lo buenas que eran con ella se emocionó y sus ojos se llenaron de lágrimas—Gracias, sois las mejores amigas que se puede tener.

—Va, eso lo dices ahora porque no has convivido con Lini. ¡Tiene unas manías terribles! — su hermana jadeó haciéndolas reír y se tocó el costado gimiendo.

Sara entró en la carreta con varias prendas en la mano y la señora Lewis detrás, que preocupada se acercó como una gallina a su polluelo— ¿Cómo estás, mi niña?

Sonrió para que no se preocupara— Muy bien.

—Menuda mentirosa —dijo Sara divertida. —Le tiene que doler horrores. Vamos a ponerle el camisón.

La señora Lewis quiso ayudar y ayudó a levantarla para pasar el camisón por su cabeza— ¿Y esa moneda, niña?

Palideció al escucharla y miró hacia abajo. Gimió tapándose la cara mientras Sara sonreía y las demás la miraban asombradas. — ¿Qué ocurre? —preguntó Maggie.

—Nada— susurró acariciando la moneda—Es un regalo.

—De alguien muy importante para ti si la llevas colgada al pecho.

—Nunca me habían regalado nada y ...

—Quisiste conservarla. — Sara sonrió— Es comprensible. Ahora te traeremos algo para comer y nos prepararemos para la última función en el pueblo. ¿Estarás bien?

Asintió tumbándose en la cama —Sí, gracias.

—Te enviaré por Lini un tónico para que tomes y así te duela menos. Ya verás como

descansas.

—Iros, estoy bien...— dijo sonriendo al ver que estaban indecisas. — Como lleguéis tarde por mi culpa, no me lo perdonaré. Y el jefe menos.

Sonrieron y Sara dijo—Dejémosla descansar.

Capítulo 4

Cuando salieron de la carreta, ella volvió a gemir llevándose las manos a la cabeza— Serás estúpida. — se mordió el labio inferior y dejó caer las manos sobre el colchón. Tenía que saber que era su moneda. No tenía dinero y no le tiraban monedas de oro a todas horas. ¡Por qué no la había escondido! Asustada miró el techo de madera intentando averiguar qué habría pensado. Que no estaba bien de la cabeza, seguramente. Iba sin zapatos y se colgaba una moneda de oro al cuello.

Se sobresaltó cuando se abrió la puerta y se encogió bajo las sábanas al ver que era él. No la miró a la cara— Tengo que cambiarme. — gruñó caminando a toda prisa hasta un armario.

—Oh, lo siento. —sonrojada vio que cogía otros pantalones y una camisa negra. Se le cortó el aliento cuando vio que se quitaba la camisa sacándosela por la cabeza. Tiró la sucia del polvo del camino sobre una butaca y fue hasta la palangana que había vaciado Lini. Volvió a echar agua y se lavó ante sus ojos como si ella no estuviera allí. Sin poder evitarlo acarició con sus ojos su piel morena y supo que trabajaba mucho sin camisa. Los músculos de su espalda hicieron que tragara saliva y cuando le vio mirarla de reojo mientras se pasaba las manos por su cabello negro, se tapó la cara con las sábanas. Entonces recordó que era su cama y gimió sin poder evitarlo. Abrió los ojos como platos bajo las sábanas al oír como caía una bota y se imaginó que se estaba cambiando de pantalones. Dios mío, gimió para sí. ¡Aquello no era decente! El reverendo la mataría si se enterara de que estaba tumbada en la cama de un hombre mientras este se cambiaba ante ella de ropa como si

estuvieran casados. ¡La excomulgaría!

—Ya puedes mirar. — dijo molesto antes de que June escuchara un portazo.

Bajó lentamente las sábanas y vio que había desaparecido. Suspiró de alivio muerta de la vergüenza. La puerta se volvió a abrir y gimió tapándose de nuevo.

Escuchó pasos y una voz susurró— ¿June?

Bajó las sábanas de golpe para ver a Lini que sonrió de alivio— Pensaba que te habías dormido.

¿Cómo se iba a dormir con tanto ajetreo? Olvidándolo vio la bandeja que llevaba en las manos—Come algo— dijo su amiga. — Sara me ha dado esto para que tomes una cucharada después. Me ha advertido que no lo tomes con el estómago vacío. Te puede sentar mal.

Se apoyó en las palmas de la mano e intentó levantarse. Reprimió un gemido de dolor y sonrió pálida a su amiga que le puso la bandeja sobre las rodillas. Lini parecía preocupada mientras la observaba mirar la deliciosa carne asada sin muchas ganas de comer.

—¿Seguro que te encuentras bien? — preguntó apretándose las manos.

—Vete. Tienes que prepararte. Y concéntrate que luego vienen los accidentes. —dijo preocupada.

—Después nos pasamos a verte.

—Te prometo que no me moveré de aquí. — cogió el tenedor y empezó a comer forzando una sonrisa. Estaba delicioso y en otras circunstancias lo devoraría sin dudar, pero tenía el estómago cerrado por los nervios y los dolores.

Lini asintió y le dijo— El espectáculo debe continuar.

—Cierto. Te veo luego.

—Descansa. — le guiñó el ojo yendo hacia la puerta a toda prisa.

Suspiró mirando el enorme plato. Tenía que comérselo todo, porque no quería que pensarán que se encontraba mal. Con paciencia y forzándose se lo terminó. Nunca había estado más llena y esperaba que no le sentara mal. Cogió la botellita y al mirar a su alrededor se dio cuenta que Lini se había olvidado la cucharita. Calculó más o menos lo que era y dio un traguito. Le costó dejar la bandeja sobre la mesilla de noche y cuando lo hizo, se tumbó mirando al techo. Levantó el brazo para apartarse un mechón rubio de la cara cuando se fijó en el camisón blanco que llevaba. Nunca había tenido nada tan bonito. Tenía puntillitas en el puño y las acarició con cuidado mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Eran tan buenos con ella. Les compensaría. No tenía dinero, pero podía ayudarles de otra manera. Trabajaría muchísimo para ayudarles. Era joven y fuerte, aunque no lo pareciera.

Se quejó intentando girarse y respiró profundamente llegando a ella un olor a madera que le recordó a su padre. Entonces sintió que se movía la cama y frunció el ceño. Abrió un ojo y Lini soltó una risita.

Pasos se acercaron a la cama y Maggie sonrió— Buenos días, dormilona.

—¿Ya es de día? — preguntó sorprendida.

—¡Nos vamos a Londres! — dijo Lini excitada sentándose en la cama. Llevaba un vestido precioso de flores rosas y al mirar a Maggie vio que ella lo llevaba en azul.

—¿Cuántos vestidos tenéis? — preguntó sorprendida.

—¿Aparte de los del trabajo? — Maggie la cogió del brazo ayudándola a levantarse— Cinco.

Abrió los ojos sorprendida— ¿Para qué? ¡Si sólo tenéis un cuerpo!

Las chicas se echaron a reír. Le pusieron delante un desayuno que haría que el herrero llorara de la alegría. Ella no estaba acostumbrada a comer tanto y cuando un bamboleo de la carreta la agitó,

sintió que la cena de la noche anterior le subía por la garganta. Las chicas al darse cuenta que se ponía verde, le apartaron la bandeja y le pusieron el orinal bajo la nariz. No pudo evitarlo, fue como si se abrieran las compuertas del infierno porque se pasó vomitando los siguientes diez minutos. Las chicas preocupadas le pasaron un paño húmedo por la cara y Maggie fue hasta la puerta del fondo de la carreta y la abrió gritando a los cuatro vientos— ¡Deteneos!

La carreta se detuvo lentamente y June gimió espantada porque seguramente habían detenido a todo el circo— Lini, que no se detengan.

—Sólo será un momento.

—¿Qué ocurre? — preguntó Russell subiendo a la carreta.

—Está vomitando.

Russell recorrió la carreta en tres pasos y se colocó ante la cama haciendo que a June se le encogiera el ombligo al ver su mirada. Y estaba furioso.

—Estoy bien. Podemos continuar.

—Ir a avisar a Sara. — era una orden y como se lo dijo a las dos, ambas salieron de allí a toda prisa.

Él se acercó a ella y puso los brazos en jarras— ¿No estarás preñada?

—¿Qué?

—Las preñadas vomitan por las mañanas.

—¡Soy pura! — gritó indignada subiéndose las mantas hasta la barbilla.

—¡Más te vale! ¡Porque como me entere de que nos estás utilizando para tener cobijo el bebé y tú, te dejó en Londres! — le gritó furioso.

Ella jadeó justo cuando llegó Sara, que se acercó preocupada seguida de Michael.

Sonrió a su amigo que pareció aliviado de verla bien.

—¿Te encuentras mal? — preguntó sentándose a su lado y pasando la mano por su frente.

Apretó los labios y susurró— Tiene fiebre.

—¿Se pondrá bien? — preguntó Russell tensándose.

—Seguro que es una reacción al golpe y se le pasará. —sonrió para tranquilizarla— ¿Te has tomado el tónico?

—Ayer noche. ¿Tengo que comerme todo eso? No tengo ganas.

Sara vio la bandeja y puso los ojos en blanco—¡Lini!

Su amiga entró en la carreta—¿Si?

—¿Eso es algo ligero para comer? ¡Si hasta le has puesto chuletas de cordero!

—Quiero que se ponga bien pronto —dijo confusa. — Y está muy delgada.

—¿Ayer cenaste así?

Suspiró asintiendo y Sara sonrió— Algo ligero mientras estás convaleciente, ¿de acuerdo?

—Gracias.

—¿Entonces se pondrá bien? — preguntó Russell— ¿Y la fiebre?

—El tónico la ayudará. — cogió una cuchara y la llenó antes de acercársela a la boca.

—Tiene el estómago vacío— dijo Lini— Me habías dicho...

—Ahora se tomará una tostada y algo de té.

—Podemos seguir. No quiero interrumpir la caravana y...

—Los caballos necesitan descansar. — dijo el jefe antes de ignorarla para mirar a Michael. —

Que les den de beber y algo de forraje.

—Sí, jefe.

Michael salió corriendo. Sara se levantó y le sirvió una taza de café. —Bebe esto, pequeña. Ya verás cómo te sientes mejor.

Cogió la taza y bebió lentamente bajo la atenta mirada de todos. Russell chasqueó la lengua — ¿Seguro que no necesita un médico? Está aún más pálida que ayer y parece más delgada y demacrada.

Las cuatro volvieron la cara lentamente hacia él. Tres de ellas atónitas por su falta de tacto y June sonrojadísima— Mire, jefe. ¡Ya ha recuperado el color! — dijo Maggie indignada— ¿Por qué no sale de aquí y va a gritarle a alguien? Seguro que pilla a alguno desprevenido.

—Sí, cuñado. ¡Creo que necesitas tomar el aire!

Las miró sorprendido— ¿Ahora os enfadáis porque digo la verdad?

—¡Russell, vete a hacer algo! — le ordenó Sara.

Él gruñó saliendo de allí fulminándola con la mirada, demostrando que sólo era una molestia que causaba problemas. Las chicas estuvieron hablando un rato de lo insensibles que eran los hombres para algunas cosas. Seguían hablando mientras ella se quedaba dormida de nuevo sin poder evitarlo.

Sara sonrió al verla y se levantó lentamente haciéndole un gesto a las chicas para que salieran de la carreta. —Yo me quedo con ella.

—¿Se pondrá bien para disfrutar de Londres? — preguntó Lini—Queremos llevarla a ver Bond Street y...

—Niñas, no se perderá Londres si descansa. Nos quedaremos allí dos semanas. Ahora irós para que pueda descansar. Yo la cuidaré.

Durante todo el día se estuvo despertando intermitentemente y Sara la atendió con ternura. Le subió la fiebre por la tarde y June habló en sueños inquieta mientras la carreta seguía su camino. Sara sentada a su lado, apretó los labios acariciándole la frente hasta que la fiebre volvió a bajar y pudo descansar tranquila.

Se despertó cuando estaba amaneciendo y Michael estaba sentado a su lado en una silla con la boca totalmente abierta. Sonrió divertida y miró a su alrededor. Vio el taponcito de corcho de la botellita vacía que Sara había usado y sin levantarse de la cama cerró el ojo y se lo tiró a la boca entrando de pleno. Michael, que estaba en pleno ronquido, se atragantó con el corcho y tosió despertándose de golpe cayendo de la silla al suelo de madera con gran estrepito. June se echó a reír a carcajadas sin poder evitarlo, tocándose el costado. Cuando la cabeza de Michael se levantó mirándola con el ceño fruncido, June se echó a reír más fuerte. Fue el dolor del costado lo que la hizo calmarse mientras su amigo se incorporaba.

—Muy graciosa. — le mostró el tapón antes de dejarlo sobre la mesilla de noche. El chico frunció el ceño— ¿Lo has tirado desde la cama?

—Tengo muy buena puntería. —dijo divertida.

—¿Cómo de buena?

Le miró sin comprender y él miró a su alrededor. Cogió un vaso que había sobre la mesilla y se puso ante la cama. —¿Puedes meterlo aquí?

—Puedo intentarlo. — le advirtió con la mirada— Si no lo mueves.

—No lo moveré.

—Vale. — alargó la mano y cogió el corcho. Cerró el ojo y lo tiró. Michael abrió la boca asombrado cuando cayó en el vaso sin ningún problema.

—¡Muy bien!

—Gracias. — sonrió divertida— Ahora si no te importa...tengo que...

Michael se sonrojó— Oh sí, claro. Mamá, te lo ha colocado detrás del biombo.

Ella se sentó sobre la cama con esfuerzo y Michael la ayudó cogiéndola por el brazo— ¿Puedes sola? — preguntó preocupado al notar que le dolía.

—Estoy mejor ahora que estoy de pie. — sonrió y fue hasta el hermoso biombo pintado con pájaros de colores muy vivos— Qué hermosura.

—Era de la bruja —dijo su amigo con desprecio dándose la vuelta. — ¿Me tapo los oídos? — se echó a reír al ver que se sonrojaba.

—¡Cállate!

Cuando salió asegurándose de que no se le veía nada, fue hasta la cama y se sentó ante su amigo— ¿Por qué la odiáis?

—¿A la bruja?

—Se fue para casarse con un rico, ¿no?

Michael chasqueó la lengua— Mi tío la convirtió en una estrella. Su cara estaba en todos los carteles y no tenía ningún talento. Simplemente era bonita. Se llamaba Antonia y mi tío la convirtió en Antea. Le compró vestidos bonitos e hizo un número para que se luciera encima del elefante. Tenías que ver a la gente, la aplaudían como locos. Mi tío la adoraba— ella apretó los labios entendiendo que había estado enamorado de ella—Le daba todo lo que pedía y siempre estaba atento a sus necesidades. La mimaba en exceso.

—Eran amantes.

Michael se levantó furioso— Le pidió matrimonio, ¿sabes? Pero ella le rechazó una y otra vez diciéndole que debían esperar. ¡Lo que ella estaba buscando era un rico que la sacara de aquí! Y lo consiguió. Se veía a escondidas con el otro, mientras que a mi tío se le quedó cara de idiota. Mi padre le dijo que no se preocupara, pero luego vino el accidente y mi tío se echó la culpa, aunque ya habían pasado dos meses desde que la bruja se había ido.

June se llevó la mano al pecho —¿Es que no estaba concentrado?

—No fue eso. — Michael se pasó la mano por su pelo negro— Mi padre se empeñó en hacer ese número, aunque mi tío había sufrido una lesión al montar la carpa. Evitó que se le cayera un poste

a Roger y sujetó la cuerda él solo. Sintió que el brazo le dolía, pero mi padre quiso hacer ese número para llamar la atención de la prensa porque sin Antea apenas nos daban publicidad.

—Entiendo. Y salió mal.

Michael asintió sonriendo con tristeza— Por eso en este trabajo siempre hay que estar físicamente perfecto. Porque si se necesitan las fuerzas, incluso estando bien te pueden fallar. Los accidentes forman parte del trabajo, pero bajo esas circunstancias ... Es lógico que mi tío se eche la culpa, aunque no tenga responsabilidad. El riesgo lo asumió mi padre y falló.

—¿Y cómo está tu madre?

—Muy triste. Es una sombra de lo que era. Ha pasado un año y aun le recuerda constantemente como si estuviera aquí.

—Lo siento mucho. Hace años que perdí a mi padre y también me acuerdo mucho de él.

—Mi tío me ha ayudado mucho. Siempre hemos estado muy unidos, pero ahora...—dijo emocionado.

Ella sonrió y le cogió la mano apretándosela para que supiera que estaba a su lado por si la necesitaba. Michael se sonrojó como un niño al que le molesta que le vieran con la guardia baja. Su amigo carraspeó levantándose y June sonrió— Cuéntame cosas de ella. ¿Era muy hermosa?

—Sí. — se encogió de hombros sin darle importancia— Tú eres más hermosa que ella.

June se echó a reír y se tocó el costado. Michael le dijo molesto—Te digo que tú eres más hermosa que ella y mamá me lo ha dicho también.

Parpadeó sorprendida— ¿Que ha dicho qué?

Su amigo se puso como un tomate— ¿No se lo dirás a nadie?

—¿Qué no tengo que decir?

—Mamá, me lo ha dicho en confidencia. No debería decírtelo. Mamá me advierte que no debo

hablar de lo que presiente, porque se puede influir en las personas y si después nos equivocamos, se sienten desilusionadas.

—Dime. Cuéntamelo de una vez.

Michael la miró a los ojos —Mamá me ha dicho que ha visto tu éxito. Eres la esperanza de este circo.

—¿Yo? ¡Pero si no sé hacer nada!

—No sé lo que harás. Sólo te digo lo que me ha dicho. Mamá me ha dicho que tu talento y hermosura nos sacarán de un problema muy serio. Eso es lo que me ha dicho.

Pero eso podía significar muchas cosas. Igual significaba que arreglaba un traje antes de salir a escena y salvaba la función. Sin darle importancia sonrió y Michael dijo incrédulo— Hablo en serio.

—Lo sé. Pero como ha dicho tu madre, no me lo tomaré en serio para dejar que el destino haga su trabajo. — y maliciosa añadió— Por si se equivoca y es otra rubia la que salva el circo...

La carreta se detuvo y Michael miró hacia la cabecera de la cama— Nos detenemos.

Se levantó sin saber por qué y cuando se abrió la puerta de atrás dando paso a Russell se puso nerviosa— Veo que estás mejor. Así podré recuperar mi cama.

Se sonrojó intensamente y Michael frunció el ceño por el reproche.

—Sí, por supuesto. —dijo ella rápidamente.

Caminó hacia la puerta, pero Michael la cogió por el brazo—No puedes salir descalza y en camisón.

—Oh. —nerviosa por salir de allí, cogió el edredón cubriéndose con él—¿Así?

Russell gruñó y se acercó a ella en dos pasos cogiéndola en brazos— ¿Nunca dejarás de ser una molestia?

June palideció y no sólo por sus palabras. Al levantarla tan rápidamente le había hecho daño. Para que no viera su cara, agachó la mirada. Sabía que era una molestia para él y que le había robado su carreta, pero que se lo dijera de esa manera le había dolido aún más que las costillas. La sacó de la carreta y caminó con ella en brazos hasta tres carretas más atrás. Michael golpeó la puerta y se abrió mostrando a Lini que sonrió radiante al verla— ¡Ya estás aquí!

June sonrió en respuesta— Bienvenida a tu casa— dijo Maggie apareciendo al lado de su hermana. Ambas iban en camisón con un chal cubriéndolas por encima y extendiendo las manos para cogerla.

Michael sonrió por su recibimiento antes de fulminar con la mirada a su tío— Puedes dejarla en el suelo de la carreta.

Russell gruñó bajándole las piernas y las chicas la ayudaron a incorporarse con delicadeza. June se volvió quitándose el edredón y avergonzada se lo entregó a Michael.

—Gracias. — susurró sin mirar a su jefe a los ojos antes de que Lini cerrara la puerta.

Capítulo 5

Ahí empezó su vida en el circo. Las chicas habían colocado una cama para ella en su pequeña carreta y tenía su espacio. La señora Lewis le llevó dos vestidos. Los más hermosos que había tenido jamás. También le llevó unos botines y dos pares de medias. Eso sí que fue horrible. Los odiaba. Le hacían daño y cada vez que no la veían, se los quitaba.

Cuando al fin pudo salir de la carreta, porque Sara le había dado el visto bueno aunque no estaba bien del todo, las chicas la llevaron una mañana a visitar la ciudad de Londres. El circo estaba situado en unos terrenos cerca de Hyde Park. Fascinada vio como la nobleza salía en calesas y a caballo a pasear por el parque. Las hermosas mujeres iban vestidas maravillosamente con voluminosos vestidos y sombreros de ensueño. Ella con su cabello suelto por la espalda, vestida con su sencillo vestido rosa, se tocó el cabello viendo sus elaborados recogidos. Ella parecía una niña a su lado y se dio cuenta que debía empezar a peinarse de otra manera. Miró a las chicas y susurró — ¿Qué tengo que hacer para peinarme así?

Las chicas chillaron de la alegría y empezaron a hablar a la vez. Entonces empezaron a discutir y ella que ya las conocía, sabía que debía esperar a que se calmaran para sacar algo en claro.

—Necesitas un sombrero. —dijo Lini al fin.

—Y te peinaremos para que te sepas lo que tienes que hacer para tener esos rizos. Ya verás,

estarás preciosa.

—¿Cuánto cuesta un sombrero? No tengo mucho dinero y...

—Encontraremos algo que te quede maravillosamente. — Lini la cogió por un brazo—Vamos a Bond Street.

La calle repleta de comercios estaba abarrotada de gente. —Las damas compran aquí. — susurró Maggie viendo pasar a una mujer que llevaba detrás a su doncella cargada de paquetes.

—¡Mira! ¡Es la ahijada de la Reina! — dijo Lini señalando a una hermosa mujer morena que hablaba con otra sonriendo— La intentaron matar el día de su boda. ¿Lo sabías?

Negó con la cabeza —Sí, su marido estaba desesperado. Imagínate. La Reina la envió a palacio. Es su ojito derecho y dicen que la consiente en todo.

—¿La conocéis?

—El año pasado vino a una función con su madrina y su familia.

Abrió los ojos como platos— ¿Con la Reina?

Las chicas asintieron elevando la barbilla— Le gusta el circo. Asiste a una representación al año y el año pasado vino con ella. La Marquesa de Brentwood iba acompañada de su esposo. Es muy apuesto.

—Habéis actuado para la Reina. —dijo admirada.

—Y tú lo harás algún día. — su amiga tiró de su brazo— Vamos a por tu sombrero.

—¿Que yo actúe para la Reina? ¿Estáis locas? ¡Vomitaría en la pista de los nervios!

Las chicas se echaron a reír a carcajadas y Lini abrió la puerta de una tienda. Ella jadeó asombrada mirando a su alrededor. Era maravillosa. Había chales, sombrillas, pañuelos y los sombreros más bonitos que había visto en su vida desperdigados por toda la estancia. Dos damas se estaban probando un sombrero al lado del mostrador y Maggie la cogió de la mano llevándola hasta

un sombrero. —Mira ese.

—Maggie, ese va a ser muy caro. No le pongas los dientes largos. Vamos a hablar con el señor para que nos enseñe los de segunda mano.

—¿Los de segunda mano? — preguntó asombrada— ¿La gente vende sus sombreros? ¿Acaso les crece la cabeza?

Las chicas se echaron a reír y un aprendiz se acercó a ellas sonriendo— ¿Desean algo, señoritas?

—¿Tiene sombreros de segunda mano? — las damas las miraron como si fueran una molestia antes de pedir a su dependiente otro sombrero.

—Por supuesto. Si pasan por aquí...— les mostró un pequeño cuarto y June se dio cuenta que eran clientela de segunda. Allí había gran cantidad de sombreros, unos apilados sobre otros sin toda la pompa de la tienda central. Pero aun así las chicas corrieron a mirar qué podían encontrar.

Algo intimidada miró de reojo al chico que sonrió— No sea tímida. Puede probarse todos los que quiera.

—Yo sólo quiero un sombrero para salir de paseo con mis amigas.

El chico sonrió mirando a su alrededor y se acercó a una estantería cogiendo un bonito sombrero con el ala de paja y un precioso lazo azul— ¿Qué le parece este? Combina con cualquier vestido que se ponga.

Las chicas le miraron y sonrieron asintiendo— Pruébatelo, June.

Se acercó y el chico dijo— Permítame. — se lo puso en la cabeza y le hizo la lazada bajo la oreja derecha— Mírese al espejo. Le queda perfecto.

Un espejo apareció ante ella y se vio tan distinta... Tan mayor. No parecía una niña sino una señorita y no era nada fea como decían los del pueblo. Miró al chico a los ojos —¿Cuánto cuesta?

—Diez chelines.

—Uff...—miró su imagen en el espejo— Es un poco caro.

—Por ser para usted se lo dejó en siete y porque le queda maravillosamente. Pero no puedo rebajarlo más.

Sus ojos azules brillaron de alegría— Gracias. Es usted muy bueno.

El chico se sonrojó de gusto— No es nada.

Sacó el dinero que tenía ahorrado y pagó al chico— Me lo llevo puesto.

—Ha sido una compra excelente. —miró a las chicas— ¿Ustedes desean algo más?

Al final cada una se compró un sombrero y al ver la bonita sombrerera que les daba, ella también quiso una pero le daba vergüenza pedirla. El chico sacó una para ella y le dijo— Para que guarde su sombrero nuevo.

—Gracias. — dijo sonrojada.

—Y...— cogió tres cintas rosas de seda y se acercó a ellas —Esto es regalo de la casa. Espero que cuando necesiten sombreros vuelvan por aquí.

—Estaremos encantadas— dijo Lini radiante cogiendo su cinta.

Contentas salieron de la tienda— No vuelvo a ir de compras sin ti. —dijo Maggie encantada— Es la tercera vez que entró en esa tienda y jamás me habían tratado tan bien.

—Cierto. — dijo su hermana.

—Estáis exagerando. Ha vendido tres sombreros. Eso es todo. — se chocó con un caballero que pasaba a toda prisa y gimió de dolor tocándose el costado.

—¿Está usted bien? — el joven caballero la miró preocupado— ¿Le he hecho daño?

—¡June! — sus amigas preocupadas la rodearon.

—¿Se encuentra bien? — levantó la mirada tocándose el costado y asintió. La miró con alivio

— Si necesita que la lleve a algún sitio...

—Estuvo convaleciente de una caída. —dijo Lini preocupada.

—Oh, entonces ...— miró a su alrededor haciendo un gesto a un lacayo— Por favor, permítame que las lleve. No puede caminar en ese estado.

—No queremos molestar y mis amigas quieren seguir de compras. — dijo recuperando el color— Ya me encuentro mejor.

—No, June. Ya hemos terminado. Además, volver sería demasiado pesado para ti y no queremos que te agotes en tu primera salida. —dijo Maggie sonriendo al joven descaradamente. Su hermana le dio un codazo, pero el aristócrata sólo miraba a June y lo hacía con enorme interés.

—Por favor, permítame acompañarlas. — les mostró el carruaje—Lord Carrington a su servicio.

—June.

La miró a los ojos y sonrió —Mi mes preferido.

Se sonrojó de gusto y le presentó a las chicas. La ayudó a subir al carruaje como el caballero que era. Después de ayudar a sus amigas preguntó— ¿A dónde las llevo, señoritas?

—¿Conoce dónde está instalado el circo? — preguntó Maggie encantada.

—¿El circo? —pareció sorprendidísimo— No creo que haya función hasta por la tarde.

Las chicas se echaron a reír y él sonrió encantado—Mañana a las cinco, milord. —dijo Lini— Pero es que vivimos allí.

—Increíble. — se volvió hacia su lacayo y ordenó que les llevaran al circo antes de subirse al carruaje— No han podido sorprenderme más. Si todas las mujeres del circo son tan bellas como ustedes, me escapo ahora mismo.

Todas se echaron a reír tontamente y Lord Carrington miró a June a los ojos. —¿Usted a qué se dedica?

—Trabaja en la taquilla— dijo Lini rápidamente.

—Sólo por verla dar las entradas, merece la pena asistir.

—Mis amigas son realmente las artistas. — susurró avergonzada por su descarado.

—No lo dudo. Si no fuera porque esta tarde salgo de viaje, asistiría a todas las funciones. — dijo lisonjero.

—Oh, es una pena. —dijo Lini— ¿Se va muy lejos?

—¡Lini! No seas descarada. — la regañó su hermana.

—No es problema. No es un secreto. Esta tarde salgo para el continente. Al parecer es un viaje que todo joven aristócrata debe hacer antes de atarse a la sociedad de por vida. Un año de diversión disipada lejos de la familia.

—¿No le apetece conocer mundo? — preguntó June con curiosidad.

Él suspiró mirando por la ventanilla— Prefiero irme al campo y estar allí el año entero, pero al parecer no tengo opción. ¿Quién sabe? Igual me termina gustando y me convierto en un disoluto.

June le observó bien. Tenía el cabello rubio cortado demasiado corto para como marcaba la moda y tenía unos ojos muy bonitos de un color verde azulado. Su sonrisa era dulce y supo que era una persona de fiar al instante. Esperaba que no cambiara nunca y no pudo evitar decirlo— Espero que eso no pase. —susurró ella correspondiendo a su sonrisa.

—Le aseguro que haré lo que pueda.

—Ya verá como no.—dijo Lini convencida— Usted ya no es un niño. Sólo a los niños se les puede manipular. Usted es todo un caballero.

—Eso es— dijo su hermana dándole la razón.

—Me abruman, señoritas — dijo divertido— ¿Volverán a Londres próximamente?

—Lo decide el señor Campbell. —dijo Lini— Depende. El año pasado vinimos en abril.

—Este año llegan en mayo, así que el año que viene las esperaré en junio. — miró a June a los ojos— Espero poder invitarla a cenar el día de su cumpleaños. ¿Cuándo es?

—¿Cómo sabe que es en junio?

—Normalmente ese tipo de nombres corresponden con la fecha de nacimiento. ¿Qué día?

—El día tres. — gruñó molesta.

Lord Carrington se echó a reír— La esperaré el año que viene.

—¿Y si no vengo?

—La esperaré en julio, agosto, septiembre y todos los meses siguientes hasta que aparezca. — a June se le cortó el aliento por su decisión. Hablaba totalmente en serio y sus amigas se taparon la boca reprimiendo las risitas que pugnaban por salir. La miró intensamente y dijo— Y lo estaré deseando. Sólo espero que no se case antes de que llegue ese día.

Se puso como un tomate y miró hacia la ventanilla— ¿No la habré ofendido?

—Usted es un aristócrata y yo no soy nadie —dijo molesta. — No debería decir esas cosas. A otra muchacha podría encandilarla y esperarle ansiosa.

—No se lo diría a otra muchacha. Pero temo que si no se lo digo ahora, podría perder una oportunidad única.

Ella miró sus manos y las apretó con fuerza. Puede que Lord Carrington fuera un muchacho agradable, pero no le alteraba el corazón como ciertos ojos negros. El lord sonrió— Entiendo. Tiene prometido.

Las chicas la miraron asombradas —¿Lo tienes?

—¡No! — el alivio en la cara de Lord Carrington fue evidente— ¡Pero no quiero que me diga

esas cosas!

El carruaje se detuvo y él sonrió como si le gustara su respuesta— Entonces sólo le diré que puede que la vea en un año. ¿Le parece bien?

El lacayo abrió la puerta y avergonzada le miró a los ojos— Me parece bien.

Lord Carrington asintió y se bajó del carruaje ayudando a las chicas a bajar. Estaba ayudando a June cuando apretó su mano y le dijo en voz baja— Espéreme, June.

Asombrada le miró y no se dio cuenta que Russell se acercaba furioso— ¿Dónde habéis estado?

Sobresaltada se volvió y al ver su enfado se sonrojó como si estuviera haciendo algo malo. Él entrecerró los ojos mirándola y después miró a Lord Carrington, que le soltó la mano inmediatamente— Milord, tiene que irse.

—Sí, por supuesto. — se llevó la mano al sombrero— Señoritas, ha sido un placer.

—Gracias por traernos. — susurró dando un paso atrás para dejar la puerta libre.

Russell la cogió del brazo y tiró de ella hacia sus amigas, que abrieron los ojos como platos — Buenos días. —dijo entre dientes.

El muchacho miró a Russell son una sonrisa en los labios y respondió— Buenos días. — se subió al carruaje y mirando a June golpeó el techo haciendo que el chófer iniciara la marcha.

Cuando el carruaje se alejó, Russell se volvió furioso hacia ella— ¿Qué estabais haciendo?

—Nos ha traído a casa. — susurró nerviosa mirando a las chicas.

—Sí, jefe. Se golpeó sin querer con June y le hizo daño. Se ofreció a traernos y ...

—¡Nunca volváis a hacer algo así! — le gritó a June a la cara haciéndola perder el color. Él miró su sombrero— ¿Te lo ha regalado él? — le arrancó el sombrero de la cabeza rompiendo su precioso lazo y lo tiró al suelo. Las chicas jadearon mientras que los ojos de June se llenaban de

lágrimas al ver su precioso sombrero en el suelo— ¡Nunca aceptes regalos de desconocidos! — gritó dando un paso hacia ella y pisando el ala del sombrero—¡Eso es de zorras! ¡Y no quiero zorras en mi circo!

June levantó la mirada y apretando los labios asintió antes de salir corriendo hacia su carreta dejando caer su sombrerera.

No lloraba por el sombrero, no lloraba porque la hubiera gritado ante todos, lloraba porque no la soportaba y nunca la aceptaría. La había acogido porque los demás se lo habían pedido, pero él odiaba que estuviera allí. La puerta de la carreta se abrió y las chicas entraron en silencio.

Al verla tumbada en la cama llorando Lini susurró— Siento lo del sombrero. Se lo hemos explicado y está arrepentido.

—Me da igual. — dijo con la voz congestionada.

—Es que Antea recibía muchos regalos de admiradores y ...

—No quiero saberlo. — se volvió para mirar a la pared —Estoy cansada. Quiero dormir.

—Sí, por supuesto. — dijo Maggie dejando su sombrero sobre su cama—Vamos Lini. Necesita descansar.

—Pero...

Maggie la advirtió con la mirada y Lini gruñó antes de salir de la carreta con su hermana detrás.

Después de llorar lo que no había llorado en años, se quedó dormida y al despertar se giró sobre la cama y vio su sombrero arreglado sobre una silla. Se levantó y lo cogió. Llevaba la cinta rosa que el chico le había regalado. Seguro que la señora Lewis la había sustituido y sonrió sin poder evitarlo. Debía ir a darle las gracias. Miró el ala del sombrero y estaba limpia. Se preguntó cómo la había limpiado para que no se notara que Russell lo había pisado.

Se levantó con su sombrero en la mano y salió de la carreta yendo hacia la de la señora Lewis. Llamó a la puerta y sonrió cuando la mujer abrió—Gracias por arreglarlo.

La miró con ternura y vio sus ojos rojos de haber llorado— No ha sido nada, niña.

—Puedo empezar a trabajar. Ya estoy bien.

—Pues vamos a ello.

Se pasó el resto de la tarde aprendiendo lo que la señora Lewis le enseñaba sobre la costura. Lo que más le costó era conseguir que las puntadas quedaran invisibles, pero después de un rato y de paciencia, le quedaban perfectas. Con la puerta abierta y a la luz de una lámpara de aceite se pasó las horas hasta la cena.

La señora Lewis la obligó a dejarlo entre risas mientras intentaba quitarle el vestido de las manos— ¡No he terminado!

—¡A cenar!

—¿Qué ocurre aquí?

Soltó el vestido de inmediato y perdió la sonrisa al ver a Russell ante la puerta. —¡Esta niña no sabe cuándo tiene que dejar de trabajar!

La miró fríamente— A cenar.

—Sí. — se levantó tocándose el costado y la señora Lewis le tendió el sombrero —Que no se te olvide.

—Gracias. — susurró sonrojándose. Fue hasta la escalera y Russell alargó la mano para ayudarla a bajar, pero ella no se la cogió sujetándose en el marco de la puerta. Él cerró la mano en un puño viéndola salir prácticamente corriendo.

—¿Sabes, jefe? Igual deberías dejar de compararla con Antea porque no tienen nada que ver.

Russell la fulminó con la mirada—Metete en tus asuntos.

—La niña es asunto mío— dijo levantando la barbilla.

—Pues aléjala de mí.

La señora Lewis abrió los ojos como platos con todo lo que había dicho con esa frase, pero él no se dio cuenta porque se había ido. —Uy, uy, uy...— salió corriendo para contárselo a Roger.

Durante la cena procuró no mirar al fondo de la mesa, donde el jefe estaba cenando al lado de Roger. Una vez que lo había mirado, le había visto observándola con los ojos entrecerrados con la copa de vino en la mano. Desvió la mirada de inmediato y así continuó el resto de la cena.

Al día siguiente trabajó sentada en una de las sillas de la pista mientras observaba a las chicas ensayar. Riendo por una broma que Roger les había gastado desde abajo, intentó enhebrar la aguja.

—Abuelo, tíranos los bastones.

—No llegarán. — dijo divertido.

—¿Os los subo yo? — preguntó apartando el vestido.

Asombradas vieron como los cogía, se los colocaba bajo la barbilla y empezaba a subir por el poste con zapatos y todo.

—¡June! No deberías...— dijo Roger asustado corriendo hacia ella— Ten cuidado.

—Estoy bien.

Les tendió los bastones a las chicas, que estaban algo pálidas y empezó a bajar. Al llegar abajo se volvió y gimió por dentro al ver a Russell tras ella y estaba furioso. Otra vez.

La cogió del brazo con fuerza y tiró de ella hasta la zona de vestuario. Pálida pensando que la iba a echar, se apretó las manos viendo como intentaba controlarse.

— Vamos a ver...— la fulminó con la mirada— ¡Cómo se te ocurre subir ahí y más en tu estado! — gritó poniéndole la piel de gallina— ¡No sabes lo que acabas de hacer! ¡Podías haber caído desde allí y muerto en el acto!

—Estoy bien. — susurró mirando hacia la salida.

—¡Nunca vuelvas a hacer algo así! — le gritó cogiéndola del brazo y haciéndole daño. No pudo disimular el gesto de dolor y Russell la soltó palideciendo—¿Te he hecho daño?

Levantó la barbilla —No, claro que no.

—¡A mí no me mientas! — le gritó de manera totalmente irracional. Como no le respondía se pasó una mano por el cabello frustrado— Mira. Lo mejor para todos es que te dediques a tu trabajo. ¡No sé qué tienes, pero me haces perder los nervios y no quiero hacer algo de lo que me arrepienta, como echarte a patadas! — June se mordió el labio inferior intentando no llorar—¡Diablos! — al ver su cara salió de allí a toda prisa.

June apoyó la cadera en unos baúles apilados pensando que para él no hacía nada bien. Le vio entrar de nuevo y se enderezó parpadeando para evitar las lágrimas. Él la miró a los ojos y se quedaron en silencio durante varios segundos. La respiración de June se alteró y su corazón latía desbocado viendo algo en sus ojos. Fueron varias emociones entre ellas odio y rencor, pero también deseo. Un deseo que recorrió cada una de las partes de su cuerpo.

—Siento lo del sombrero— dijo él con voz ronca. — ¡Pero no aceptes regalos de desconocidos!

Se volvió para irse y June se quedó mirando la puerta durante varios segundos esperando que volviera. La decepción invadió su pecho cuando se dio cuenta que no volvería. ¿Habrían sido imaginaciones suyas? ¿Realmente la deseaba? No, claro que no. Sólo la veía como una niña molesta.

Capítulo 6

Un año después

—¡Baja de ahí antes de que nos pille mi tío! — gritó su amigo desde abajo— ¡Nos vas a meter en un lío!

—Da igual. Haga lo que haga me va a gritar. —se encogió de hombros cogiendo el extremo del trapecio— Mira esto. — saltó de la plataforma y chilló de la alegría sujetándose con ambas manos, antes de subir las piernas para sujetarlas en las sogas soltando las manos y mirar a su amigo boca abajo. Michael puso los ojos en blanco como si fuera imposible y ella rió— Desde aquí estás más guapo.

—¡Baja de ahí! — la advirtió con la mirada y ella miró la pista vacía gimiendo interiormente cuando vio a Russell mirándola con la boca abierta al igual que Roger.

Russell iba a decir algo, pero Roger susurró unas palabras deteniéndolo en seco.

A toda prisa se sentó en el trapecio y balanceó las piernas adelante y atrás. Se giró dando la vuelta sobre la barra sujetándose sólo con las manos y se impulsó para dejarse caer de pie sobre la plataforma al otro lado. Empezó a bajar lentamente el poste y vio por el rabillo del ojo que Russell se acercaba y le salían chispas por los ojos— ¡June!

Chasqueó la lengua saltando el último metro y se volvió colocando la mano en la cadera. —
¿Si, jefe?

—¿Qué rayos estabas haciendo?

—Divertirme.

Él entrecerró los ojos— Divertirte. —siseó con ganas de estrangularla— ¿Y para divertirte
tienes que ir en ropa interior y subirte a diez metros de altura?

—Lo que se van a comer los gusanos que lo disfruten los humanos. ¿No lo habías oído
nunca?

Roger y Michael estaban asombrados por su descarado y Russell señaló la puerta— Fuera de mi
vista.

—Será un placer. — sonrió descarada y cogió su vestido poniéndoselo ante sus ojos. No se lo
abrochó y cogió sus botines y las medias saliendo de allí moviendo las caderas mientras sus rizos
rubios se balanceaban de un lado a otro.

Michael susurró— Me acabo de enamorar.

Roger le dio un codazo cuando su tío le fulminó con la mirada— ¡Cierra la boca!

—Russell, me parece que no estás dominando la situación. La regañas tan a menudo que está
perdiendo efecto— dijo Roger intentando contener la risa.

—Una descarada, eso es lo que es.

—No es una descarada— Michael intentó defenderla. Los dos le miraron y dijo con orgullo—
Es una artista.

—Me cago en...— Russell se acercó en dos zancadas— ¡Cómo la vuelva a ver ahí arriba, le
voy a dar una tunda! ¡Entonces me hará caso!

Michael parpadeó y se echó a reír sin poder evitarlo. Russell entrecerró los ojos— ¿Qué?

—Lleva subiéndose un año a tus espaldas ...— y malicioso continuó— Y no es lo único que ha aprendido a hacer.

Roger se acercó de inmediato—¿Qué sabe hacer la niña?

—Pregúntame qué no sabe hacer. Ha convencido a todos para que le enseñen sus habilidades. Al único que no se ha acercado ha sido al león, pero no tardará mucho.

—Por encima de mi cadáver.

—Tendrías que verla sobre un caballo— dijo Michael con admiración. — Parecen uno. Hasta Unnia dice que lo hace mejor que ella.

—¿Por qué no habéis dicho nada? — preguntó Roger asombrado.

—¡Porque él sólo le grita y la reprende! Por eso no dice nada. ¡Simplemente disfruta cuando él no la ve! —se encogió de hombros— Se divierte.

—¡Poniendo su vida en peligro!

—Es su vida para hacer con ella lo que le dé la gana. Esa es su respuesta.

—Eso ya lo veremos. — siseó Russell saliendo de allí a toda prisa. En ese momento entraron las chicas riendo y él siseó— Y a vosotras...

Asombradas le vieron salir— ¿Qué hemos hecho?

—Sois encubridoras— dijo Roger divertido. — Pero tiene un objetivo mucho más apetecible. —sus nietas no entendieron nada— Venga, a trabajar. Lini cariño, no deberías comer tanto. A tu hermana le cuesta subirte y se nota en la pista.

Lini se sonrojó intensamente—Es ella que no tiene músculo.

Su hermana jadeó ofendida—¡Dile la verdad!

Roger entrecerró los ojos— ¿Qué verdad?

—Uy, uy... yo me largo— dijo Michael saliendo a toda prisa detrás de su tío.

De repente escuchó el rugido de Roger— ¿Embarazada?

Michael hizo una mueca, pero no volvió. Debía decírselo a su abuelo sin intervenciones. Le preocupaba más June porque Roger era un blando.

Escuchó los gritos antes de llegar. Russell había entrado en la carreta de las chicas y le gritaba a June que tenía prohibido subirse a nada a más de tres escalones de distancia. O sea, la carreta.

Al mirar al interior vio que su amiga cosía un vestido como si no le escuchara con una sonrisa en la cara. Russell furioso le arrebató el vestido de las manos y lo tiró sobre la cama— Escúchame bien, como no me hagas caso, te echo a patadas.

—Bien. — se levantó para su sorpresa y cogió su sombrerera de la estantería de encima de su cama. Fue hasta el armario y cogió su otro vestido para asombro de Russell.

—¿Qué haces?

—Irme.

Michael dio un paso hacia ellos, pero Russell cerró la puerta de golpe. Ella parpadeó mirándole. En ese momento, la verdad es que daba miedo. Parecía a punto de pegarle una paliza. Pero ya estaba harta de que sólo la riñera a ella. Todo lo hacía mal y ya estaba harta.

—¿A dónde te crees que vas? — dijo suavemente poniéndole los pelos de punta. Dio un paso hacia ella y sin darse cuenta June dio un paso atrás— ¡Responde a la maldita pregunta!

—Me han ofrecido otro trabajo en Londres y como parece que te molesta mi presencia, acabo de decidir aceptarlo.

Estaba tan asombrado que no sabía qué decir— ¿Y qué sabes hacer para que le hayan ofrecido trabajo a ti? —June se tensó y le dio un bofetón que le volvió la cara.

Russell volvió la cara lentamente y toda la furia que tenía en su interior rezumaba por sus

poros. Ella iba a dar un paso atrás, pero él la cogió por el cuello acercándola a su cara— Preciosa, has rebasado la línea.

Sus ojos brillaron sintiéndose viva como cuando se subía sobre el trapecio y siseó— No eres mi dueño. Yo decido qué hacer y cuándo.

Él entrecerró los ojos —Te odio.

Esas palabras la hicieron palidecer provocando un vuelco en su corazón porque sabía que lo decía en serio. —Deja que me vaya.

—Eso no va a pasar. — dijo furioso tirando de ella hasta pegarla a él. A June se le cortó el aliento al sentir la dureza de su cuerpo. Gritó sorprendida cuando metió una mano entre su escote y sacó la moneda poniéndola ante sus ojos— Eres mía desde el día que te di esto. —apretó su nuca levantando su cara hacia él— ¡Mía! —los ojos de June se llenaron de lágrimas— Y si algún día se te ocurre dejarme, te mato.

Esas palabras le cortaron el aliento y mirando sus ojos supo que hablaba en serio. Llamaron a la puerta y Russell miró sobre su hombro— ¡Ahora no!

—Jefe, los abogados están aquí. — gritó uno de los chicos.

Él juró por lo bajo antes de volverse hacia ella y sisear— Ahora vuelve al trabajo.

—Púdrete. — una lágrima cayó por su mejilla y Russell acercó sus labios a su mejilla y la besó robándole el alma por su ternura. Acarició su mejilla con la suya y le susurró al oído— Te odio, preciosa. Pero no puedo dejar que te vayas. No lo consentiré. — June sintió que se le retorció el corazón porque en ese momento se dio cuenta que no se permitía a sí mismo quererla. Ella se moría por decirle que le amaba y que serían felices juntos, pero también sabía que Russell le diría algo que le haría daño. Así que permaneció callada mientras él se apartaba lentamente suspirando como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Sin poder evitarlo le abrazó por el cuello y susurró— Nunca te dejaría.

Él la apartó y se miraron a los ojos antes de que saliera de la carreta dejándola allí de pie. Sintió un vacío enorme porque no le había contestado y deprimida se sentó en la cama pensando en todo lo que había pasado.

Durante los siguientes días mantuvieron las distancias, pero ella no podía evitar mirarle de otra manera. Saber que estaba luchando consigo mismo por su relación no era algo precisamente halagador.

Sara sonrió comiendo ante ella y susurró— Provócale.

Sorprendida la miró a los ojos—¿Cómo?

—Tú sabes cómo. — Sara se levantó recogiendo su plato y Michael sonrió como si guardara un secreto.

—¿Qué?

—Unnia tiene dolor estomacal. Al parecer le ha sentado mal lo que ha comido.

Ella se volvió hacia Unnia que parecía estar bien y al mirar a los ojos a su amigo se dio cuenta de lo que había querido decir—¿No me digas?

—Sí, está fatal.

Miró de reojo a Russell que no le había dirigido la palabra en diez días— Interesante. ¿Y su número?

—Tendrá que ser un cambio de última hora. Una pena, porque no nadie sabe dominar esos caballos como ella.

—Sí, una verdadera pena. — se metió la cuchara en la boca sonriendo y Michael se echó a reír.

Russell miró hacia ellos y entrecerró los ojos— Sabe Dios qué están organizando ahora—

siseó antes de coger su copa de vino.

—¿Decías algo? — preguntó Roger.

—¿Cuándo es la boda?

—En cuanto encuentre un cura. — dijo mirando a su alrededor como si el cura fuera a salir de detrás de un árbol. Russell le miró divertido.

—No es para tanto, amigo.

—¡Sí, cuando tengas una hija me lo dices!

Russell se echó a reír al ver su indignación— Charles es un buen chico. Y te aconsejo que cases a las dos a la vez para que esto no te vuelva a pasar.

Roger gruñó —No hay carretas para todos.

—No necesitamos más carretas.

—La de los chicos para una pareja y la de las chicas para la otra. ¿Y June?

—Cuando venga el cura avísame. —dijo molesto dejando a Roger con la boca abierta.

—¿Estás diciendo lo que creo? — miró a June atónito— ¿Y se lo has dicho a ella?

—No necesito decírselo. — se levantó llevándose la copa de vino con él.

Mientras tanto June seguía maquinando cómo provocarle y cuando terminó de comer a toda prisa, corrió hacia el vestuario y se probó la ropa de Unnia. Entrecerró los ojos porque lo que quería hacer era difícil con aquella ropa. Se quitó la falda y miró a su alrededor. Necesitaba unos pantalones. Como siempre ensayaba en ropa interior estaba acostumbrada a que todo el mundo la viera y no le daba vergüenza, pero no podía salir con las pantaletas a la pista. Rebuscó entre la ropa desechada y vio una tela blanca parecida a la tela de las medias, pero mucho más gruesa. Se puso a trabajar a toda prisa y antes de la función tenía hechas unas mayas que iban desde los tobillos hasta la cadera. El corsé blanco con cristallitos de Unnia era lo que llevaría en la parte de arriba.

La señora Lewis entró en la zona de vestuario y al verla arreglarse los rizos en un lateral de la cabeza gimió golpeándose la frente con la palma de la mano. —Bueno, algún día hay que morir.

—Muy graciosa.

—El jefe te mata. ¿Sabes?

Sonrió maliciosa y su amiga que no era tonta entendió.

— Unnia está malita.

—¿No me digas? — la miró de arriba abajo y entrecerró los ojos al ver sus pantalones ajustados— Te va a matar. No puedes salir así. Es indecente.

—¿De veras? — se miró al espejo y sonrió radiante—Así estaré más cómoda.

—Vas a provocar un tumulto.

—Exagerada. Ayúdame con el maquillaje.

Cuando terminó de maquillarla sus ojos parecían enormes y sus labios en rojo oscuro resaltaban el color pálido de su piel—Estás preciosa. — susurró colocándole el sombrerito de copa blanco y sujetádoselo con unas horquillas.

—¿De veras?

—Le vas a dejar con la boca abierta.

Nerviosa se frotó las manos y se levantó acariciándose el vientre— Espero no vomitar.

En ese momento entró Roger— Preciosa, mi...—abrió los ojos como platos al ver a June— traje.

—¡Se te van a salir los ojos de las orbitas! — dijo Mary molesta colocando las manos en las caderas.

—Unnia está malita. — dijo rápidamente.

—No he visto nada— cogió su traje y salió de allí a toda prisa.

June gimió sentándose de nuevo—Madre mía, me va a matar. — se miró al espejo y tiró de su corsé hacia arriba, pero tenía más pecho que Unnia y no podía evitar que rebosaran.

—Te gritará y puede que al fin te haga el amor y se le quite el palo que tiene en el trasero desde que te conoce.

Asombrada miró a su amiga y después se sonrojó— No va a pasar eso.

—Pues yo espero que sí. —la miró con cariño— A veces eres tan inocente. Te desea tanto... Cuando te mira y no te das cuenta, te come con los ojos. ¡Todo el mundo se ha dado cuenta!

—¿De verdad? — preguntó ilusionada.

—Te has convertido en una mujer preciosa en este año. Al menos tienes carne en esos huesos. Y Russell no es tonto. Ve cómo te miran otros hombres y se muere de celos.

Decidida se levantó. —No se me escapa. — fue hasta la salida y Mary la cogió del brazo— Por aquí, hermosa. Vas en dirección equivocada.

—Oh, sí. — se sonrojó intensamente— Los caballos.

—Sí— dijo lentamente— Los necesitas para salir a la pista.

Asintió respirando profundamente, pero aquella cosa no es que la dejara respirar demasiado. Se pasó la mano por el vientre y forzó una sonrisa— Vamos allá.

Salió por la puerta de la pista y Mary levantó una ceja susurrando— Va a vomitar.

El sonido de la arcada llegó hasta ella y salió corriendo para ayudarla. Estaba apoyada en un poste soltando hasta la primera papilla.

Uno de los encargados de mantenimiento levantó una ceja y gritó —¡Traer arena! ¡No vaya a ser que alguien se resbale!

—Ay, madre— susurró sintiendo que el pánico la recorría. — ¡Me tiemblan las piernas!

—¡Mírame! —la cogió por los hombros mirándola fijamente—Eres una estrella.

—Soy una estrella.

—Vas a dejarles a todos con la boca abierta.

Gimió cerrando los ojos— Me voy a caer.

—¿Te has caído alguna vez?

Abrió los ojos y negó con la cabeza— Pues por qué te ibas a caer ahora. Saldrás a la pista y te admirarán. — dijo con convicción.

—Me admirarán.

—Y te convertirás en la estrella que yo sé que eres.

—¿Me has visto alguna vez? — preguntó asombrada.

Mary se sonrojó— He odio rumores.

—Ah...— la miró con desconfianza—¿De quién?

—¡Deja de hacer preguntas, niña! ¡Debes concentrarte!

—Sí. — se volvió respirando profundamente— Tengo que concentrarme. Tengo que concentrarme.

Se tropezó con una soga que estaba en el suelo y casi se cae al suelo. Mary gimió al ver como se reponía enderezando la espalda. Cuando uno de los tramoyistas silbó, June se volvió y gritó de los nervios— ¡Tú, más respeto!

—June concéntrate. — le rogó Mary provocando que se volviera de golpe. —Concentración.

—Eso. A concentrarse. —se volvió y siguió caminando hacia la zona de los animales— Eso es. Uno, dos, tres...

Mary volvió a gemir pensando que la pobrecita lo iba a pasar muy mal los próximos treinta

minutos que era lo que faltaba para la función.

Michael apareció corriendo y se encontró a June de pie ante los caballos. Parecía ida y su amigo pasó la mano ante su cara. Como no respondía, chasqueó los dedos y su amiga lo miró— Ah, estás aquí.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. Lista para la fama.

Michael la miró incrédulo— Tú procura no caerte del caballo.

—¿Por qué has tenido que decir eso? — preguntó histérica sobresaltándolo— ¡Me estás gafando!

—June, respira. Te estás poniendo verde.

June salió corriendo y vomitó al lado de la carpa. Frank, el hombre que sujetaba a los caballos puso cara de asco y le dijo a Michael—Esta no sale.

—¡Claro que sí! — su amigo se acercó —Por eso Unnia nunca come antes de una función.

—Cierra el pico. No es la función. Bueno, sí. —miró a su alrededor como si Russell fuera a tirarse sobre ella en cualquier momento—¿Dónde está?

—En la pista con el abuelo Roger.

Suspiró de alivio y Michael pasó la mano ante su cara— Necesitas lavarte...

Jadeó tapándose la boca y su amigo se echó a reír acercándose a una jarra de agua— Toma.

Ella bebió como si estuviera sedienta y su amigo le quitó la jarra— Ya está bien.

—Prepárame un caballo para salir de inmediato en cuanto termine. ¿Tu tío no tendrá armas? A

ver si me pega un tiro...

—No te pegará un tiro. Le atraes demasiado.

—¿A que sí? — sonrió tontamente.

—Ahora a por él. Tú puedes.

—A por él. —decidida fue hacia el caballo guía y se subió ágilmente dejando al hombre con la boca abierta—Estoy lista.

—Me largo. —Michael puso el pulgar hacia arriba y corrió con su traje de payaso para la entrada inicial.

Concentrada miraba la entrada con el ceño fruncido como si fuera a la guerra y Frank carraspeó— Niña, sonríte un poco o el público saldrá corriendo.

Le miró sorprendida—Estoy sonriendo.

—Pues sonríte más.

Sonrió de oreja a oreja enseñando todos los dientes y Frank se pasó la mano por los ojos reprimiendo la risa— Deslumbrante.

—¿A que sí? — dijo sin mover las mandíbulas— Duele un poco.

—Puedes relajarte. Aún quedan unos minutos.

—Está bien. —sonrió normalmente para alivio de su amigo.

—Niña, una preguntita de nada. ¿El jefe ha visto ese vestuario?

—Lo verá enseguida.

—Ah...

—¿Por qué?

—No por nada. Suerte— se volvió murmurando— La vas a necesitar.

—¡Te he oído! ¡No me pongas nerviosa! —miró el cuello del caballo que se había puesto algo nervioso— No pasa nada. —acarició su cuello— Estamos solos. No hay nadie excepto nosotros seis. Tus amigos y yo lo vamos a pasar tan bien que querrás repetir.

Frank se acercó con la fusta y se la entregó —Suerte, niña. —cogió las riendas del caballo y los demás caminaron detrás de él hacia la puerta— Déjalos con la boca abierta.

—Lo intentaré.

—Ahí tienes tu entrada.

En la pista sus compañeros iban saliendo después del saludar y la banda tocó su entrada. Al ver que no había entrado, el director ordenó que se repitiera a toda prisa y Michael hizo cuatro saltos hacia atrás saludando después antes de salir de la pista.

—¿Qué rayos les ocurre a los caballos? — preguntó preocupado Russell a Roger, que disimulando se encogió de hombros.

La orquesta volvió a tocar la entrada y de repente June entró sobre el caballo blanco a todo galope, deteniéndose al otro lado de la pista levantando las patas delanteras mientras el público gritaba de miedo. Los otros cuatro caballos hicieron lo mismo y June pálida porque había entrado muy rápido intentó calmar a los caballos girando al guía para que empezaran a correr alrededor de la pista.

Russell se había quedado con la boca abierta y pálido del susto susurró— Dime que no estoy viendo lo que creo.

Roger gimió pasándose la mano por la nuca mientras June cabalgando sobre el guía miró a Russell, que le hizo gestos para que se bajara. Ella entrecerró los ojos y retándole llevó sus pies hacia atrás y sujetándose en las crines del caballo se levantó poniéndose de pie. El público aplaudió cuando

levantó la fusta hacia arriba y los cinco caballos se pusieron en línea ante la multitud.

—¡La voy a matar!

—No lo hace nada mal— dijo Roger sonriendo—De hecho...

—¡Cierra la boca! — miró a su alrededor buscando la solución para acabar con aquello, pero June se salió del programa y soltando las riendas del guía saltó al lomo del siguiente caballo y continuando con el siguiente. Sonriendo descarada silbó con fuerza y para sorpresa de Russell el caballo guía salió de su sitio colocándose después y así con un caballo tras otro fue saltado al siguiente lomo, hasta que pasó por cada uno dos veces y la vio todo el auditorio— La madre que me parió...

Roger también estaba atónito y la banda seguía tocando lo que le salía porque se había saltado el programa totalmente. El director la miraba sobre su hombro moviendo los brazos y cuando ella se volvió a subir al guía de pie sobre su lomo, aceleró el ritmo al ver que ella aceleraba el trote.

—¿Qué rayos va a hacer ahora? — gritó Russell con ganas de matar a Roger—¡Sal ahí y detén esto!

Roger dio un paso al frente cuando June subida sobre el caballo con los dos pies juntos tocó con las puntas de los dedos el lomo del caballo sin que este se detuviera en ningún momento. Sintiendo el corazón en la boca colocó las palmas de las manos sobre el lomo y para sorpresa de todos levantó las piernas sujetándose únicamente con las manos mientras el caballo guía continuaba su camino. El público gritó enfervorecido y ella sonrió.

—¡Madre mía! — dijo Roger asombrado. Mary corrió a la puerta del vestuario y al ver a su niña boca abajo sobre el caballo, puso los ojos en blanco antes de caer redonda. Las chicas aplaudieron entusiasmadas mientras Russell se llevaba las manos a la cabeza al ver que daba otra vuelta.

—¡Roger, detenla!

En ese momento June bajó las piernas y se enderezó cogiendo las riendas y saludando de pie sobre el caballo.

—Los tiene a todos comiendo de su mano.

—¿Comiendo de su mano? — Russell estaba pálido— ¡Sácala de ahí!

June seguía saludando con la mano cuando vio que Roger se acercaba a la pista.

—Señoras y señores ...— dijo su amigo subiéndose a su pequeño estrado— ¡June!

El público volvió a aplaudir y ella llevó los caballos hacia la salida sin dejar de saludar como hacia Unnia.

Cuando salió al exterior, Frank cogió las riendas mirándola de otra manera— ¡Has estado increíble!

—¿De verdad?

—¡June!

Se volvió y vio que Russell se acercaba a ella con grandes zancadas— Baja del caballo.

—¿Te ha gustado, jefe?

—Baja del maldito caballo antes de que te baje yo. — siseó fuera de sí.

Frank carraspeó— Un número estupendo.

—¡Baja de ahí!

Se agachó para sentarse en el lomo y poder bajar, pero Russell no le dio tiempo, sino que la cogió por la cintura agresivamente y se la cargó al hombro.

—¿Jefe? — preguntó asustada —¿Qué haces?

Sin abrir la boca, abrió la puerta de su carreta y la metió dentro. Se acercó a la cama y la tiró sobre ella. Se volvió a toda prisa y Russell la observaba con los brazos en jarras. —¿No te ha

gustado? Unnia estaba enferma y...

—¡Preciosa, cállate antes de que pierda la poca paciencia que me queda!

—¡Tú no tienes paciencia! — protestó molesta porque ni siquiera la había besado— ¡Y menos conmigo!

Él entrecerró los ojos y dio un paso amenazante hacia ella. Estaba realmente tenso y atractivo. Nunca había estado más atractivo y los ojos de June brillaron de anticipación. Russell la miró de arriba abajo y ella pudo ver que le temblaba el párpado derecho casi imperceptiblemente.

—Jefe, ¿te gusta mi vestuario? — preguntó provocadora— Así puedo moverme con más facilidad que con las faldas.

—¿Me estás provocando? — parecía sorprendido con su propia pregunta y ella pensó que era un poco lento. Lento, pero tan sensual...

—Sí. — sonrió pícaramente— ¿Funciona?

—¡Estás loca! — gritó fuera de sí—¡Podías haberte matado!

Se sentó sobre la cama empezando a enfadarse ella también— ¡Ha sido un éxito!

—¡No volverás a salir a la pista!

—¡Sí que lo haré!

Se retaron con la mirada y Russell cogió sus piernas tirando de la tela de sus pantalones hasta romperla a la altura de su muslo. Furiosa le dio una patada en el estómago y él gruñó cogiéndola por las caderas.

Tumbada sobre la cama, June gritó al sentir como le bajaba los pantalones e intentó evitarlo, pero cuando sintió su mano en su nalga se detuvo en seco. —¿Russell?

Él acarició la nalga antes de tirar de sus pantalones hasta desnudarla de cintura para abajo y la miró a los ojos tumbándose sobre ella. Se colocó entre sus piernas y tiró de su sombrerito soltando

sus rizos rubios. —Mi mujer no va a ser artista.

A June se le cortó el aliento—¿Tu mujer?

—Eres mía— bajó la cabeza y acarició su labio inferior. Ella cerró los ojos por estremecimiento que la recorrió de arriba abajo. Como no la besaba de nuevo, abrió los ojos y él la observaba. Russell miró su pecho y estiró la mano hacia atrás. A June le saltó el corazón al ver un puñal en su mano. Él negó con la cabeza— No voy a dejar que los hombres te vean así. — acercó la punta del puñal hacia el lazo que cerraba su corsé en zigzag y cortó el lazo sin ningún esfuerzo. — Eres mía, mujer— dijo con pasión. — ¿Lo has entendido?

—Sí— respondió sin aliento.

Russell miró su corsé y cortó el lazo por la mitad provocando que el corsé se abriera mostrando el valle de sus pechos. Él acercó los labios y besó esa piel tan sensible antes de acariciarla con la lengua provocando que June arqueara la espalda de necesidad. Él levantó la cabeza y sonrió antes de mirar el corsé de nuevo y con la punta del puñal cortar el lazo al final del corsé. Tiró el puñal al suelo y apartó suavemente una parte del corsé dejando su pecho izquierdo al descubierto. — He soñado con esto, preciosa— susurró contra su piel provocando que June temblara de deseo. Acarició su pezón endurecido con los labios suavemente antes de pasar la lengua por él. June gimió asombrada por lo que sentía e intentando sujetarse en algo, se agarró a sus hombros. Sus labios torturaron su pecho y pasaron de un lado a otro acariciando su otro pezón para darle la misma atención. Sus manos rodearon sus pechos, gritó retorciéndose cuando elevó uno de sus pechos para metérselo en la boca chupando con fuerza. June pensó que moriría de placer y tiró de él intentando que nunca la dejara. Su boca fue de un pecho a otro y cuando pensaba que no podría más, besó su vientre sin dejar de acariciar sus pechos. Envuelta en el placer levantó la cabeza para ver lo que hacía y gritó cuando le vio entre sus piernas antes de que él acariciara con la lengua sus húmedos pliegues. Gritó levantando la cadera y él la sujetó por los glúteos con fuerza sin dejar de proporcionarle placer. Cuando acarició su clítoris con suavidad, June se quedó sin aire estallando y encontrando el paraíso.

Mientras se recuperaba Russell se levantó y se desnudó lentamente sin dejar de observarla. El sonido de una bota al caer fue lo que le hizo abrir los ojos y sonriendo extendió los brazos hacia Russell, que en respuesta se tumbó sobre ella gimiendo de placer cuando su miembro tocó su sexo humedecido. La besó suavemente en los labios antes de acariciar con la punta de la lengua la suya. June se estremeció de placer y le acarició de la misma manera provocando que Russell entrara en su boca como si quisiera devorarla. Su sexo entró en ella lentamente y June gimió en su boca por la presión que sentía. Se separó ligeramente de ella y apartó los rizos de su frente— Mía. — entró en ella con fuerza y June gritó arqueando su cuello mientras él besaba su cuello gruñendo de placer. Clavó las uñas en su cuello y Russell se apartó para mirarla a los ojos mientras movía sus caderas una y otra vez. Al principio fue algo molesto, pero en una de sus embestidas ella perdió el aliento de placer. Russell besó su boca y susurró contra sus labios— Déjate llevar, preciosa.

Siguió embistiendo cada vez con más fuerza y sin poder evitarlo ella levantó las piernas por la necesidad que la recorría y tensaba cada uno de sus músculos, antes de que con una estocada brutal ella fuera catapultada de nuevo a un éxtasis embriagador.

Con la respiración jadeante, Russell se giró de espaldas llevándola con él y le acarició la espalda mientras se recuperaba.

June acarició su mejilla contra su pecho y susurró—¿Todavía me odias?

—Me alteras los nervios.

Sonrió sobre su pecho — ¿Me dirás que me quieres algún día?

—No.

—¿Y yo te lo puedo decir? — a Russell se le cortó la respiración y la cogió por la nuca levantando su cabeza.

La miró a los ojos intensamente —No necesito que me digas que me quieres.

—Pues te amo. —los ojos negros de Russell brillaron— Te amo tanto que haré lo que sea por

escuchar esas palabras de tus labios.

Él se tensó bajo su cuerpo y la atrajo a él para devorar sus labios. June le respondió torpemente por la falta de experiencia, pero no le faltaba entusiasmo y Russell acarició su espalda hasta llegar a su trasero. June gimió al sentir como crecía en su interior de nuevo y se apartó susurrando—¿Te casarás conmigo?

Él movió sus muslos para colocarla a horcajadas sobre él —Eres mi mujer. Da igual que lo diga un cura. Pero sí, nos casaremos en cuanto podamos.

Ella chilló de la alegría y se abrazó a él cubriéndolos a ambos con sus rizos— No te arrepentirás. Seré la mejor esposa que haya.

—Tú mantente apartada de la pista y todo irá bien.

Capítulo 7

Pero eso se convirtió en algo imposible. Michael llegó corriendo a la mañana siguiente del pueblo, gritando que sólo hablaban de June. Que muchos repetirían esa tarde para verla de nuevo.

June, que estaba sentada con Unnia arreglando su corsé, se quedó de piedra y avergonzada miró a su amiga— Lo siento.

Unnia forzó una sonrisa— No te preocupes. El circo es así. Siempre llegará alguien que sea mejor que tú.

Michael estaba tan excitado que congregó a varias personas hablando de lo que se estaba contando en el pueblo— La llaman La princesa del circo— dijo con los ojos como platos. — Yo creo que es porque no recuerdan su nombre y me han preguntado mil cosas sobre ella.

Se mordió el labio inferior mientras varios se reían y Russell que salía en ese momento de su carreta entrecerró los ojos al oírle— ¡Michael!

Su sobrino se acercó excitado— ¡Tendrías que verlos, tío! ¡Están deseando volver a verla!

Muy tenso la fulminó con la mirada antes de volver a mirar a su sobrino— ¿De qué hablas?

—¡June! Tiene a todos los de la aldea deseando volver para verla. Dicen que es hermosa y que su talento hará de nuestro circo el mejor del país.

—¡Ya es el mejor del país!

—Bueno, eso díselo a Tidwell. —dijo sin pensar provocando que su tío se tensara. Al darse cuenta de lo que había dicho se sonrojó— Claro que somos los mejores del país.

—Vuelve a tu trabajo.

—Pero tío. ¡Tiene que salir! Nos tirarán el circo abajo si no sale esta tarde.

—¡Vuelve al trabajo!

Varios protestaron tras el chico y asustada June se levantó— ¿Qué ocurre?

—Lo que se venía venir.

La señora Lewis y Roger se acercaron a ellos a toda prisa— Esto no tiene buena pinta— dijo Roger en voz baja.

—¡Qué volváis al trabajo! — gritó Russell furioso.

—¡Es lo que estábamos esperando! — dijo el encargado del león— Llevamos esperando algo así un año para salir a flote. ¡Ella nos dará beneficios!

—¿Desde cuándo diriges tú mi circo? — furioso le señaló con el dedo— ¡Te saqué de una cuneta y te di trabajo! ¿Ahora dudas de mi criterio?

El hombre se sonrojó— No, jefe. Pero nuestra familia está pendiente de un hilo y ella nos puede salvar.

A June se le cortó el aliento y se dio cuenta que había algo que no sabía. Se levantó lentamente y miró a su prometido— Russell, ¿de qué habla?

Todos la miraron asombrados— Niña, ¿no lo sabes? — preguntó Roger intrigado— Nos quieren quitar el circo. Tidwell tiene el circo de la competencia y acusa a Russell de deberle dinero por la venta de la carpa. Nos reclama mil libras cuando nos la vendió por trescientas. Los abogados han intentado arreglarlo, pero es su palabra contra la nuestra y la corte le ha dado la razón. O

pagamos o se lo quedará todo, que era lo que pretendía.

Se llevó una mano al pecho—¿Qué?

—Tenemos un mes para pagar.

—¡El circo es mío! ¡Yo decido lo que se hace aquí! — Russell se volvió y furioso fue hasta su caballo.

—¡Somos una familia! — gritó ella deteniéndolo en seco asustada por lo que habían dicho— ¡La única que he tenido y no sé lo que ocurre, pero si tengo que salir para salvarla, lo haré y me dejaré la piel en la pista si hace falta!

Todos sonrieron encantados, pero Russell la miró como si lo hubiera traicionado y ella dio un paso hacia él, pero se alejó subiéndose a su caballo y saliendo a galope.

—Russell...— su corazón se retorció porque no podía ponerse de su lado.

—Lo entenderá, niña. No te preocupes por él— dijo Roger acariciándole el hombro. — Ahora lo importante es conseguir dinero.

—¿Lo conseguiremos? — le miró a los ojos— ¿Cuánto tenemos?

—Tenemos la mitad. — miró a su alrededor —Somos muchas bocas y mantenernos a todos no es barato. Nos mantenemos, pero no ganamos. Ese dinero es parte de lo que Russell había ahorrado cuando las cosas iban bien.

Ella entrecerró los ojos— Cuando Antea era una estrella.

Roger asintió—En aquel momento nos sobraba el dinero. Todos ganábamos, pero no pensábamos que se acabaría.

—Sólo tenemos un mes. —dijo Mary preocupada.

Se volvió mirando a sus compañeros y vio la esperanza en sus ojos. Lini dio un paso adelante — Yo tengo tres libras.

Maggie sonrió y dio otro paso al frente — Yo tengo cinco.

—¡No! — negó con la cabeza— Son vuestros ahorros.

—Somos una familia. Si el jefe los necesita para salir adelante ya nos los devolverá— dijo

Unnia.

Se mordió el labio inferior apretándose las manos preocupada por él. Pero lo primero era lo primero y miró a Roger. —Después de la función de la tarde nos vamos a Londres. Necesitamos público y allí lo tenemos de sobra.

—Por fin.

Sara, que observaba todo desde lejos, sonrió antes de volverse e ir hacia la carreta mientras Michael gritaba entusiasmado. — ¡Nos vamos a Londres!

Ahora tenía que convencer a Russell. Se quedó sentada esperándole, pero no apareció antes de la función. Eso la puso furiosa porque él era la cabeza del circo y no podía fallarles ahora.

Estuvo espléndida esa tarde, porque sin los nervios de salir a escena, sonrió relajada haciendo un espectáculo maravilloso. Unnia salió a la pista quedándose en el centro para controlar a los caballos y todo salió a pedir de boca.

Cuando terminó, trasladó sus cosas a la carreta de Russell, pero él no apareció. Seguro que ya sabía que había actuado. Esa tarde la carpa había estado a rebosar y se encontraría con alguien que hablaría de ello.

Se pasaron toda la noche desmontando la carpa y cuando ya estaban preparados para salir ella estaba muy preocupada por él porque no había aparecido.

— ¿Y si le ha pasado algo? — le preguntó a Sara mientras desayunaban.

—Estará emborrachándose. No le gusta que le lleven la contraria. Sobre todo tú. — sonrió sin darle importancia— No te preocupes, aparecerá de un momento a otro.

Tres horas después les dijo a los demás— Iros. Yo me quedo a esperarle. Montar el circo donde el año pasado.

Roger negó con la cabeza— No te podemos dejar aquí sola.

—No podemos perder tiempo. Tenemos que estrenar en Londres lo antes posible.

—Nos quedamos nosotros también— dijo Sara— Roger, estás al mando hasta que llegue al jefe.

Roger asintió y se volvió gritando— Nos vamos. ¡Todos a las carretas!

—Michael, vete a buscar a tu tío. — dijo su madre. Su amigo no tardó en salir corriendo en dirección a la aldea, pero June también quería ir. Sara la cogió del brazo— Es mejor que te quedes.

—¿Por qué? — vio algo en sus ojos que no le gustó nada— ¿Qué me ocultas?

Como no le respondía se le pusieron los pelos de punta y salió corriendo detrás de Michael. Cuando llegaron a la aldea ella apretó las mandíbulas cuando vio su caballo ante la taberna del pueblo.

—Deja que entre yo primero.

—No. Voy contigo. Si está borracho, necesitarás ayuda. — caminó resuelta hasta la puerta y la empujó. Al ser de mañana, la taberna estaba casi vacía excepto por un borracho durmiendo sobre una de las mesas de madera. Escuchó alguien tosiendo y al mirar hacia la barra vio a un hombre incorporándose detrás de ella. Se notaba que acababa de levantarse y estaba rellorando las botellas de vino. Volvió a carraspear y se giró con dos botellas en la mano quedándose con la boca abierta al verla— La princesa del circo.

Ella sonrió acercándose— Buenos días. Buscamos a nuestro jefe. —el tipo asintió sin dejar de mirarla pasmado— ¿Está aquí?

—Está durmiendo en una de las habitaciones de arriba. Está beodo, señorita.

Sonrió aliviada— ¿Sería tan amable de indicarnos la habitación? — el tipo miró a Michael asustado y ella se tensó al ver que Michael se removía incómodo— ¿Qué ocurre?

Como ninguno de los dos contestaba, se enfadó y caminó hasta un pasillo— ¿Es por aquí?

—Señorita, no suba.

Esas palabras fueron suficiente para que ella subiera corriendo mientras Michael intentaba detenerla. Abrió la primera puerta, pero la habitación estaba vacía.

—June, déjame a mí.

—Ni hablar. —abrió la siguiente y se quedó de piedra al ver a Russell tumbado en la cama con una mujer de cabello castaño y grandes pechos acurrucada a su lado totalmente desnuda durmiendo tranquilamente.

—Mierda. —dijo Michael tras ella mientras a June se le rompía el corazón sin moverse del pasillo y sin perder detalle.

Russell con la boca ligeramente abierta soltó un ligero ronquido y la mujer se despertó. Asustada al verla en la puerta, se sentó rápidamente tapándose con la sábana y tocó a Russell en el pecho para que se despertara.

Él abrió los ojos sorprendido levantando la cabeza y mirando a su alrededor. Al verla en la puerta, se sentó de golpe y June dijo con la voz congestionada de dolor— Nos vamos a Londres.

Se volvió y Russell se levantó de un salto llamándola a gritos, pero June bajó las escaleras corriendo mientras Michael miraba a su tío con desprecio. —Deberías avergonzarte.

—¡Cierra la boca! — le apartó para salir tras ella únicamente con los pantalones puestos, pero al llegar al exterior ya no la vio por ningún sitio.

Michael se cruzó con él en la taberna y salió sin decirle una palabra. Russell se llevó las manos a la cabeza antes de correr escaleras arriba mientras el dueño de la taberna suspiraba

moviendo la cabeza de un lado a otro.

June llegó corriendo y Sara sentada en las escaleras de su carreta se levantó al ver su cara. — Niña...

—¡No quiero hablar de ello! — se subió al pescante de su carreta y cogió las riendas de los caballos— Me voy a Londres.

—¡No! — Sara se subió tras ella arrebatándole las riendas— ¡No pienso dejar que te vayas sola! Ahora tranquilízate y cuéntame lo que ha pasado.

—¡Estaba con una zorra! — gritó desgarrada.

Sara la miró con pena— Niña, tienes que entender que...

—¡Nunca me amarás! ¡Nunca se abrirá a mí por lo que le hizo Antea! ¿Crees que soy estúpida? ¡Me compara continuamente con ella! — una lágrima cayó por su mejilla y Sara se sentó a su lado abrazándola con fuerza.

—Le hizo mucho daño y teme que le vuelva a pasar. Pero lo que no sabe es que ya te ama. No lo puede evitar porque el amor te arrastra por mucho que se luche con uñas y dientes.

Ella se tensó y se limpió las lágrimas enderezándose— No necesito que me ame. Eso se terminó.

—Niña, no digas eso.

—No pienso dejar que me humille más. — levantó la barbilla— No estoy casada con él, gracias a Dios. Nunca me ha mostrado ni una pizca de cariño y no sé ni por qué le quiero. Pero si cree que puede pisotearme como cuando era niña ...

En ese momento escucharon los cascos de un caballo acercándose por el camino a todo galope. Sara la miró a los ojos— Por favor, piénsalo. Estás agotada por haber trabajado toda la noche y por los nervios.

—No tengo nada que pensar. — cogió las riendas de entre sus manos y Sara suspiró volviéndose para ver como Russell detenía el caballo a su lado.

—Preciosa, no ha pasado nada. Te lo juro. — desmontó a toda prisa y rodeó los caballos por delante para acercarse a ella. Intentó tocarla, pero ella se apartó de golpe.

—¡No me toques!

—Estaba borracho y no hice nada. Puede que me vieras...

—Russell, ahora no creo que sea el momento. — dijo Sara preocupada.

Michael llegó en ese instante y se subió a su carreta sin comentar nada. Su expresión decía que estaba enormemente decepcionado y Sara se bajó de la carreta para ir a hablar con su hijo.

—June...— Russell intentó tocarla de nuevo, pero ella sin mirarle azuzó a los caballos que se pusieron en marcha.

Durante el camino Russell se mantuvo a su lado subido a su caballo e intentó hablar con ella varias veces, pero June no quiso escucharle. No quiso detenerse a comer y sólo se detuvo por la tarde porque necesitaba aliviarse. Después de bajarse las faldas salió de detrás del árbol y miró con odio a Russell que esperaba al lado de la carreta. Caminando furiosa porque cada vez sentía más rencor, ignoró su mano para subirse al pescante.

—June, te juro que no pasó nada.

Furiosa cogió la fusta y le golpeó con ella en la mejilla marcándosela— ¡No vuelvas a dirigirme la palabra! — gritó fuera de sí— Para mí estás muerto.

Sara jadeó tapándose la boca y Russell dio un paso atrás mirándola como si no la conociera. De pie sobre el pescante ella le señaló con la fusta— Vuelve a acercarte a mí y te juro por lo más sagrado que te quemo el maldito circo.

—¡June! — Michael llegó corriendo y se subió al pescante— Ven, estás agotada de trabajar y

no sabes lo que dices.

—¡Claro que lo sé! — desgarrada no dejó de mirar sus ojos— ¡Para mí estás muerto!

Michael la cogió por la cintura y la bajó a la fuerza. June se echó a llorar y su amigo la cogió en brazos, llevándola hasta la carreta de su madre que esperaba con la puerta abierta. Descompuesta y agotada, dejó que la tumbara en la estrecha cama y Sara se sentó a su lado consolándola como si fuera una niña mientras la carreta seguía su camino. Le hizo beber algo de agua y se quedó dormida entre sus brazos.

Cuando abrió los ojos, se quedó mirando la pared de madera y recordó lo que había pasado. La imagen de Russell con esa mujer apareció en su mente y una lágrima recorrió su nariz. No le necesitaba. Nunca la había amado y no lo haría jamás. Se encogió de hombros. No tenía que preocuparse por eso. Tenía que preocuparse por salvar a los suyos. Era lo único que le importaba. Russell Campbell podía irse al infierno.

No salió de la carreta hasta llegar a Londres y en cuanto se bajó, no dejó de ensayar y ejercitarse para ser la mejor. Se pasaba horas ensayando y las chicas estaban preocupadas. Se había mudado a la carreta de Unnia que la había acogido y prácticamente no hablaba. Sólo sonreía subida al caballo y todos se dieron cuenta que lo hacía inconscientemente. Pero en cuanto aparecía Russell se bajaba del caballo y se tomaba un descanso saliendo de la pista sin mirarle.

Impotente porque no podía acercarse a ella, se quedó de piedra cuando vio la moneda de oro que había llevado colgada al cuello dentro de la caja de caudales. Furioso la cogió entre sus dedos y la acarició con el pulgar apretando los labios.

Roger, que estaba sentado en la mesa leyendo el periódico, silbó al ver su gesto. —Al parecer la niña habla en serio.

—¡Joder!

—Has metido la pata hasta el fondo. Tienes que hacer algo o se va a matar a trabajar. —
caminó por la carreta sin saber qué hacer— La vas a perder.

—¡Creo que ya la he perdido! ¡Gracias por tus consejos inútiles!

Roger dobló el periódico levantándose de la silla— Creo que voy a ir a por mi traje. Va a ser interesante ver qué idiotez haces ahora.

—¡Déjame en paz!

—¡No! — sorprendido Russell se volvió —¡Eres como mi hijo y tengo que ver como haces el idiota con tu vida! ¡Primero lo de Antea, que era una zorra avariciosa y el único que no lo veías eras tú! ¡Después tuve que ver como casi te vuelves un borracho por la muerte de tu hermano, echándote la culpa por algo que no había sido error tuyo! ¡Después compras una carpa a Tidwell, que ha sido nuestro enemigo toda la vida y nos pones en riesgo! ¿Qué diablos te pasa? ¡Para algo bueno que nos ocurre con la llegada de la niña, tú lo tiras todo por la borda haciéndola sufrir! ¡O te estás volviendo loco o quieres autodestruirte y si es así no arrastres a los demás contigo! — le señaló con el dedo— ¡Esa niña no tiene una pizca de maldad en su pequeño cuerpo! Si no eres capaz de ser un hombre, aléjate y déjala en paz para que pueda ser feliz con otro.

Salió de la carreta cerrando de un portazo y Russell apretó los puños— Por encima de mi cadáver.

Fue hasta la pista y vio a June en el centro de la pista mirando el trapecio— ¡Bájalo más Albert!

—¿Qué haces? — asustado caminó hacia ella que ya estaba vestida con el nuevo vestuario negro. El corsé le hacía una cintura estrechísima y las tupidas medias negras eran de lo más indecentes. Apretó los dientes sin decir nada para mirar el trapecio mientras ella le ignoraba—¡June,

estoy hablando contigo!

El trapecio se puso a una altura de tres metros— Eso es. Ahí. Luego lo retiras.

—¡Sí, chiquilla! — gritó el tramoyista levantando el pulgar.

—¡Tú! — Russell le señaló con el dedo y Albert se detuvo— ¡Cómo bajas ese trapecio, te largas de mi circo!

—Albert, esa es la altura— dijo ella antes de ir hacia la zona de vestuario. Russell la siguió furioso.

—¿Quién te crees que eres para dar órdenes en mi circo? — Mary chasqueó la lengua viendo como June se sentaba ante el espejo y se colocaba su sombrerito negro con cuidado—¡Contéstame!

—¿Ya estás listo para dirigirlo tú? — preguntó irónica—Porque estos días todo te ha dado igual.

—¡Es que todavía estoy estupefacto con tu descaró!

—Yo sólo quiero ganar dinero. Es lo único que me importa para salvar el circo y si a ti te importara de la misma manera, dejarías que hiciera los espectáculos como cualquier artista. — se levantó mirándose al espejo—Ahora me voy a trabajar y espero que seas profesional.

—¡Yo he sacado este circo adelante durante años sin tu ayuda!

—Pues perfecto. Entonces queremos lo mismo. — le miró fríamente a los ojos— A trabajar.

Ella se movió y él la cogió por la muñeca sintiéndose impotente— Nena, ten cuidado.

June se soltó como si le diera asco su contacto y él cerró la mano en un puño viendo cómo iba hacia la salida. Mary le miró con pena y él gritó— ¡A trabajar!

Russell dio órdenes recuperando el control y todos sonrieron al darse cuenta que había vuelto. Al lado de Roger esperó con el corazón en la boca a que se sentara el público.

—Se está llenando.

—June ha salido para el reclamo. — le miró sorprendido— ¿Qué esperabas? La chica es lista y subida al caballo es digna de ser retratada. Se mueren por verla en acción.

—¡Joder! — se pasó la mano por el cabello muy nervioso— Ha cambiado el número, ¿verdad? No ha dejado que lo vea ni una sola vez.

—Tranquilo. Le sale a la perfección.

La carpa estaba llena a rebosar y uno de los niños del circo se acercó a la entrada haciendo la seña que indicaba que podían empezar. La banda empezó a tocar y Roger le dio una palmada en la espalda— Vamos allá.

Mientras su amigo hacia la presentación, Russell miró al público que parecía entusiasmado. Cuando casi toda la plantilla entró saludando al público, aplaudieron encantados. Michael se lució dando saltos de un lado a otro mientras que las chicas lanzaban besos a un público entusiasmado. Para su sorpresa June entró con Unnia montada a caballo y saludó poniéndose de pie. Lanzó besos de un lado a otro y le guiñó el ojo a un tipo que estaba en la primera fila.

Russell entrecerró los ojos mirando al tipo— Me cago en la leche— siseó al ver al señoritingo que la había llevado al circo en su carruaje el año anterior. Furioso se tensó al ver que la saludaba con la mano.

June ya estaba de espaldas a él saludando al otro lado de la pista y para no dejar de sorprenderle colocó su caballo bajo el trapecio. Russell gruñó al ver que extendía una mano hacia arriba y cogía el trapecio con una mano antes de que todo el mundo saliera corriendo incluido su caballo, que era llevado por Unnia.

Roger dijo en voz alta— Señoras y señores. ¡Van a contemplar el espectáculo más bello del mundo! Con todos ustedes, La princesa del circo. ¡June!

Suspendida en el aire sujeta con un solo brazo, saludó girándose mientras el público aplaudía. El señoritingo se levantó de la silla con entusiasmo justo antes de que June se girara sobre sí misma

colocando las piernas en las cuerdas quedando boca abajo. El público jadeó al ver que la elevaban y Russell sintió que le daba un ataque al corazón al ver la altura a la que trabajaría— Está loca. Se va a matar.

—Has perdido cualquier derecho a decir nada.

Le fulminó con la mirada— Sigue siendo mi mujer.

—No. Ya no.

Russell palideció— Me perdonará.

—No lo creo, amigo. Déjala en paz para que al menos trabaje tranquila. — Roger miró hacia arriba donde June se había sentado sobre el trapecio y levantaba los brazos para sujetarse en las cuerdas. Se puso de pie sobre el trapecio y empezó a balancearlo para darle impulso.

Cuando vio que llevaba la mordaza rodeando su cuello, Russell se tensó— ¿Qué va a hacer? — se le cortó el aliento al ver que de un salto se dejó caer del trapecio cogiéndolo con las manos. Él cerró los ojos mientras el público gritaba asustado. June balanceó las piernas y soltó una mano para enganchar la tira de cuero que rodeaba su cuello a la barra—Dios mío. — Russell se pasó las manos por la cara furioso antes de ver se quedaba suspendida sólo por la tira de cuero que la sujetaba por la nuca a la barra del trapecio. Sólo una maldita tira de cuero separaba su cuerpo del suelo.

Sin poder soportar mirar se fue de la pista mientras el público gritaba aplaudiendo. Los gritos y los aplausos continuaron. Escuchó como llegaban los caballos y suspiró de alivio porque al menos estaba a un metro del suelo.

—¡Un gran aplauso para June!

El público se puso como loco mientras Roger repetía su nombre una y otra vez.

Cuando escuchó que presentaba a las chicas, caminó a toda prisa hacia la zona de los animales para ver a June bajar del caballo de un salto riendo de algo que decía Frank.

Al ver que se acercaba, perdió la sonrisa y le dio la espalda. Unnia silbó antes de decir—Voy a beber algo.

—Te acompaño.

—¡No! — Russell la cogió por el brazo— ¡Tú te quedas!

Se volvió y puso las manos en jarras —¿Y ahora qué ocurre? ¿No oyes los aplausos? Es lo único que debe importarte.

—¡Me importa algo más que tu cuerpo caiga sobre el suelo de la pista y tener que recoger tus restos!

Ella levantó la barbilla— Eso sería más publicidad para el circo.

La miró como si estuviera loca—¿Qué te propones?

—Sacar a mi familia adelante.

—¡Aquí mando yo! ¡Y no voy a dejar que te suicides por la maldita taquilla!

—¿Por qué no? Dejaste que tu hermano se subiera a ti cuando no estabas preparado.

Russell palideció y June se arrepintió en el acto de lo que había dicho al ver su dolor.

— Desaparece de mi vista antes de que pierda los nervios.

June levantó la barbilla por puro orgullo y le dio la espalda volviendo hacia el vestuario para observar el espectáculo desde allí.

Russell la vio alejarse como si fuera la dueña y Frank carraspeó— La niña está dolida, jefe. No lo ha dicho para hacerle daño.

—¡Tú a tu trabajo!

Furioso volvió a la pista y vio salir a June corriendo hacia el centro de la carpa mientras la gente gritaba. Al mirar hacia arriba, vio a Lini sujeta al tobillo de Maggie que se sujetaba al cable con

las manos mientras gritaba que no aguantaba más.

June subía por el poste a toda prisa y Russell corrió hasta debajo de Lini ordenando que extendieran la manta. Todos corrieron y extendieron una manta debajo de ellas, pero seguía siendo una distancia considerable y sólo amortiguaría el golpe. June pálida llegó a la plataforma, pero ellas estaban muy lejos. Se santiguó antes de empezar a caminar por la cuerda.

— ¡No, June! ¡No aguantará el peso de las tres! — asustado corrió hacia el poste y empezó a subir sintiendo que su corazón latía a toda velocidad, pero ella ya había entrado en el cable.

— ¡El trapecio! — gritó ella acercándose a sus amigas lentamente.

— June, no aguanto más. — Maggie soltó una mano y la gente gritó asustada. Los tramoyistas movieron el trapecio para que bajara a su altura y June perdió el equilibrio sujetándose en el trapecio en el último momento.

Se sentó sobre él a toda prisa y se dejó caer hacia atrás sujetándose únicamente con las piernas en las cuerdas del trapecio. Sujetó a Maggie por la cintura y su amiga se sujetó a la barra soltando la cuerda.

— ¡Desciende Albert! — ordenó Russell pálido.

El trapecio empezó a descender y cuando estaban a dos metros Lini se resbaló del tobillo de su hermana cayendo sobre la manta.

— ¡Lini! — gritó Maggie llorando intentando mirar hacia abajo.

— ¡No te muevas! — ordenó June pálida del esfuerzo de sujetar su peso porque casi no se sostenía.

Roger cogió a Maggie mientras Lini se levantaba sonriendo y saludando a la gente que se puso como loca. June gimió de dolor sintiendo que sus piernas le ardían. Le costó sentarse sobre el trapecio. Al ver a Russell debajo de ella extendiendo los brazos reprimió un gesto de dolor — Ven, preciosa.

June extendió los brazos y rodeó su cuello dejando que la recogiera. Russell la sacó de la pista a toda prisa y corrió hacia su carreta—¡Sara!

Michael había corrido hacia ellos y abrió la puerta—¿Qué tiene?

Sara llegó corriendo con el vestuario de pitonisa y subió tras ellos para ver como la tumbaba sobre la cama. —Ha soportado el peso de Maggie y Lini. —se sentó a su lado— Preciosa, ¿qué te duele?

—Las piernas. — le estaban dando unos pinchazos en el muslo derecho y llevó su mano hacia allí porque era la que más le dolía.

—Michael, sal de la carreta— Sara se acercó a toda prisa con intención de quitarle las medias.

—Esperaré fuera.

Ella se sujetó las medias— ¡Russell!

—No empieces. —con movimientos bruscos le bajó las medias y le tocó los muslos donde empezaban a salirle morados de la presión de las cuerdas a la altura de las rodillas.

—Ha debido desgarrarse algún musculo. — dijo Sara aliviada después de examinarla— Debe descansar.

—¡Ni hablar! — gritó ella sorprendiéndolos.

—¡June, mañana no podrás ni caminar! ¡Mucho menos subirte a un caballo! — gritó Russell aliviado porque sólo fuera eso.

Ella entrecerró los ojos— Eso ya lo veremos.

—¡No lo veremos! ¡No trabajarás en unos días!

—Niña, ni todos los circos del mundo merecen la pena para que pierdas la vida. Tienes que estar bien para trabajar. — Sara sonrió y le acarició la frente —Debes descansar.

Ella se sentó con esfuerzo sintiendo que le ardían los músculos de la espalda— Me voy a mi

carreta.

Russell vio como Sara le subía los pantalones y la cogía por las axilas rechazando su ayuda—
Voy a ver cómo están los demás— dijo molesto.

Sara apretó los labios y susurró ayudando a que se pusiera de pie— Eres más rencorosa de lo
que pensaba.

—No fue a tu marido al que encontraste en la cama con otra.

Sara palideció y June jadeó por lo que había dicho— Lo siento, Sara. No me he dado cuenta.
— sus ojos se llenaron de lágrimas —No sé lo que me pasa. Perdóname.

Su amiga la sentó sobre la cama y se acuclilló ante ella— Sé que ahora estás muy dolida y sé
que no he sido yo quien ha encontrado a mi marido con otra en la cama. — sonrió con tristeza—
Pero también te aseguro que daría lo que fuera por verle, aunque fuera en esas circunstancias. —A
June se le cortó el aliento— Sí, porque eso significaría que está vivo— los ojos de Sara se llenaron
de lágrimas— Y podría recuperarle. Haría lo que fuera para que estuviera a mi lado. Lucharía por su
amor hasta mi último aliento, porque le amo tanto que no puedo vivir sin él. Sin recordar su sonrisa
cada segundo del día. —June dejó caer una lágrima y Sara sonrió con tristeza— No sé si tú amas así
a Russell, pero los reproches y las discusiones no llevan a ningún sitio porque tú sufres por no estar a
su lado. Ámale y demuéstrole que ese amor está por encima de todo. Y te puedo asegurar que serás
mucho más feliz que en este momento. — June se echó a llorar y se tapó la cara con las manos
sintiendo como su cuerpo le necesitaba. Sólo había pasado una noche con él y habían sido los
mejores momentos de su vida.

Alguien llamó a la carreta y Sara se levantó para ir a ver quién era. June escuchó hablar a un
hombre—¿Puede entregarle esto?

—Sí, por supuesto.

—Pero está bien, ¿verdad? Si quieren envíen un médico...

—Se pondrá bien, milord. No debe preocuparse. Buenas tardes. —cerró la puerta y se volvió hacia ella, que con lágrimas en los ojos frunció el entrecejo.

— ¿Quién era?

Sara apretó los labios— Niña, ¿me estás ocultando algo?

—¿De qué hablas?

La puerta se abrió de golpe y Russell entró en la carreta furioso. —¿Qué hacía ese aquí?

—¿Quién? — asombrada por su actitud vio cómo se acercaba a toda prisa—¿Lini está bien?

—¡Está perfecta! ¡Ahora me vas a explicar por qué ese niño rico está ante mi carreta esperando noticias tuyas!

—¿Niño rico? — asombrada miró a Sara— ¿Quién era?

Sara se acercó y le entregó una nota. Russell se la arrebató y ella se encogió de hombros porque no sabía leer. Russell gruñó antes de mirarla a los ojos— Lord Carrington.

Ella le miró sorprendida— ¿Lord Carrington? ¿El del año pasado?

—¡Sí! — le gritó a la cara.

—Russell, deberías calmarte. — Sara se puso nerviosa— Ni sabe casi quien es.

—¿Y qué pasa si quiere verme? —Russell lo vio todo rojo y la cogió por la nuca amenazante, pero June no se dejó intimidar— ¿Te molesta?

—Preciosa, no juegues conmigo.

—Púdrete.

—¡Niña!

Se sonrojó porque hace unos minutos estaba llorando por él y ahora le provocaba. ¡Ese hombre la iba a volver loca!

—¡Es culpa suya! ¡Se pone celoso cuando es él quien me ha puesto la cornamenta!

—¡No hice nada!

—¡Mentiroso! ¡Debería caerse a pedazos! — Sara salió de allí escandalizada y Russell sonrió sin poder evitarlo— ¡Sí, ríete! Más me reiré yo cuando la sífilis te vuelva loco. — abrió los ojos como platos— ¡Seguro que ya está haciendo efecto y por eso eres así! ¡Cómo me lo hayas pegado, te la corto! —gritó a los cuatro vientos.

La risa de Russell provocó un vuelco en su estómago y cuando se calmó la miró a los ojos — No hice nada. — besó su labio interior con ternura— Te lo juro. Estaba tan borracho que no hice nada.

Le empujó por el pecho— ¡Pero tenías intención!

Eso no lo podía negar y ella le dio un bofetón. Russell gruñó antes de devorar su boca y la tumbó sobre la cama tendiéndose sobre ella. June sintió como cada fibra de su cuerpo le había echado de menos y abrazó su cuello pegándolo a ella. Él se hizo un hueco entre sus piernas y June gimió en su boca de dolor. Russell se apartó lentamente y acarició su mejilla— No dejes de amarme.

—No me hagas daño.

Él cerró los ojos y apoyó su frente sobre la suya. Ambos disfrutaron de su contacto abrazándose durante varios minutos. —Me muero por estar dentro de ti. —susurró erizándole la piel.

—Pues desnúdame. — gimió ansiosa haciéndole reír.

—Cariño, no puedes ni mantenerte en pie.

—Pero estoy tumbada.

Las carcajadas de Russell se oyeron desde fuera y Sara sonrió volviéndose hacia su carreta cogiendo a Michael por los hombros. — ¿Lo han arreglado?

—Lo arreglarán. Pasarán por momentos duros, pero el amor lo puede todo.

Los aplausos en la carpa les hicieron volverse y Michael hizo una mueca— Mañana va a ser una pesadilla cuando sepan que no va a actuar.

—Ya veremos. Igual tenemos suerte y está bien del todo.

Capítulo 8

—¡Ni hablar! — Russell vio como su mujer se vestía con la ropa de trabajo.

—Sólo serán diez minutos. Nadie se dará cuenta. Volveré a la cama después.

—¿Cómo vas a mantenerte encima del caballo? Tienes que hacer fuerza con las piernas y...

—Estoy mucho mejor. ¿Crees que lo haría si no estuviera bien? No estoy tan loca.

—Es cuestión de opiniones— dijo Mary.

—Estaré boca abajo la mayoría del tiempo. —dijo divertida.

—Muy graciosa. Estás dolorida y no es buena idea.

—Si veo que no puedo, saldré de la pista y dejaré a Unnia con el número.

Russell se cruzó de brazos sabiendo que no podría convencerla y estaban en una situación tan delicada de su relación, que no quería ponerse a pegar gritos como estaba deseando y llevarla hasta la carreta para encerrarla dentro.

June sonrió porque sabía exactamente lo que estaba pensando—Cariño, ¿cómo va la taquilla?
—preguntó para distraerlo.

—Lo hemos vendido todo y todavía queda media hora.

—Perfecto. — se sentó en la silla para que Mary la maquillara como acostumbraba a hacer, porque a ella no se le daba bien. — Si llenamos todos los días, ¿cuánto tiempo tardaremos en reunir el dinero?

—Tres semanas si no comemos.

—Pues tenemos que comer, así que deberíamos hacer dos funciones al día.

Russell sonrió negando con la cabeza— Estás loca. Las podemos hacer de vez en cuando, pero no todos los días.

—No veo por qué no.

—Será tirana. —dijo Mary divertida.

—¡Necesitamos el dinero! — se miró al espejo y le dijo a Mary—Márcame más los ojos.

—Preciosa, doblaremos las funciones tres días a la semana. No más.

Ella apretó los labios y asintió porque eso era mejor que nada. Le miró a través de espejo— Ten cuidado. En Londres hay mucho pillo y pueden intentar robarnos.

Russell sonrió— No te preocupes por eso. El dinero está a salvo.

Asintió más tranquila y se puso el sombrero. Él se dio cuenta de que no se levantaba de la silla y se agachó a su lado— No tienes por qué hacerlo. Ya hemos llenado.

—Pero tenemos que llenar mañana y pasado mañana. — acarició su mejilla— Después tendrás el privilegio de llevarme a la cama.

—Válgame Dios. Qué descarada— dijo Mary aparentando estar escandalizada haciéndolos reír— ¡Jefe busca un párroco!

—No te preocupes. — miró a June a los ojos— No se me va a escapar.

June le besó en los labios suavemente— Claro que no. No se me ocurriría.

Minutos después estaba sobre su caballo y cerró los ojos concentrándose mientras Russell estaba en la pista arreglando un problema con la seguridad del león.

—¿Estás bien?

Unnia se acercó a ella montada a caballo y June sonrió mirándola— Sí. Diez minutos y fuera.

—No te fuerces. Si no puedes, déjame a mí.

Asintió cogiendo la mano de su amiga y apretándola antes de tomar aire, lista para salir a la pista.

Cuando llegó su entrada, tomó aire de nuevo antes de salir con una sonrisa en el rostro. El público empezó a aplaudir a verla como si fuera una heroína y muchos la saludaron entusiasmados porque lo que había hecho para salvar a las chicas había salido en el periódico de esa mañana.

—No puedes defraudarlos, June— dijo en voz baja antes de levantarse sobre su caballo y recorrer la pista con Unnia detrás. Dobló su cuerpo y colocó las manos sobre el lomo subiendo las piernas lentamente. El público se volvió loco y resistió todo lo que pudo, que fue la mitad del pase habitual. Unnia se dio cuenta y giró los caballos sobre sí mismos volviendo al número original antes de que los cinco se pusieran sobre las patas delanteras casi sentados sobre su trasero. Ellas gritaron levantando los brazos mientras el público aplaudía.

Uno de los que se sentaban en primera fila le llamó la atención porque aplaudía entusiasmado y gimió interiormente al ver que era Lord Carrington que había vuelto a la función. Volvió su caballo y vio a Russell que estaba preocupado. Ella sonrió para tranquilizarlo antes de ir hacia el trapecio que estaba mucho más bajo que el día anterior. No tuvo que ponerse en pie para cogerlo y dejó que la subiera sin dejar de mirar a Russell.

El dio un paso hacia la pista, pero ella negó con la cabeza levantando la mirada al techo de la carpa cogiendo la barra con la otra mano. Se balanceó y sonrió porque al hacerlo casi no le dolía y se enganchó el arnés del cuello a la barra. Dejándose llevar adelante y atrás mientras el público se

ponía como loco.

Cuando bajó sentada sobre el trapecio saludando a su público, se bajó con cuidado sobre la pista y se giró de un lado a otro saludando antes de girarse y salir de la pista mientras entraban las chicas, que también recibieron una ovación mientras Roger las presentaba.

Russell sonrió cuando llegó hasta él— Lo has hecho muy bien, preciosa. Pero eso del arnés en la nuca lo vas a cambiar.

Chasqueó la lengua haciéndolo reír y él le dio una palmada en el trasero— A la cama.

—Serás mandón.

Russell se echó a reír mientras se alejaba y se cruzó de brazos mirando a la pista.

June estaba cruzando el prado para llegar a la carreta cuando escuchó su nombre. Sorprendida se volvió por si había algún problema para ver a Lord Carrington corriendo hacia ella con el sombrero de copa en la mano. Se sonrojó mirando a su alrededor, pero estaba sola.

—Lord Carrington. ¡Qué sorpresa!

—¿Sorpresa? En mi nota le decía que vendría hoy. ¿No la ha leído?

Se sonrojó intensamente y negó con la cabeza. Él parecía confuso— Se la di a su amiga y... Bueno, no importa. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, gracias. Es muy amable.

—Ayer temí por su vida y la de sus amigas. Un trabajo peligroso.

—Son cosas del oficio. — se apretó las manos mirando hacia la carpa— Si me disculpa, tengo que descansar.

—Oh, lo entiendo. Ya me he dado cuenta que su número ha sido más corto, pero aun así ha estado espléndida.

—Es muy amable— se volvió para irse, pero él la cogió del brazo.

—June, ¿han cambiado en algo las cosas en este año? ¿Se ha casado?

—Por favor, no me toque.

Él la soltó de inmediato y se sonrojó por su atrevimiento— Lo siento.

—No recuerdo haberle dado esperanzas sino todo lo contrario.

—Se lo que me dijo. Pero si no está casada, aún hay esperanza.

—Como si lo estuviera. — levantó la barbilla sin darle vergüenza la relación que tenía con Russell— Es mi marido.

Lord Carrington apretó los labios— Entiendo.

—De todas maneras, no soy tonta. Usted buscaba una amante y no la encontraría en mí. No puede casarse con una mujer como yo.

La miró a los ojos— Sí que podría. Mi título me da el poder para casarme con quien quiera y usted es la mujer que había soñado toda mi vida. —fue tan sincero que se le formó un nudo en la garganta— No he podido olvidarla en este último año y tenía la esperanza que usted hubiera pensado en mí.

—No lo ha hecho.

La voz de Russell tras ellos los tensó y June dijo— Mi amor, no ha hecho nada malo.

—Aléjese de mi mujer.

—No veo un anillo en su dedo. — Lord Carrington levantó la barbilla— Y si la quisiera no querría que llevara esta vida de un lado a otro y sin nada mejor que un vestido al año en una carreta llena de hijos. Conmigo lo tendrá todo. Sera una dama y la rodeará el lujo.

Ella jadeó poniéndose al lado de Russell —¡Él me da algo que usted no me podrá dar nunca!
— ofendida siseó— ¡Fuera de mi circo!

El aristócrata la miró a los ojos— Si algún día necesita de mi ayuda. No dude en llamarme.

—Largo de aquí— siseó Russell antes de cogerla en brazos para llevarla a su carreta.

Preocupada dejó que la tumbara en la cama— No le hagas caso. Nunca he sido más feliz que en una carreta y estaría encantada de que estuviera cargada de hijos.

Russell la miró muy serio. Se sentó a su lado y le acarició la mejilla mirándola pensativo— Dios mío, eres tan hermosa. —apartó un rizo de su sien —¿Él te haría feliz?

—¡No! — le cogió de la mano— Tú eres lo que necesito para ser feliz, mi amor. Sólo tú. —le acarició el cuello atrayéndole— Bésame. — le besó suavemente hasta que él se relajó y se abrazaron tumbados en la cama mirándose a los ojos—Deberías estar trabajando.

Russell sonrió— Estoy trabajando. Cuido de mi estrella.

Se sonrojó intensamente— ¡No soy tu estrella!

—Claro que sí. —la besó suavemente— Te adoran y quieren verte. Eres la estrella. Vienen por ti.

—Pues tu estrella tiene hambre de ti. —dijo pegándose a él. Russell acarició su trasero y metió la mano dentro de sus medias. Ella jadeó con los ojos como platos cuando acarició su sexo con las yemas de los dedos. —Eso me gusta— susurró con la voz entrecortada.

—Lo sé, preciosa. —la besó como si quisiera fundirse con ella y siguió acariciándola hasta que se estremeció con fuerza entre sus brazos gritando en su boca.

Él se apartó sonriendo y June se sonrojó intensamente— No has...

—Tengo que trabajar. ¿No me lo habías dicho? — le dio un rápido beso y se levantó de la cama.

June se apoyó en sus antebrazos para verle ir hacia la puerta— Russell...

Volvió la cabeza sonriendo, pero notaba que aún estaba preocupado— Te amo. Puede que me enfade contigo, pero es porque te amo.

Él asintió antes de ir hacia la puerta y salir de la carreta.

Suspiró dejándose caer en la cama mirando el techo. No podía esperar que las dudas de Russell desaparecieran de la noche a la mañana. La quería, aunque no se daba cuenta de hasta donde llegaba su amor. Pero si ella le apoyaba, terminaría perdiendo esos temores que rondaban su cabeza. Sonrió recordando sus caricias y lo generoso que era con ella. Esa noche le demostraría todo lo que le había echado de menos.

Los dos días siguientes fueron más tranquilos. Ella se encontraba mejor y el espectáculo fue alargándose a medida que ella iba mejorando. Estaban comiendo dentro de la carpa porque fuera estaba lloviznando, cuando dos hombres entraron y June se preocupó al ver que iban con dos trajes negros. Suponiendo que eran abogados colocó la mano en el antebrazo de Russell que levantó la vista. —Estupendo. —siseó levantándose de la cabecera de la mesa.

—¿Quiénes son? — preguntó a Roger mientras se alejaba— ¿Son abogados?

Su amigo sonrió— No, niña. Vienen de palacio.

Abrió los ojos como platos mientras los rumores recorrían la mesa— ¿La Reina va a venir?

—Siempre nos visitan antes de que venga, para que le preparemos un lugar especial para sentarse.

Emocionada junto las manos— ¡La Reina! ¡Voy a actuar para la Reina!

Roger se echó a reír y miró al jefe que sonreía dándoles la mano a los hombres antes de que se dirigieran hacia la salida de la carpa.

Russell se volvió y ella le miró emocionada— Cielo, ¿te encuentras bien como para hacer algo especial esta tarde?

Ella chilló entusiasmada levantándose y corrió hacia él rodeándole el cuello con sus brazos. Russell se echó a reír rodeando su cintura con su brazo y la levantó dándole una vuelta en el aire. — ¡La Reina! — le besó haciendo reír a los de la mesa— Tiene que ser algo muy especial. — pensó en ello mientras la dejaba en el suelo— Épico.

—¿Por qué no te sientas a comer algo? — la llevó hasta la mesa mientras ella estaba abstraída pensando en lo que podía hacer.

—¡El elefante! —antes de sentarse salió corriendo y Charles corrió tras ella.

—¡Niña, deja a Atila en paz! ¡Está muy mayor!

Russell sonrió sentándose en la cabecera— Charles no tiene nada que hacer.

—No — respondió Roger. —¿Vendrá sola?

—Veinte localidades que perdemos. — chasqueó la lengua cogiendo la copa de vino.

—Nos vendrá bien la publicidad. Es un honor. Al Tidwell no ha ido nunca.

—Cierto. — sonrió malicioso—¿Crees que la Reina nos dará el dinero para salir a flote y así que pueda seguir viniendo gratis con su familia cuando quiera?

—¿Quién sabe? —preguntó Sara con los ojos brillantes—Es muy generosa con los suyos. Puede que nuestra niña le entre por el ojo derecho.

—No creo en los milagros. Mañana haremos función doble. —Todos asintieron y Russell miró hacia la salida— Creo que ya no come.

—Así estará más ligera. Ya comerá después— apostilló Mary cogiendo su plato y haciendo reír a los demás— ¡Qué! ¡No hay que desperdiciar la comida!

Emocionadísima estaba sobre Atila vestida con el traje blanco que había sido de Antea y se inclinó hacia delante colocándole bien la pluma sobre la cabeza— Así estás más guapo.

—Niña...— Charles estaba vestido con su traje de gala y la fusta en la mano— Te aconsejo que no pegues saltos sobre él como haces con los caballos.

—Tranquilo. He practicado mucho y he aprendido todo lo que me has dicho. — dijo muy seria— No soy tonta. No haré locuras.

Charles sonrió bajo su enorme bigote— Pues vamos allá.

Michael salió corriendo de la carpa— ¡Ya está sentada! —Asintió porque la tendría en la grada central.

—No dejes que se acerque demasiado a los caballos y que se ponga nervioso.

Fulminó con la mirada a Charles —¡Tú le controlarás desde abajo! No me pongas nerviosa.

Russell vestido con un traje negro en honor a la Reina, salió en ese momento y preocupado se acercó tocándole la pierna— Preciosa, recuerda que siempre tienes que tener el control.

—No te preocupes. —miró hacia atrás y vio a Unnia preparada con el vestido rojo de Antea. Estaba bellísima destacando su cabello negro. Tomó aire y asintió. Su amiga sonrió preparada y June susurró— Vamos allá.

Charles gritó la orden a Atila— ¡Arr!

El elefante comenzó a caminar hacia la entrada y en cuanto entró, el público se levantó aplaudiendo. Ella saludó a los presentes y se puso de pie sobre el lomo de Atila saludando con la mano. Cuando Atila llegó al final de la pista, June miró a la Reina e hizo una graciosa reverencia. La Reina se echó a reír divertida antes de que June se sentara sobre el lomo cogiéndose en las orejas de Atila y Unnia se pusiera a su lado sobre su caballo.

—¡Arr! — gritó ella haciendo que Atila levantara las patas delanteras al igual que los caballos.

La Reina aplaudió entusiasmada viendo al enorme elefante ante ella. Miró a Unnia que silbó y June ordenó que Atila se pusiera a cuatro patas. Charles hizo que girara y June se puso de pie con los

brazos extendidos dando la espalda a la Reina y cuando estuvo en posición corrió sobre el lomo del elefante saltado hasta el trapecio y sujetándolo con ambas manos. El público estaba como loco mientras se balanceaba en el aire y Russell le hizo un gesto a Albert para que la subiera mientras los caballos recorrían la pista. Se sentó en el trapecio dando besos e interiormente se dijo que estaba más cómoda con las mallas, pero ante la Reina no podía ir así. Esperaba que el vestido corto no la molestara demasiado.

Al llegar arriba, esperó a que Unnia saliera con los caballos para que centraran su atención en ella. Se colocó boca abajo moviendo de un lado a otro el trapecio, mientras la banda hacía un redoble de tambor. Escuchó como la tela de la falda se desgarraba, pero todavía no tenía suficiente impulso para colocarse el arnés, así que continuó balanceándose ignorando el sonido. No pensaba arriesgarse por un vestido.

Se sujetó con las manos en el trapecio y dejó caer las piernas con un movimiento gracioso colocando el arnés en el trapecio. Cuando se aseguró de que estaba enganchado, se dejó caer apoyándose en su nuca antes de soltar los brazos. El público aplaudía y ella sonrió hasta que consideró que era suficiente. Se subió al trapecio de nuevo y saludó desde arriba. Alguien le hizo un gesto desde abajo y al mirar a Russell le hizo un gesto a la falda.

Se tocó la falda disimuladamente y vio que estaba rota en la cintura en la zona del trasero. Gimió interiormente, pero las medias eran lo bastante tupidas para que no se le viera nada. Pensó rápidamente qué hacer y se decidió tirando de la falda con fuerza y arrancándola del corpiño. La Reina se echó a reír cuando la dejó caer al suelo y aplaudió con su abanico. Fue un alivio que no se sintiera ofendida y cuando el trapecio llegó abajo, los caballos ya estaban de nuevo allí. Unnia sujetó su montura para que saltara del trapecio sobre el caballo antes de saltar al siguiente y de uno a otro hasta llegar al elefante. Se apoyó en su trompa para subir y colocándose sobre el lomo de pie levantó un brazo.

La Reina le dijo algo a una dama que estaba al lado y la sonrisa de su cara indicaba que le había gustado el número.

June y Unnia saludaron antes de que Charles ordenara a Atila que saliera de la pista con ella de pie sobre él mientras seguía saludando. Russell aplaudía divertido y ella le guiñó un ojo antes de salir.

Unnia se bajó del caballo —¡Has estado increíble!

—Gracias. — se sentó sobre Atila antes de dejarse caer por el lomo hasta el suelo—Tú también lo has hecho impecable. Como habíamos planeado.

—No ha sido difícil.

Russell salió de la pista y le hizo un gesto para que se acercara—¿Qué ocurre?

—La Reina quiere que te sientes con ella.

—¿Yo? — abrumada se puso nerviosa— ¿Para qué?

—Quiere hablar contigo. Ve a cambiarte y rápido. No tiene mucha paciencia.

—¿Qué me pongo?

—Algo circense. —miró a Unnia—¡Ayúdala!

Unnia la cogió por el brazo y tiró de ella hacia el vestuario. Mary se puso nerviosa y rebuscó entre sus cosas. —No sé qué puede ponerse. Todavía queda la despedida final y...

Abrió el baúl negro y chilló—¡Este!

Sacó un vestido azul oscuro con encajes negros que dejaba las piernas al descubierto. —¿Me quedará bien?

—Sí. Rápido, quítate eso. ¡Debes llevar medias negras!

Entre todas la ayudaron a vestirse lo más rápido posible. Unnia le cambió el sombrero mientras Mary le arreglaba el maquillaje y cuando Russell entró de nuevo la miró de arriba abajo apretando los labios— Bien, vamos.

Supo que al verla había recordado a Antea, pero era algo que no podía evitar. Caminó a su lado rodeando la carpa y se acercaron a las localidades de la Reina. Una dama sonrió al verla y susurró algo a su majestad que volvió la cabeza sonriendo— Oh, pero si es usted. Venga y siéntese con nosotros.

Sonrojada dejó que Russell la empujara ligeramente para acercarse a la Reina Victoria. —Es un honor. — susurró tímidamente.

—Siéntese y explíquenos cómo es que hace esas cosas tan increíbles. Como esas chicas. Cuéntenos cómo es la vida en un circo.

Ilusionada les explicó cómo practicaban y cómo arriesgaban sus vidas para llegar a ese resultado. La Reina parecía impresionada y escuchó atentamente cada una de sus palabras.

—Y viven en carretas, ¿verdad? Se trasladan de un lado a otro.

—Sí, Majestad. Llevamos la ilusión a todos los puntos del país.

La Reina asintió y dijo en voz alta— Es una tarea admirable. Crear ilusión a los ingleses, es una tarea digna de ser premiada. — June abrió los ojos como platos cuando la Reina se levantó y de inmediato se levantó como todos los demás. La banda dejó de tocar desafinando y todos se quedaron en silencio. Menos mal que estaban actuando los payasos porque si llega a ser en medio de un número peligroso, no sabía qué podía haber pasado.

—Majestad, ¿ocurre algo? — preguntó asustada.

La Reina levantó el abanico— Señor Campbell, acérquese.

Russell se acercó de inmediato al extremo de la pista ante el sequito de la Reina.

— Me parece admirable la labor que hacéis para divertirnos y sé que es una vida dura y arriesgada. Declaro este circo por su valía y buen hacer, Circo Real. — June abrió los ojos como platos— Es digno de llevar el escudo de la corona al lado de su nombre.

Russell agachó la cabeza llevando la mano al corazón— No tengo palabras para agradecer este honor.

—Siga así, Campbell. Divierta a los ingleses y lleve nuestro nombre con la cabeza muy alta por todo el mundo como ha hecho hasta ahora. — la Reina sonrió a June y llevó la mano hasta su barbilla levantando su cara— La princesa del circo. Eres digna de llevar ese título.

La gente jadeó por el reconocimiento y la Reina sonrió— Diviérteme.

Los ojos de June brillaron de alegría— Sí, Majestad. — se alejó de la Reina y casi saltó hasta la pista haciéndola reír.

Cogió la mano de Russell y se alejaron corriendo mientras el público aplaudía— Dios mío, ¿qué hacemos?

Él hizo un gesto a la banda que se puso a tocar de inmediato antes de llevarla a la zona de vestuario. —¡No tengo más números!

—Tranquila. — Russell la cogió por los hombros muy serio— ¿Qué has practicado?

—Con todo menos con el león, pero no he ensayado nada y tú me has dicho que se debe ensayar mucho. Que no se improvise.

Russell apretó los labios y Michael entró en ese momento— Tu puntería.

Le miró sorprendida—¿Qué?

—Tiene una puntería increíble— le dijo a Russell. — ¿Puedes hacerlo desde el trapecio?

—No sé.

—Pondremos un barril en medio de la pista. Y te tiraré pelotas de colores que usamos los payasos. Sólo tienes que tirar la pelota en el barril. Será una payasada si sale mal y si sale bien, será fabuloso.

—Vosotros la apoyareis desde abajo y ...— Russell la cogió de los hombros— Si fallas haces

un gesto de rabia exagerado para hacerles reír, ¿entiendes?

—Sí.

—Y si aciertas serán ellos los que hagan el gesto.

—¿Saldrá bien?

—O sale bien o es un desastre, pero improvisando de esta manera no podemos hacer nada más. Venga preciosa, prepárate.

—Me voy a poner las mallas, no quiero romper otro vestido.

Él asintió —Avisa a Roger cuando estéis listos.

Emocionada miró a Michael— ¿Has oído lo que ha dicho la Reina?

—Ya lo pensaremos más detenidamente cuando salgamos de este apuro.

El número salió tan bien que hasta la Reina quiso bajar a la pista para tirarle una pelota y que la metiera en el barril para asombro de todos los asistentes. Se echó a reír a carcajadas cuando un payaso se cayó ante ella desmayado de la impresión, pero los demás disimularon cogiéndolo por las axilas para arrastrarlo hasta Russell, que se reía a carcajadas.

Al terminar ella salió a saludar sobre su caballo y le guiñó un ojo a la Reina que se echó a reír de nuevo.

Cuando todo acabó, todos se abrazaron en la zona de los caballos felicitándose por lo bien que había salido el espectáculo. Maggie aplaudió emocionada— Qué bien lo has hecho. ¡Parece que has nacido en esto!

Dos hombres se acercaron a ellas y se pusieron a su lado mientras se acercaban. Uno de ellos inclinó la cabeza y dijo con voz grave—Con los buenos deseos de su Majestad. Le gustaría que lo llevara en el cartel promocional. Y desea que cuando vuelvan a Londres en la próxima temporada, pidan audiencia para hablar con ella.

Extendió la mano al ver que quería entregarle algo y jadeó asombrada al ver una cruz de las que los militares llevaban en el pecho— Esto es importante, ¿verdad?

El hombre asintió— Es la cruz Victoria. Sólo se la otorga a los cargos más ilustres. Felicitaciones.

—¿Debo ir a darle las gracias?

—Su majestad ya se ha ido. Siga sus instrucciones y pida audiencia el año que viene.

Ella asintió y les vio alejarse— ¡La princesa del circo! — gritó Michael emocionado— ¡Qué honor! ¡Y te regala una medalla como si fueras un general!

Russell salió sonriendo— Es una pena que no se pueda vender. —Ella jadeó haciéndole reír y la cogió por la cintura levantándola— Vaya, vaya. ¿Qué le habrás dicho a la Reina para que reaccionara así?

—Le he explicado la vida del circo. — miró la medalla en su mano— Soy muy buena relatando.

Él asintió besándola en la frente— Cielo, nos acabas de catapultar al cielo. Todo el mundo querrá verte. — la dejó en el suelo— Pero nada de hacer locuras. Lo de hoy no puede volver a pasar. Nada de elefantes.

—¡Pero si es muy dócil!

Él puso los ojos en blanco— Pues deja lo de la mordaza de cuero.

—Ni hablar. — caminó hacia la carreta.

—Entonces lo del trapecio...

—¿Estás loco?

Todos se echaron a reír mientras discutían yendo hacia la carreta.

Capítulo 9

Las siguientes dos semanas fueron una locura. Trabajaban muchísimo. Cuando no estaban de promoción por la ciudad, estaban en la pista o ensayando para que todo estuviera perfecto. June tuvo que hacerse trajes nuevos porque tuvo que incluir el número con los payasos. Mary y ella hicieron tres trajes distintos con mayas de colores y faldas cortas desmontables para que se quitara al subir al trapecio.

Al llegar el domingo de la segunda semana estaba agotada y necesitaba relajarse. Russell se dio cuenta y estuvo a punto de suspender la sesión de la tarde, pero ella se negó en redondo.

—Estás agotada. ¡Eso es una bomba de relojería que puede estallar en medio de la pista! Suspendemos esta tarde y mañana haremos dos sesiones.

—¡No puedes hablar en serio! — dijo levantándose de la silla donde estaba descansando después de un ensayo—¡Todavía no hemos conseguido el dinero!

—Queda una semana y sólo nos faltan cincuenta libras. Las conseguiremos.

Parecía muy seguro, pero ella prefería trabajar hasta conseguirlas y liquidar el asunto antes de descansar.

—No. Estoy bien. — Russell apretó los labios y se acuclilló ante ella —De verdad que estoy bien.

—Estás irascible y nerviosa. Todo el mundo se ha dado cuenta y es lógico porque estás llevando sobre tus hombros el resultado de cada función cuando no es responsabilidad tuya. Preciosa, ya has hecho más que suficiente. Eres la imagen del circo y nos has dado más publicidad que nadie. Pero debes aprender cuando parar.

Le miró a los ojos y sonrió acariciando su mejilla— Pondremos el cartel de que mañana no hay sesión y hoy actuamos.

Él gruñó haciéndola reír—Eres exasperante.

—Gracias. — le besó en los labios— Me voy a cambiar.

Roger suspiró acercándose a Russell, que se enderezó viéndola alejarse— ¿No?

—No la he convencido. —se pasó la mano por su pelo negro.

—¿Quieres que Sara le dé algo que la duerma un par de días?

Russell levantó una ceja pensándose seriamente y Roger se echó a reír— ¡Era broma!

—Tiene que detenerse o se pondrá enferma. ¿Has visto lo que ha adelgazado?

—Es que hace ejercicio todo el día... y por la noche. — Roger se echó a reír porque Russell se sonrojaba— Amigo, debes alejar un poco la carreta.

—Diablos...— siseó mientras Roger se sujetaba el vientre de la risa.

Russell se acercó a la zona de vestuario y cuando estaba llegando escuchó—¿Otra vez? — preguntó Sara sorprendida— ¿Y qué piensas hacer?

—Nada. — la voz de June le hizo fruncir el ceño.

—¡Debes decírselo! — dijo Mary— Es tu marido y debe saberlo.

Russell se detuvo en seco —No quiero que se preocupe. No pasa nada.

—¿Cómo que no pasa nada? ¡Ese hombre no te deja en paz! ¡Te hace regalos y pide verte

continuamente! ¡Le he visto esperándote!

—Sí, niña. Debes decirle a tu marido lo que está pasando.

June con la ropa rosa en la mano que sacaría en el primer número sonrió— No ocurre nada. Lord Carrington es inofensivo.

Russell entró en la carpa de vestuario y las tres se le quedaron mirando— ¿Podéis dejarnos solos?

—Cariño...— nerviosa vio como sus amigas salían al exterior. Al ver la frialdad en la mirada de Russell, se tensó apretando las ropas que tenía en la mano.

—Al parecer tienes algo que contarme.

—No te dije nada por no preocuparte. — forzó una sonrisa que la hizo culpable a sus ojos y se dio cuenta al ver que apretaba los puños— No ha habido nada entre nosotros.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Con todo lo que estaba ocurriendo, no quería añadir más problemas. Le he dicho que no habrá nada entre nosotros, pero no se da por vencido.

—Y eso a ti te gusta, ¿verdad? — se acercó cogiéndola por el brazo para acercarla a él— ¿Te gusta que te haga regalos?

Se sonrojó porque no podía negarlo. Sabía que había sido una tontería aceptarlos, pero no había podido evitarlo. Él era tan amable y no tenía malicia. Sólo quería hacerle ver que la adoraba. Sabía que estaba mal, pero nunca la habían tratado así.

—Es un admirador y...

—¡Un admirador que te quiere en su cama! — le gritó a la cara. Tiró de ella hasta el exterior y June chilló porque no se lo esperaba— Me vas a enseñar eso que te ha regalado...

Abrió la carreta mientras todos se detenían al darse cuenta que su jefe estaba fuera de sí.

— Cariño, yo...— sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Enséñamelo! — la metió a la fuerza en la carreta y la soltó cuando llegó al armario—

Muéstrame eso que te ha regalado ese ser inofensivo.

Su voz ponía los pelos de punta y la mano de June tembló cuando abrió el armario. Cogió la sombrerera y quitó la tapa antes de que Russell se la arrebatara y tirara las cosas al suelo. El pequeño frasco de perfume se estrelló invadiendo la estancia con aroma a rosas y empapando el precioso abanico de nácar. Russell se agachó cogiendo una rosa de papel y levantándola para mirarla.

—Son fruslerías— susurró ella mientras una lágrima caía por la mejilla.

Él seguía mirando la rosa de papel —No. No son fruslerías. Puede que no te haya regalado joyas, pero has conservado esto como si fuera un tesoro. Como si quisieras conservarlo siempre. — levantó la vista y la miraba como si la odiara— Serás zorra. ¡Tan zorra como tu madre! ¡Esa que le puso los cuernos a tu padre mientras lo sabía toda la aldea y confabuló para robar a su amante!

Se le cortó el aliento incrédula por lo que acababa de decir. Al ver como se enderezaba y tiraba la rosa al suelo dio un paso atrás asustada— ¿Qué pensabas hacer? ¿Dejarme para irte con él? ¡Acaso quieres robarme como hizo tu madre con el Conde!

—¡No! — gritó con los ojos llenos de lágrimas— ¡No sé de qué estás hablando!

—¿Creías que podías tomarme el pelo como Antea? — que no le gritara la asustó de verdad y negó con la cabeza. —Ni se te ocurra dejarme porque no descansaré hasta encontraros. — le acarició la barbilla—Te pregunté si querías irte con él y me dijiste que no. Ahora atente a las consecuencias porque antes os mato a que me dejéis en ridículo.

A June se le retorció el corazón porque lo único que le importaba era quedar en ridículo ante los demás. Perderla a ella era secundario. Vio cómo se alejaba y salía de la carreta sin dirigirle una mirada más. Temblando y totalmente descompuesta se sentó en la cama sin saber qué hacer. Entendía que estuviera celoso al enterarse de lo de los regalos. Aunque sabía por las chicas que muchas

recibían regalos de admiradores y sus maridos los consentían porque eran artistas. Por eso no le había dado importancia. Si no le había comentado nada a Russell había sido porque el admirador en cuestión era Lord Carrington. Se había sentido halagada y no los había rechazado. Sabía que había hecho mal, pero lo que él le había dicho...La palabra ridículo se repetía una y otra vez en su cerebro, pero lo que realmente la torturaba era lo que había dicho de su madre. ¿Sería verdad? ¿Habría robado su madre al Conde? ¿Eso explicaría todo lo que había pasado después?

Muy nerviosa se dio cuenta de que lo que Russell sentía por ella no era amor. Para él era un trofeo que poseía y no quería que nadie se lo arrebatara. Mil dudas acudieron a su cerebro porque antes de salir a la pista por primera vez los desprecios y las regañinas eran continuos. Pero después la llevó a la cama, hizo que se mudara con él y le habló de matrimonio. Pero no la quería y se lo demostró durmiendo con otra mujer...

Pálida miró las cosas en el suelo. Eran tonterías y se preguntó si Antea había recibido regalos mientras estaba con él. Gimió tapándose los ojos porque se volvería loca si analizaba cada palabra que le decía. No podía evitarlo y se preguntó por qué todavía no se habían casado. Lord Carrington le había dicho más de diez veces que podían escaparse en ese momento y casarse, pero Russell que vivía con ella no se había molestado en buscar un párroco para unirse a ella. ¿Qué estaba ocurriendo?

La puerta se abrió y Maggie asomó la cabeza—¿Te encuentras bien?

Asintió levantándose y forzando una sonrisa— Te he traído la ropa. Se te ha caído y...— al subir los escalones vio el frasco de perfume roto y el abanico al lado de la rosa de papel— Oh...— se agachó de inmediato— ¿Te lo ha roto?

Parecía asombrada y vio cómo se agachaba para recoger el abanico. Lo abrió con cuidado y vio la mancha de perfume— Podemos arreglarlo. Si...

—No te molestes— se acercó y cogió la ropa de sus brazos— ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto. — respondió preocupada al ver su palidez.

—¿A ti te han hecho regalos?

—Claro.

—¿Y tu prometido se ha ofendido?

Maggie entrecerró los ojos— ¿El jefe se ha molestado por eso? Pero es ridículo. Nos los hacen a todas. Es la manera en la que los admiradores demuestran que nos aprecian. Mi Peter no se sentiría ofendido por eso.

—Una vez me dijiste que Antea recibía regalos.

—Claro que sí. Los recibía a menudo. Una vez recibió un collar de diamantes. Pero después nos enteramos que se lo había regalado el hombre con el que se casó. — su amiga señaló el suelo— ¡Pero eso no son diamantes!

—No. No lo son. — se volvió para empezar a cambiarse y no abrió la boca hasta que terminó. Su amiga la miraba preocupada y ella se volvió forzando una sonrisa— Estoy bien.

—Seguro que se disculpa cuando se dé cuenta que ha hecho mal. Como el día del sombrero, ¿recuerdas?

Ella forzó una sonrisa— Nunca se disculpó por eso. — entonces recordó que ese día le había dicho que no debía aceptar regalos. Que eso era de zorras. Al parecer en ese circo la única zorra era ella.

Minutos después caminaba hacia la carpa con Maggie detrás que no hablaba para no alterarla más. Cuando Mary le vio la cara susurró— Ven niña, deja que te maquille.

Se sentó en la silla y miró al techo. Su amiga le estaba pintando los ojos cuando estos se llenaron de lágrimas sin poder evitarlo— Uff, no sé qué me pasa. ¿Has cambiado el maquillaje?

—No, niña. Es el de siempre.

Parpadeó mirando al techo de nuevo y Mary miró a Maggie preocupada antes de continuar. —

Niña...

—No tengo ganas de hablar. — forzó una sonrisa— No te importa, ¿verdad?

—No, claro que no.— susurró preocupada.

Mecánicamente se puso su sombrerito y salió de allí sin mirarla justo cuando entraba Roger

—Niña, estás preciosa.

Ella no contestó y Roger preocupado entró a por su traje— ¿Qué ocurre?

—El jefe...— Mary le entregó su traje—Vigíla, Roger. No está en condiciones de actuar.

Roger perdió la sonrisa—¿Qué dices?

—Tiene un disgusto enorme— dijo Maggie preocupada. — El jefe ha discutido con ella y ha debido decirle algo horrible para que esté así. Él le ha dicho cosas feas antes y nunca la había visto en ese estado. Está descompuesta. Temo por ella, abuelo.

Roger apretó los labios y salió para ver como June supervisaba los caballos con Unnia, que la miraba de reojo. Con rabia porque June siempre estaba dispuesta a ayudar a todo el mundo, buscó a su jefe entrando de nuevo por la zona de vestuario hacia la pista. Mary al ver hacia donde iba sin vestir intentó detenerlo, pero se quedó atrás cuando entró en la pista. Russell ordenaba a los tramoyistas que se dieran prisa cuando Roger llegó hasta él.

—¿Qué le has dicho a la niña?

Russell se volvió sorprendido por su tono y se tensó—¡No creo que sea asunto tuyo lo que hablo con mi mujer!

—¡Soy el jefe de pista y tengo a una trapecista descompuesta a punto de salir! ¡Es asunto mío!
— le señaló con el dedo furioso— Como le pase algo por tu culpa...

Russell palideció al ver como su amigo le daba la espalda y vio a Mary preocupada

apretándose las manos con fuerza. Apretó los labios y se volvió ignorándolos antes de ordenar que apartaran una soga de ensayo de la pista. Sabía que había hecho mal, pero el orgullo porque le había hecho daño le impedía ir a hablar con ella. ¡Se había visto con ese niño rico a sus espaldas! Eso sólo lo hacía por una razón y era que pensaba dejarle. Apretó los puños muerto de celos, pero la preocupación pudo con él y salió de la pista en dirección a los caballos. June estaba acariciando el cuello de su caballo de espaldas a él. En cuanto lo vieron, Unnia y Albert se alejaron para dejarles solos.

—June...

Ella tensó la espalda y le miró de reojo antes de volver a mirar al caballo. Él se quedó de piedra al ver el temor en sus ojos. —Preciosa, yo...

—Tengo que concentrarme. — susurró con la voz congestionada a punto de llorar.

Temiendo alterarla más sólo le dijo— Hablaremos después con más calma. — tocó su hombro, pero ella se apartó como si la hubiera pegado. Pálido vio cómo se alejaba de él— Preciosa, me he alterado y no he medido mis palabras.

—Ya lo sé. Te altero los nervios. — fue hasta la garrafa de agua y bebió dándole la espalda. Vio cómo su mano temblaba al apartar un rizo de la oreja y el estómago de Russell se estremeció de miedo. Dio un paso hacia ella, pero Unnia negó con la cabeza.

Frustrado y asustado volvió a la pista. Se colocó en su sitio rezando para que no pasara nada. Iban a ser las dos horas más largas de su vida.

Roger se colocó a su lado sin hablar y cuando el público empezó a sentarse, Russell miró inquieto hacia la zona de animales.

—Sí, ahora arrepiéntete — dijo Roger con desprecio. — Espero que no tengas que arrepentirte el resto de tu vida.

—¡Cierra la boca!

—No tenías que haber vuelto con ella. No te la mereces.

Russell apretó los labios y no dijo nada. Su amigo sorprendido le miró—¿No piensas decir nada?

—No. Porque tienes razón. ¡No me la merezco y seguro que ese tipo que está sentado ahí y le hace regalos, estará encantado de hacérselo ver!

Roger miró hacia las gradas hacia el caballero que sonreía encantado mirando a su alrededor— ¡No! ¿Otra vez?

Fulminó con la mirada a su amigo que se sonrojó— ¡Nuestra niña no es como Antea! Ella te quiere.

—En este momento creo que ya no me quiere tanto. — se pasó la mano por su cabello moreno—¡Joder! ¡Le he vuelto a hacer daño!

Roger no lo podía negar porque era evidente para todos—Voy a ver cómo va todo.

El jefe asintió y le vio ir hacia donde estaba June. Impaciente vio como la carpa se iba llenando. Cuando Roger se colocó a su lado no tenía buena cara, hecho que le preocupó aun más— ¿Cómo está?

—Mejor empezamos. Anularemos el número de los payasos para que se retire en cuanto termine.

Russell asintió sin ser capaz de decir una palabra.

Se le hizo eterno la presentación de la plantilla, pero cuando la vio entrar subida a su caballo sonriendo, sí que se puso nervioso porque sus ojos no sonreían en absoluto. Es más, reflejaban un dolor que le provocaron un vuelco al corazón y supo en ese momento que la había perdido. Lord Carrington que aplaudía desde su asiento perdió la sonrisa poco a poco. Hasta él se había dado cuenta, pero en ese momento lo que le preocupaba era June, que no estaba concentrada en absoluto. Giró el caballo en la dirección contraria y Unnia lo disimuló como pudo.

—Dios mío— susurró Roger pasándose la mano por la nuca.

—Detenla.

—¿Cómo? ¡No puedo detener el número cuando acaba de empezar! ¡Quemarán el circo!

¡Vienen a verla a ella!

Russell corrió hacia Albert cuando iba a bajar el trapecio, pero él ordenó que no lo hiciera. Albert vio como June casi caía del caballo al saltar de uno al otro y cuando llegó al final sonrió saludando mientras el público aplaudía encantado.

Ella miró hacia arriba y como vio que el trapecio no bajaba, colocó las manos sobre el caballo para levantar las piernas, pero como estaba sobre los cuartos traseros del caballo, se puso nervioso y cuando ella estaba boca abajo la montura saltó sobre sus patas traseras. Las manos de June resbalaron sobre su pelo, cayendo boca abajo sobre el suelo de la pista. El caballo la coceó mientras el público gritaba al ver que pateaba su cuerpo inconsciente. Unnia corrió a auxiliarla al igual que Russell y varios más. Cuando apartaron el caballo vieron sangre salir de su boca y Russell muerto de miedo la cogió en brazos saliendo de la pista rápidamente.

Le dolía todo el cuerpo y susurró llorando en sueños que no la quería nadie antes de perder el sentido de nuevo. Maggie se echó a llorar al escucharla mientras Russell desesperado le cogía la mano diciéndole que no era cierto. Estaban esperando al médico y Mary se apretó las manos— Tardará un rato hasta que Michael lo encuentre.

Sara la miró preocupada y sentada a su lado le abrió la boca— Tiene una herida en la lengua. Se ha debido morder en la caída.

—Dios— Russell cogió su mano y la besó—Vamos June, abre los ojos.

Sara empezó a desvestirla con cuidado y vieron las zonas sonrojadas de los golpes de los

cascos del caballo. Sobre todo los tenía en la barriga. —Espero que no le haya roto algo por dentro — susurró Sara.

—¡Se pondrá bien! — la cogió abrazándola a él y susurró en su oído— Preciosa, abre los ojos...

Sara se tapó la boca reprimiendo las lágrimas cuando escucharon que llamaban a la puerta. La taparon con el edredón mientras Maggie iba a abrir.

—Él es mi médico— escuchó Russell antes de mirar sobre su hombro y ver a Lord Carrington impaciente— Puede ayudarla.

—Maggie, déjale pasar. — vería al mismísimo diablo si era capaz de salvar a su mujer.

El médico subió los escalones y miró a su alrededor —Salgan, por favor. Aquí hay mucha gente. — caminó hacia la cama con el maletín en la mano y como Russell no se movía dijo—¿Es su esposo?

—Su prometido.

—Entonces espere fuera. —su cara no admitía discusión y Russell apretó los labios.

—¿Me puedo quedar? — preguntó Sara.

El médico la miró de reojo y asintió— Los demás fuera.

Russell salió lentamente de la carreta y al llegar fuera se pasó las manos por el cabello varias veces rezando porque se pusiera bien.

—¿Cómo está? — escuchó preguntar al ricachón.

Levantó la vista y furioso le cogió por el cuello empujándolo hasta la carreta de al lado. — ¡Todo esto es culpa tuya!

Varios que estaban esperando, se tiraron sobre él y Lord Carrington se estiró el chaleco— No es culpa mía. ¡Es culpa suya por no admitir la verdad! ¡Ella hubiera estado segura a mi lado! —los del

circo miraron al lord con odio— ¡La habéis utilizado para sacar vuestro circo adelante! ¿Creéis que no he investigado? La princesa del circo. ¡Ja! —señaló a Russell— La ha utilizado para sacar su ruinoso circo adelante y huir de las deudas.

—¡No sabe de qué habla! — gritó uno de los payasos— ¡Ella quiso ayudarnos!

—Una joven a quien nadie ha querido nunca, es acogida en un circo— dijo con desprecio. — Seguro que se mató a trabajar para complacer a todos. ¿Qué le habéis dado vosotros a cambio?

Se miraron los unos a los otros y Maggie dijo —La queremos. Y ella lo sabe. Somos su familia.

—Pues para ser su familia la han cuidado muy mal. ¡Cuando salió a la pista hasta yo me he dado cuenta que no estaba en condiciones! — Lord Carrington se volvió para alejarse dando por terminada la discusión mientras Russell se soltaba de sus hombres.

Mary miró al lord con rencor —No sabe de lo que habla. No le hagas caso, jefe.

—Ambos sabemos que tiene mucha razón. La hemos forzado demasiado.

Todos vieron como Russell se sentaba en las escaleras de la carreta de enfrente y se agachaba apoyando los codos sobre las rodillas. Parecía derrotado. Como si acabara de perder lo más preciado de su vida.

Se mantuvieron en un silencio que sólo rompía los aplausos en la carpa porque el espectáculo tenía que continuar. Los minutos se hicieron eternos y Maggie se echó a llorar de nuevo al escuchar un quejido de June en el interior de la carreta.

Cuando la puerta se abrió al fin. El médico salió preocupado bajando los escalones. Russell se levantó a toda prisa —¿Qué tiene?

—Tiene golpes por todo el cuerpo, pero lo que más me preocupa es que debe tener al menos tres costillas rotas. Una de sus muñecas está fracturada y recupera la consciencia intermitentemente.

—¿Se pondrá bien? — preguntó Lord Carrington.

—Aún es pronto para saberlo, pero les aconsejo que guarde reposo. Le he dado a la señora algo para el dolor y la he vendado, pero lo idóneo sería que fuera trasladada a mi casa para tenerla bajo control. Tengo una habitación privada donde estaría mucho más cómoda que aquí.

—¿A su casa? ¿Durante cuánto tiempo? — preguntó Russell preocupado.

—Eso no se lo puedo decir. —miró a Lord Carrington— Creo que sería lo mejor.

—Prepare el traslado.

—¡Oiga! — protestó Mary ofendida— ¡Podemos cuidarla! ¡No puede llegar aquí y separarnos de nuestra niña!

El médico la miró como si fuera estúpida— ¿Prefiere arriesgar su vida? ¡Allí podré operarla si es necesario!

Russell asintió —Los gastos médicos ...

—No se preocupe por eso — dijo Lord Carrington con desprecio. —Sé que necesita el dinero. Yo me ocuparé de todo.

Mary jadeó indignada— ¡Los pagaremos nosotros!

—Suerte tendrán si no pierden el circo. — dijo él antes de volverse hacia su carruaje.

Russell apretó los puños impotente, viéndole subir a su fino carruaje con el médico detrás.

—Esto no me gusta. —dijo Maggie viendo cómo se alejaban.

—A mí tampoco, pero si es lo mejor para ella, como si tengo que vender el alma al diablo.

Mary apretó los labios viendo subir a su jefe a la carreta. Russell se acercó a June sentándose a su lado con cuidado de no molestarla.

Sara miró a su jefe con pena— No dejes que se vaya.

—Si es lo mejor para ella, lo haré. — acarició su mejilla y susurró desesperado— Sólo quiero que se ponga bien.

Los ojos de su cuñada se llenaron de lágrimas al ver que sufría. Sentía los conflictos en su interior y sabía lo que iba a hacer. Y también sabía que no era lo correcto.

Capítulo 10

June abrió los ojos y una mujer que no conocía de unos sesenta años le sonrió levantándose y dejando un bordado sobre un bonito costurero— Está despierta. ¿Cómo se encuentra?

Asustada miró a su alrededor y vio que estaba en una casa. Y una casa muy fina. Los muebles de madera noble y las sábanas blancas con puntillas le dijeron que no estaba en el circo— ¿Dónde estoy?

—En casa del doctor Morrison.

La miró asustada —¿En casa de quién? — Intentó levantarse, pero se dio cuenta que estaba vendada de nuevo y que no podía mover la muñeca— ¿Qué me ocurre?

—Tranquilícese— dijo acercándole un vaso de agua. June bebió sedienta mientras ella le decía— Mi esposo ha estado muy preocupado por usted, querida. Ha pasado semiinconsciente seis días.

—¿Seis días? — preguntó con los ojos como platos apartando el vaso— ¿Dónde está Russell?

—¿Quién?

—¡Mi familia! — gritó asustada— ¿Dónde está mi familia?

La mujer se puso nerviosa y se alejó de la cama— Voy a llamar a mi esposo.

Cuando la señora salió espantada, June se apoyó en su mano sana sentándose con esfuerzo. Estaba saliendo de la cama cuando un hombre muy bien vestido entró a toda prisa—No, no. Vuelva a la cama.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estoy aquí? — sus ojos se llenaron de lágrimas— ¿Y mi familia?

—¿Su familia?

—¿Dónde está Russell?

—¿Su prometido? Se ha ido de Londres. Todos se han ido. — June sintió que el mundo se le caía encima— Al parecer tenían que ir a la siguiente ciudad y ...

—¿Se han ido sin mí?

—Lord Carrington se encarga de su bienestar y está muy bien cuidada.

Incrédula miró a su alrededor sintiéndose terriblemente sola. Las lágrimas corrían por sus mejillas sintiéndose abandonada. No se esperaba algo así. La habían dejado sola. La sensación de que no les importaba nada se instaló en su pecho, pero que Russell la hubiera abandonado fue tan horrible que no podía asumirlo.

—No debe preocuparse por ellos.

—Se han ido sin mí— susurró mientras el médico la tumbaba de nuevo.

—Lord Carrington la cuidará bien. Ya ha dispuesto que se quede en casa de una tía suya cuando se encuentre algo mejor. Al parecer tiene la admiración de la mismísima Reina.

June no escuchaba al médico inmersa en su dolor. Sólo podía pensar que la habían abandonado.

Tres días después era la hora de la siesta y estaba sola en su habitación. Se levantó de la cama y sintiéndose enjaulada miró por la ventana. Un hombre barría el patio trasero de la casa. Había

esperado tres días a que alguien se pusiera en contacto con ella. Ni Maggie, ni Lili, ni Michael, pero lo que la destrozaba era que Russell no había dado señales de vida. La habían abandonado cuando estaba malherida. Se limpió la mejilla furiosa. Quizás pensaban que ya no les serviría y para qué llevársela. Si no fuera por Lord Carrington sabe Dios lo que hubiera ocurrido con ella.

Esa misma tarde su Lord fue a visitarla. Sentada en la cama miraba al vacío mientras él sonreía sentándose en una silla— Veo que se encuentra mucho mejor.

—Sí, gracias milord. —susurró destrozada por dentro.

—Llámeme Carlton. — sonrió buscando en ella una sonrisa, pero June ni le miraba—El doctor me ha comentado que está algo triste y veo que tiene razón.

Retuvo las lágrimas que luchaban por salir y volvió la cabeza para que no viera su sufrimiento— Eh, eh— Lord Carrington se levantó sentándose en la cama a su lado y como si fuera una niña pasó su pañuelo por las mejillas de June— No debe llorar alguien tan bonita.

—¿Por qué es tan bueno conmigo?

—¿Todavía no lo ha entendido, June? Estoy enamorado de usted y sería un honor que se convirtiera en mi esposa.

Le miró a los ojos—No soy digna de usted— susurró avergonzada.

—Aunque no me ame, intentaría todo lo que estuviera en mi mano para hacerla feliz. Prometo no defraudarla y anteponer su felicidad a la mía si hace falta.

Ahí lo tenía. Un partido que cualquier dama elegiría para compartir su vida se había enamorado de ella, que era una analfabeta que no tenía ningún tipo de educación social. La odiarían por entrar en su mundo y a él también por abrir las puertas a la plebe a su estatus. Le miró con pena.

— No diga que no ahora, por favor. Deme unos días para convencerla. Deme una oportunidad.

—No puedo hacerlo. No le amo y no lo haré nunca. — Carlton palideció— No quiero

mentirle y aprovecharme de su generosidad porque no sería justo para usted. Lo siento mucho, pero no puedo continuar con esto.

—Dije que la cuidaría. Que no le faltaría de nada. —a June se le cortó el aliento viendo cómo se levantaba y paseaba por la habitación.

—¿Quién se lo pidió?

—¡No la merece! ¡Casi la mata! — dijo furioso—¡Se ha aprovechado de usted exhibiéndola como si fuera un animal! — June palideció dándose cuenta que ese hombre no estaba bien de la cabeza— ¡No lo permitiré! Se quedará aquí y después se mudará a casa de mi tía. Se terminará dando cuenta que conmigo está mucho mejor.

Asustada vio como salía de allí cerrando la puerta tras él. El sonido de la cerradura le puso los pelos de punta. —Dios mío Russell, ¿qué has hecho?

—¡Tenemos que volver! — gritó Roger furioso viendo como su jefe se volvía a emborrachar otra noche más encerrado en su carreta.

—Allí está mucho mejor. — cogió la botella de vino y volvió a llenar el vaso antes de darle otro trago.

—¡No quiero ni imaginar qué estará pensando! ¡La hemos abandonado!

—¡Está mejor sin nosotros! — tiró el vaso contra la pared y Roger vio cómo se levantaba y se tambaleaba hacia la cama.

—¿Cómo va a estar mejor sin nosotros? Está sola rodeada de desconocidos.

—Nosotros también éramos desconocidos cuando llegó y se las arregló muy bien. — se dejó caer en la cama— Se convirtió en la princesa del circo— susurró contra la almohada. — Hasta la

Reina la adoraba. Mi preciosa June es capaz de encantar serpientes.

Roger apretó los puños y furioso salió de la carreta dando un portazo. Mary se acercó a él a toda prisa—¿Qué te ha dicho?

—Está borracho. — dijo con desprecio.

—¿Otra vez? Pobrecito. No puede soportar lo que ha hecho.

—Piensa que está mejor sin nosotros. —miró a los ojos a Mary— ¿Tú crees lo mismo?

—No lo sé. Con él sufría porque el jefe no puede olvidar lo que ocurrió con Antea y creo que se la ha entregado para ahorrar tiempo. Sabe que ha tenido el accidente por su culpa, por alterarla antes de la actuación y no puede superar haberle hecho daño de nuevo. —se abrigó con el chal de lana — Pero ahora la echa de menos. Se tortura porque no sabe si está bien.

—¿Cómo sabes eso?

—Le ha preguntado a Sara si está bien varias veces. Le ha pedido que le eche las cartas.

—¿Y Sara qué ha dicho?

—Que se está recuperando poco a poco.

—¿Sólo le ha dicho eso?

Mary susurró— No se lo ha querido decir a él porque dado su estado teme porque haga una tontería, pero... — se acercó y le dijo al oído— Sara ha visto que el futuro de la niña es negro.

Roger palideció—¿Qué quiere decir?

—No lo sabe con seguridad, pero...

Su amante salió corriendo hacia la carreta de Sara— Querido, ¿a dónde vas?

Roger abrió la puerta de Sara que estaba sentada en una silla echando las cartas. Estaba pálida y gritó— ¡Tenemos que volver! ¡Tenemos que volver a por June!

Lili que estaba sentada al lado del fuego corrió hacia la carreta— ¿Qué ocurre?

—Avisa a todos. ¡Nos vamos a Londres! — ordenó Roger antes de ir hacia la carreta del jefe.

—No se lo digas— dijo Mary.

—¡Debe saberlo!

Abrió la puerta de la carreta y se acercó a la cama con grandes zancadas— ¡Russell!

¡Despierta!

Mary le pasó la jarra de agua y se la tiró sobre la cara sobresaltándolo—¿Qué mierda...? — miró a Roger— ¿Qué pasa? ¿Se quema la carpa?

—¡Sara ha dicho que debemos volver a Londres! — Russell se sentó sobre la cama de golpe — ¡No sé qué ocurre, pero no es bueno!

Russell se despejó de golpe y salió corriendo de la carreta. Sara estaba hablando con su hijo y al verle llegar le miró angustiada— ¡Tenemos que volver!

La cogió por los hombros— ¿Qué ocurre?

—He visto la locura y el miedo — dijo atropelladamente. — ¡He visto una llave en una cerradura y tras esa puerta soledad y dolor! ¡Va a hacerle algo malo, Russell! ¡Lo sé! ¡Va a hacerle daño!

Russell pálido dio un paso atrás antes de correr hacia su caballo— ¿Qué vas a hacer? — preguntó Michael al verle poner la silla a la montura.

—Ir a buscarla.

—¡No sabes dónde está!

—Pero sé cómo se llama él. Termina con esto. — corrió hacia la carreta y se puso las botas. Fue hasta el cajón del escritorio y cogió la pistola. Después de pagar la deuda sólo les quedaban unas monedas que cogió para el viaje. Al mover la caja de caudales vio la moneda de oro que se había

negado a vender. La moneda de oro de June. La cogió colgándosela al cuello y también cogió la pistola. Salió poniéndose el gabán negro y Roger le dijo— ¿Te seguimos?

Michael estaba metiendo comida en una de las alforjas y él negó con la cabeza— No sé cuántos días me llevará encontrarla. Continuar con la gira. Dejar aviso en las tabernas de dónde os vais. Os encontraré. — se subió al caballo y sujetó las riendas.

Roger asintió—Trae la niña de vuelta. —vio como se alejaba—¡Tráela a casa!

June intentaba forzar la ventana de la habitación donde la tía de Carlton la había encerrado. Era una habitación en el último piso, la zona de la servidumbre. La mujer le había dicho claramente que no le gustaba tener a la zorra de su sobrino en aquella casa. Que sólo lo hacía por temor a que cuando él heredara, que sería pronto dado el delicado estado de salud de su padre, la dejara sin un penique. Maldita bruja.

Con el cuchillo intentó abrir el candado que cerraba la ventana. Carlton había pensado en todo después de su segundo intento de fuga. Gimió porque ya llevaba allí dos semanas. Cuando encontrara a Russell le iba a dar un puñetazo en su bonita nariz por dejarla con aquellos chiflados. Bufó frustrada con ganas de romper el cristal. Pero entonces la pillarían de nuevo como en casa del médico.

Malditos aristócratas. Pensaban que podían hacer lo que les diera la gana. Furiosa tiró el cuchillo al suelo y se sentó en la cama. Haciendo una mueca cuando se hizo daño en las costillas, que aún estaban algo doloridas, se acarició la zona tocando la seda verde agua de su vestido. Al menos nunca había estado más bonita. Carlton le regalaba todo tipo de cosas y ella sonreía dándole las gracias porque la última vez que le había gritado que no quería nada suyo, le había pegado un bofetón que la había tirado al suelo.

Habían sido unas semanas de lo más instructivas. Carlton tenía mucho dinero y dominaba a su familia con el dedo meñique porque le temían. Cuando la metiera en vereda, pensaba presentarla en sociedad para presumir ante todos de su conquista. Le había dicho que por desagradecida no se casaría con ella, pero que la cuidaría porque así lo había prometido a Russell y había dado su palabra de caballero. Caballero. ¡Ja! Era un niño mimado que no sabía aceptar cuando alguien le decía que no y había visto en él una mirada maligna que ponía los pelos de punta.

De momento a ella no la había maltratado más allá de ese bofetón, pero si continuaba con su rebeldía, sabía que no tardaría mucho en perder la paciencia. En ese momento escuchó el sonido de unas botas acercándose a la puerta y rápidamente cogió el cuchillo sentándose en la cama de nuevo y colocándolo bajo los pliegues de la falda. Se abrió la puerta sobresaltándola y Carlton entró sonriendo con un paquetito en la mano.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Me duele el costado.

—Pobrecita. El doctor dice que en una semana a lo sumo estarás bien por completo. — ella sonrió sabiendo que era un ultimátum— Te he traído un regalo.

—¿De verdad? — preguntó aparentando entusiasmo y puso las manos sobre el regazo lentamente— Eres tan generoso conmigo.

Él frunció el entrecejo al notar la ironía de su voz, pero como sonreía como un ángel se le olvidó entregárselo.

—No deberías hacerlo— dijo cogiendo el paquetito y abriéndolo a toda prisa como si estuviera ansiosa. Eran unos pendientes de oro de los que colgaban unas piedras azules y ella abrió los ojos como platos— ¡Carlton!

Él sonrió— ¿Te gustan?

—Son preciosos, pero...

—Del color de tus ojos. — cogió uno de los pendientes y se lo puso en la oreja— Precioso.

Como su dueña.

—Eres muy amable conmigo— dijo como si estuviera avergonzada. Le sonrió radiante—

¿Podemos salir a dar un paseo por el jardín?

Él se tensó— No creo que sea buena idea. Va a llover y no estás bien de salud. —se alejó yendo hacia la puerta—Además tengo que irme al club. Me están esperando.

—Por supuesto. Eres un hombre importante.

—Tú procura recuperarte lo antes posible. — dijo cerrando la puerta tras él y dando la llave.

—Imbécil. —siseó quitándose el pendiente y tirándolo sobre la colcha de la cama.

Furiosa fue hasta la ventana para ver la calle por si le veía salir. Al mirar la acera de enfrente se le cortó el aliento al ver un hombre con un gabán negro. Llevaba un sombrero del mismo color de ala ancha, pero lo que le llamó la atención era que miraba hacia la casa, aunque intentaba disimularlo. Entonces caminó calle abajo y su manera de caminar hizo que casi gritara llamándole. Se llevó una mano a la garganta sin poder creerse que Russell estuviera allí.

—No te vayas— susurró impotente siguiéndole con la mirada. Se echó a llorar cuando le vio desaparecer—No te vayas. No me dejes aquí.

Sin moverse de la ventana esperó varios minutos y entonces vio como el carruaje de Carlton salía por el camino de la casa hasta llegar a la calzada. Se alejó calle abajo y June se quedó allí de pie esperando impaciente. Miraba calle arriba y abajo desesperada. Varias horas después ya creía que había sido producto de su imaginación. Que Russell nunca había estado allí y que en su desesperación se lo había imaginado todo.

Cuando abrieron la puerta, la doncella dijo aun desde el otro lado —La cena, señorita. Apártese de la puerta.

Puso los ojos en blanco porque desde que había dejado inconsciente a una doncella no querían

acercarse a ella.

—Ya está— dijo desde la ventana.

La chica abrió con desconfianza y entró en la habitación dejando la bandeja sobre la mesa al lado de la puerta antes de coger la otra bandeja y salir de allí a toda prisa diciendo— ¡Debería avivar el fuego!

Sin dejar de mirar la calle tocó los cristales— ¿Dónde estás?

La puerta se volvió a abrir y dijo exasperada— ¡No tengo frío!

El sonido del tacón de una bota hizo que se le cortara el aliento y volvió la cabeza lentamente para ver los ojos negros que más amaba en el mundo. Russell susurró— Hola, preciosa.

Atónita por verlo ante ella no se movió y él pareció algo incómodo— ¿Te vienes o te llevo?

Eso la espabiló de golpe y se acercó a toda prisa pegándole un puñetazo en la nariz. —¡Joder! — gruñó tapándose la cara— Cielo, como pegas.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se tiró sobre él para abrazarle con fuerza por la cintura— Has venido.

—Perdóname, preciosa. Soy un estúpido.

—Sí. Pero vámonos de aquí antes de que nos cojan. — le cogió de la mano e iba a ir hacia la derecha, pero él tiró de ella hacia la izquierda pasando por encima de la doncella que estaba inconsciente en el suelo.

Russell la metió en la habitación del fondo y le mostró la ventana abierta— ¿Estás chiflado? ¡Son tres pisos!

—Si yo he podido hacerlo, tú también. — Se quitó el gabán y le cubrió el vestido para que no se viera en la oscuridad— Tiene unas cornisas enormes. No sé cómo no les roban más.

—Pero, ¿y para bajar de una cornisa a otra?

Él levantó una ceja—Pan comido para ti. —se agachó y empezó a desabrocharle los botines—
¿Te duele el costado?

—Un poco. —se sujetó en su hombro para que le quitara el botín. Cuando se incorporó la miró a través de la penumbra de la habitación—Dios mío, nunca has estado más hermosa.

June le metió un bofetón y él hizo una mueca—Discutiremos esto después.

—¡No tenemos nada que discutir! Te odio.

—Luego podrás gritarme todo lo que quieras.

—Por supuesto que lo haré. Pienso dejarte las orejas rojas con los gritos que te voy a pegar.

Russell sonrió colgándose los botines al cuello y sacó una pierna al exterior—¿Lista, preciosa? Hora de irse.

—¡Mueve el trasero de una vez!

Divertido salió al exterior pegando el pecho a la pared. Cuando se alejó lo suficiente ella salió al exterior y él la miró—¿Lista?

Asintió viendo como él se dejaba caer y se cogía a la cornisa con las manos antes de soltarse a la cornisa inferior. —Madre mía— siseó saltando hacia atrás. Lo difícil no fue sujetarse, lo difícil era ver la cornisa inferior por culpa de las faldas. —Vaya.

—Nena, suéltate.

—No veo.

—Yo te cojo.

—¿Crees que me voy a fiar de ti después de lo que has hecho?

—He venido a por ti, ¿no?

—¡No tenías que haber venido a por mí! ¡Tenías que haber impedido que ese chiflado se me

llevara!

—¡Tírate de una vez!

Se dejó caer y al inclinarse hacia atrás peligrosamente él la empujó contra la pared. Ella gruñó cuando su mejilla chocó contra la pared raspándole la mejilla.

—¿Estás bien?

—Te mataría.

—Lo sé. ¿Continuamos? Esto es lo más fácil.

Antes de que la tirara de la cornisa, se dejó caer. Gimió cuando le dolió el costado al agarrarse de nuevo con las manos y tuvo que soltarse de inmediato cayendo al césped.

—¡June! — preocupado se arrodilló a su lado— Preciosa, dime que estás bien.

Le miró a los ojos —Llévame a casa.

Russell la cogió en brazos y caminó con ella calle abajo. —Cúbrete, preciosa. Hace frío.

Se cubrió con el gabán y vio su caballo al final de la calle— ¿Dónde están los demás?

—Eso es lo que tenemos que averiguar.

La subió al caballo y montó tras ella cogiendo las riendas para salir de allí a galope.

—¿Cómo no sabes dónde están?

—¡Llevo semanas buscándote! Les dije que continuaran la gira.

—¡Lo dices como si hubiera sido una pérdida de tiempo buscarme!

—¡Si considerara que era una pérdida de tiempo, lo hubiera dejado la primera semana!

Molesta le dio un codazo en el costado y él gruñó— Ahora no, preciosa. Déjame salir de la ciudad antes de matarme.

—¡Estoy deseando hacerlo!

—Me lo imagino.

Él miraba hacia atrás de vez en cuando—¿Crees que nos seguirá?

—Por supuesto. A ese imbécil le encanta salirse con la suya.

Russell se tensó tras ella— ¡No te habrá forzado!

—¿Ahora te preocupa eso cuando antes de importaba bien poco?

—¡Contesta a la maldita pregunta!

Volvió la cara y le gritó— ¡No debería decirte nada, estúpido descerebrado! ¡Me abandonaste!

— no pudo evitar que su voz reflejara lo dolida que estaba y se volvió a mirar al frente. No pensaba contestar ninguna de sus preguntas. No quería hablarle. ¡Ni mirarle! Pensaba ignorarle todo el camino de vuelta.

Russell apretó la mano que tenía sobre su vientre y la pegó a él— ¡No me aprietes! — él aflojo su agarre, pero no dejó de tocarla.

—Preciosa...

—¡No me hables!

Suspiró tras ella y June se mordió el labio inferior. No sabía ni lo que sentía en ese momento. Le había echado tanto de menos... ¡Pero después tenía que abrir la boca y estropearlo todo! Sólo recordar lo mal que lo había pasado pensando que no le iba a ver más, le ponía un nudo en la garganta que le daban unas ganas de matarle a garrotazos... Pero sentir su abrazo, su fuerza, su olor. Dios, cómo lo había echado de menos.

Salieron de la ciudad y al no llevar los zapatos los pies se le estaban empezando a quedar fríos. —Los botines.

—Pararemos en una posada a pasar la noche.

Ella pensó rápidamente porque si dormían juntos no tardaría en perder la ropa y lo haría con mucho gusto. —¡No podemos detenernos! ¿Y si Carlton nos sigue?

—¿Le tuteas?

—¡Púdrete!

—Muy bonito. ¡Encima que vengo a buscarte!

—¡No empecemos, que te arranco los ojos!

—Cariño, se te ha puesto un carácter...

—¡Pues ya era hora! ¡Ya estoy harta de que me pisen!

Él detuvo el caballo en la cuneta y desmontó a toda prisa. —¡Lo siento! ¡Creía que hacía lo mejor para ti!

—¡Querrás decir lo mejor para ti! ¡Ya habías conseguido el dinero y ya no me necesitabas!

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que si te hubieras quedado tendría más dinero todavía?

—¿Entonces por qué no te has casado conmigo? ¡No te importo! ¡Nunca te he importado!

La noche era oscura, pero pudo ver como la fulminaba con la mirada y siseó— Eso es algo que pienso subsanar de camino.

—¡Ja! ¡Antes me caso con un cerdo! —levantó la barbilla— Puedo tener a quien quiera.

—Pues tendrás que conformarte conmigo. — le cogió un pie y ella chilló porque casi la tira del caballo cuando se lo levantó para ponerle el botín.

—¡Serás bruto!

—A ti no te van delicados, preciosa. Si no te habrías quedado con el niño rico.

—¡No tiene nada de delicado!

Él la miró con desconfianza mientras le calzaba el botín y se lo ató como si fuera una niña

antes de rodear el caballo para coger el otro pie— ¿Te ha tocado?

Hablaba con voz aparentemente calmada, pero sabía que se estaba alterando—¿Y que más te da?

Acarició su tobillo mientras le ponía el zapato— Me importa mucho.

—¡Me hacía el amor todas las noches! ¿Contento?

La mano se crispó en su tobillo y cerró la boca. Se volvió a subir al caballo y se mantuvo en silencio poniéndola nerviosa. Pero no pensaba contarle la verdad. Lo suyo se había acabado. ¡La había abandonado con los huesos rotos en una casa desconocida y rodeada de un montón de chiflados! ¡Eso no era amor! Como no era amor todo lo que le había dicho de su madre. Recordando sus palabras susurró— ¿Por qué dijiste eso de mi madre?

Sintió como se le cortaba el aliento tras ella y tardó unos minutos en contestar— June, lo siento. No sé lo que me pasó cuando te escuché hablar con las chicas y...pensaba que me ocultabas la verdad.

—Tú verdad, quieres decir. — chasqueó la lengua —Estás tan loco como Carlton.

—Supongo que sí.

—No me has contado por qué dijiste lo de mi madre. — él se mantenía en silencio— ¡Habla de una vez! ¿Por qué la llamaste zorra?

—Joder...— siseó él por lo bajo— Olvida lo que dije, ¿de acuerdo? Estaba enfadado y no lo pensé.

Esas palabras la dejaron en shock porque se dio cuenta que no había mentido y que le estaba ocultando algo— Cuéntamelo, Russell. Tengo derecho a saberlo.

—Eso ya es pasado. No es importante.

—¡Para mí sí! — se volvió para mirarle— Cuéntamelo.

Él detuvo el caballo y le susurró mirando sus ojos —Tu madre era la amante del Conde. Todo el pueblo lo sabía.

—No. — negó con la cabeza— La violó.

—Esa fue una lección que le dio después de que le robara.

—¿De qué estás hablando?

—Mantuvieron una relación y tu madre se quedó embarazada. Tu padre se casó con ella porque la amaba, pero cuando habló con el Conde para que la ayudara económicamente, él se rió de ella. Para vengarse, aprovechó que la dejaban entrar en la casa para robar un retablo de oro que había en la biblioteca. Una reliquia familiar de incalculable valor. Cuando el Conde se enteró, intentó averiguar a golpes dónde lo había escondido suponiendo que había sido ella, pero como no lo consiguió, la violó en los establos ante sus lacayos— una lágrima cayó por su mejilla mientras le escuchaba— Y no fue el único que la mancilló, preciosa. Tu madre falleció cuando te dio a luz.

—¿Por qué me odiaban en el pueblo?

—Porque el Conde después de dejarla medio muerta, supuso que no había sido ella y registró el pueblo con el alguacil. Para aleccionar a los aldeanos, golpeó a unos cuantos e hizo otras perrerías como quemar un par de casas. Pero todo el mundo sabía que había sido tu madre.

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Lo difícil de creer es que tú no lo supieras porque cuando te busqué en la aldea el día que intentabas irte a Londres, me contaron esa historia al menos tres personas. La única razón que se me ocurre, es que sabiendo que tú no tenías el retablo intentarían encontrarlo ellos. Porque tu madre no lo pudo esconder muy lejos de la aldea.

Abrió los ojos como platos— Querían echarme.

—Para buscar en tus tierras el tesoro de tu madre.

—¡Y el párroco lo sabía! Por eso me dijo en el funeral de mi padre que me fuera contándome la mitad de la historia.

—¿Por qué haría algo así?

—¡Porque sabía que si yo me enteraba de todo, buscaría el retablo y lo quiere para él!

Russell asintió —Puede ser. ¿Y sabes dónde está?

Le miró con desconfianza— ¿Por qué? — abrió los ojos como platos— Por eso me lo has contado, ¿verdad? ¡Para que vaya a buscarlo!

—¡Si quisiera que fueras a buscarlo, te lo habría contado mucho antes!

En eso tenía razón, pero no podía dejar de desconfiar en él— Preciosa, sé que te he hecho daño, pero...

—¡Púdrete! — furiosa miró al frente.

—No quería ...

—¡Mentiroso! ¡Lo dijiste para hacerme daño! Es lo que tienen las mujeres de mi familia, que nos enamoramos de hombres horribles, pero yo sigo viva y puedo seguir adelante. —Russell se tensó tras ella— ¡Me merezco a alguien mil veces mejor que tú! — dijo rabiosa.

—Seguramente, pero te vas a quedar conmigo.

—¡Ja!

—Preciosa vuelve a decir Ja y ...

—¿Y qué? — le dio un codazo que le hizo gruñir— ¡A mí no me amenes! ¿Y qué si me habían regalado un perfume o un abanico? ¡Todas reciben regalos! ¡Seguro que cuando Antea recibió el collar de diamantes estabas orgulloso como un pavo real por estar con una estrella, pero conmigo no! ¡A mí tienes que decirme esas cosas horribles! — sus ojos se llenaron de lágrimas— ¡Lo di todo por vosotros! ¡Arriesgaba mi vida todos los días por vuestro circo!

—También es tu circo— susurró él al ver como sufría.

—¡Ja! En cuanto pudisteis me echasteis a patadas. ¿Pues sabes qué? No os necesito. ¡Detén el caballo!

Como no lo hacía, tiró de las riendas —¡June! ¡Estate quieta!

Le dio otro codazo en las costillas y pasó la pierna al otro lado por debajo de las riendas dejándose caer al suelo. Echó a correr en dirección a Londres y Russell volvió el caballo— Te vas a hacer daño.

Entonces ella se detuvo en seco porque no tenía a dónde ir y gritó todo lo que no había gritado de impotencia en esas semanas. Russell la abrazó por la espalda cuando se echó a llorar, pegándola a él cuando sus rodillas se doblaron sin fuerzas— Lo siento. Lo siento. — le susurraba al oído mientras ella sollozaba entre sus brazos.

La cogió en brazos y la subió al caballo susurrándole que la compensaría. Que haría que lo olvidara y que la haría feliz. Pero no le dijo ni una sola vez que la amaba.

Se quedó dormida entre sus brazos y sólo la luz del amanecer la despertó. Intentó esconder la cabeza, pero al final el movimiento y los sonidos de los pájaros hicieron que abriera los ojos.

Russell sonrió y ella gruñó cerrando los ojos de nuevo— ¿Tienes hambre? ¿Sigues enfurruñada? Preciosa, eso no te va. Siempre eres todo sonrisas y no me gusta verte así.

Poniendo los ojos en blanco se enderezó sin mirarle. —Nos detendremos en una posada que hay aquí cerca. Así podrás desayunar algo caliente. ¿Qué te parece?

No contestó. Le daba igual comer algo caliente o no. Debía empezar a pensar que haría. Cuando estaba encerrada sólo pensaba en escapar para volver al circo, pero ahora que estaba libre se daba cuenta que era una tontería porque ellos no la querían allí. Podía volver a casa. En casa al menos podía volver a cultivar y no pasaría hambre. Entrecerró los ojos. Pero ahora todo era distinto. Era una estrella del circo. Podía pedir trabajo en el circo Tidwell.

—Preciosa, ¿qué piensas? Tienes una sonrisa que no me gusta nada.

¿Sería difícil encontrarlos? ¿Dónde estarían? Puede que no estuvieran en el país. —Has pagado la deuda, ¿verdad?

—Sí, no tienes que preocuparte por eso.

—No me preocupaba. — dijo con rencor. Russell la miró con desconfianza al ver que se volvía a callar y sonreía de nuevo.

June estaba pensando que si había pagado en Londres seguro que sus abogados sabían dónde estaba Tidwell. Ahora tenía que averiguar cómo se llamaban esos abogados. Y también necesitaba dinero para llegar hasta ellos.

—No me has pagado en todo este tiempo. Me debes dinero. Sé que a los demás les pagabas, pero a mí no.

Russell apretó los labios— El día de paga nunca te presentabas.

—Entonces me debes un montón de dinero y eso que no me has subido el sueldo por ser la estrella.

—June ahora no puedo pagarte. Acabo de ...

—Me da igual, quiero mi dinero. — entrecerró los ojos—Y mi moneda de oro. Es mía. Te la presté para lo de la carpa, pero ahora quiero su valor.

Russell apretó los labios— Te lo daré en cuanto pueda.

—Bien. —vio que llegaban a una posada y en cuanto detuvo el caballo saltó del caballo caminando hacia la puerta sin esperarle. Entró en el local y se acercó a la mujer que estaba limpiando las mesas— Buenos días. ¿Tienen letrina?

—En la parte de atrás, señorita. — miró hacia la puerta— ¿Viene sola?

—Como si lo estuviera. —dijo dejándola con la boca abierta.

Cuando salió Russell estaba sentado en una mesa con cara de enfado. —Enseguida llega el desayuno.

Encogiéndose de hombros se sentó sin mirarle y empezó a tamborilear los dedos sobre la mesa— June, ¿para qué quieres el dinero?

Ella le fulminó con la mirada— ¡No es asunto tuyo! ¡Es mi dinero y quiero que me lo des!

La mujer que se acercaba con dos cuencos carraspeó antes de colocarlos sobre la mesa con dos cucharas —Señorita, no debería hablar así a su marido.

—No es mi marido. Es como uno de esos granos que salen en el trasero. Doloroso y muy molesto. — la mujer la miró escandalizada y Russell rechinó los dientes.

Se metió en la boca las gachas e hizo una mueca porque estaban muy dulces mirándoles después como si fuera un ángel. La posadera se alejó y Russell dijo en voz baja— ¡Al menos podrías tener un poco de educación!

—Mira quien fue a hablar. El que no sabe ni qué es eso.

—June...

—¿Qué? — le retó con la mirada y se metió otra cucharada en la boca. Masticó viendo la impotencia en su mirada y sonrió con desprecio.

Terminaron de desayunar en silencio mientras se fulminaban con la mirada. En cuanto ella masticó la última cucharada, se levantó saliendo de allí sin decir una sola palabra.

Russell apretó los puños levantándose y fue hasta la posadera pagando el desayuno. La mujer le miró de reojo cogiendo las monedas y susurró— Está muy enfadada.

—No lo sabe bien.

—Dele cariño. No nos podemos resistir al cariño de nuestro hombre. Funciona mejor que una tunda, se lo garantizo.

—Sí, ya va siendo hora de que le dé cariño.

Capítulo 11

Salió de la posada y se encontró a June acariciando a su caballo entre los ojos. Era la primera vez que envidiaba a su caballo.

Al ver que se acercaba, montó rápidamente y él suspiró haciendo lo mismo tras ella. En silencio iniciaron el camino —¿Dónde estarán?

—Mañana sabremos algo.

Otro día a solas con él. Estupendo. Aquello era estupendo. Mirando al frente, entrecerró los ojos al sentir el aliento de Russell en su cuello. Cuando sus labios se lo rozaron, se volvió y le agarró del pelo furiosa tirando su sombrero al suelo.

—¡Ay, ay!

—¿Cómo te atreves? ¡Cómo vuelvas a tocarme, te dejo calvo! —le gritó a la cara.

Russell la cogió por la nuca y atrapó su boca. June le mordió el labio inferior y tiró de él con fuerza haciéndolo gritar antes de soltarle. Le señaló con el dedo— La próxima vez te lo arranco.

—Ha merecido la pena. — él le cogió la muñeca y metió su dedo en la boca chupándolo y acariciando la yema de su dedo con la lengua. Las mariposas en el estómago volvieron en ese instante y sin darse cuenta miró sus labios. —Quieres que te bese, pero estás enfadada. Esperaré. No tengo prisa. Ahora que estás a mi lado, esperaré lo que haga falta.

Esa última frase la volvió a la realidad de golpe porque en cuanto tuviera su dinero se largaría con viento fresco. Se volvió lentamente y decidió no decir lo que pensaba.

Russell intentó entablar conversación varias veces, pero al ver que ella no le seguía el juego, se dio por vencido. Cuando detuvo su caballo al medio día en una aldea y le vio bajarse, supuso que iba a preguntar si habían visto al circo, pero cuando le vio ir hacia la pequeña iglesia enderezó la espalda. No se le ocurriría. Aunque era tan torpe que igual sí que se le ocurría. Al verle salir con el párroco se dijo— Pues sí que es torpe. Torpe y estúpido.

Sonrió al párroco que se acercaba hablando con él—Buenos días, padre.

—Buenos días. Una mañana perfecta para casarse.

—¿Tiene una boda hoy? Eso es estupendo ¿Quién se casa?

El hombre miró confundido a Russell, que hizo un gesto sin darle importancia— Es una bromista, padre. El circo, ya sabe. Lo lleva en las venas.

—Oh, qué sentido del humor. — se echó a reír— Muy divertido. Vamos hija. Que tu prometido te ayude a bajar.

—¿Para qué? Ya me he confesado, ¿sabe? Estoy libre de pecado.

—Sí hija, pero no te puedo casar sobre el caballo. — se echó a reír— Parece que quieras huir en cualquier momento.

—¿Sabe una cosa, padre? — cogió las riendas metiendo los pies en los estribos haciendo que Russell se tensara— Pues tiene razón. Buenos días.

Salió a galope mientras Russell la llamaba a gritos.

Ella se volvió y le vio correr tras ella. Disminuyó la marcha porque después de que la

rescatara no lo iba a dejar allí. Aunque debería hacerlo después de que la abandonara. Suspiró deteniendo el caballo y girándose. Russell aminoró la carrera al ver que se había detenido y llegó hasta ella respirando algo agitado— No haces bastante ejercicio. Si no has corrido nada.

—Preciosa... — dijo con la respiración jadeante— Tenemos que volver.

—¡Que no me voy a casar contigo! ¡Sube al caballo y vamos al circo antes de que pierda la paciencia! ¡Me tienes harta! ¡Cómo me voy a casar con un hombre que me ha abandonado, insultado, ofendido, humillado y no sé cuántas cosas más! ¡Por Dios! ¡Si estaba inconsciente y te libraste de mí! ¡De mí! ¡No me casaría contigo ni aunque me arrancaran las uñas una a una!

Russell parpadeó— Veo que sabes lo que quieres.

—¡Sube al caballo o te dejo aquí! ¡No te aviso más!

Él gruñó subiéndose tras ella —Puede que el que no quiera casarse después sea yo.

—Como si me importara.

—Claro que te importa. Porque me querías y todavía me quieres.

Se tensó con fuerza y volvió la cabeza lentamente para mirarle a los ojos—Precisamente porque sabías que te quería, no puedo entender que me trataras como un perro al que abandonaste en cuanto pudiste. Prometiste que no me harías daño de nuevo y me trataste como si fuera una zorra. Cuando viste las consecuencias de tus actos cuando tuve el accidente, me despachaste porque no podías soportar mirarme a la cara.

Russell palideció— No fue así.

—¡Fue exactamente así! ¡Te importaba tan poco, que me entregaste al primero que pasaba porque no soportabas mirarte al espejo! Pero luego vinieron los remordimientos, ¿verdad? ¡O los demás te dijeron que habías hecho mal, como el día que te obligaron ir a buscarme! ¿Ha ocurrido de nuevo? ¿Por eso estás aquí?

—¡No ha sido así!

—¡No eres un hombre! ¡Nunca me has querido y yo he dejado de quererte! ¡Nunca seré tu esposa y me iré en cuanto pueda! — le miró con odio— ¡Así que déjame en paz! Yo realizaré mi trabajo y en cuanto tengas el maldito dinero, me largo. Y los dos sabemos que será con la primera función.

Russell se tensó. —Puedes creer lo peor de mí de todo lo demás, pero si dejes que el doctor te llevara con Carrington era porque pensaba que con él serías más feliz.

A June se le cortó el aliento, pero se negaba a creerle. —Seré feliz cuando tenga mi dinero y pueda largarme.

Él apretó los labios y metió la mano en el cuello de la camisa para tirar del cordón del cuero y le mostró la moneda de oro. June sintió que se retorcía el corazón porque no la había vendido— Aquí tienes. Es tuya. Cógela.

June apretó los labios y se la arrebató de la mano. Se volvió y se la colgó del cuello después de arreglar el cordón. Al apartar el cabello sintió el aliento de Russell en la nuca.

—No te preocupes. En cuanto lleguemos te daré lo que se te debe.

—Muy bien. — dejó caer el cabello y se cruzó de brazos.

Él gruñó azuzando el caballo y dijo en voz baja—Pero sobre lo de irte, por encima de mi cadáver.

Se volvió para mirarle y Russell forzó una sonrisa— ¿Quieres algo, preciosa?

—¿Has dicho algo?

—No.

Con desconfianza le miró antes de girarse y Russell le apretó el vientre. —Preciosa, cúbrete con el gabán.

La tensión de su voz hizo que subiera el gabán sobre su cabello cuando vieron a tres hombres a caballo y no tenían precisamente buen aspecto. Eran furtivos y no tenían escrúpulos para llevar las piezas colgadas en sus monturas. Los tres pasaron a su lado y uno de ellos les saludó llevando la mano al sombrero. Russell hizo lo mismo siguiendo su camino, pero ella se pegó a su pecho porque uno de ellos los había mirado de una manera que le puso la piel de gallina.

—Russell...

—Lo sé. Coge las riendas, preciosa. —Ella lo hizo dejando caer el gabán mostrando su cabello rubio— ¡Ahora!

—¡Ja! — azuzó con fuerza el caballo y salieron a galope mientras Russell sacaba la pistola volviéndose. Ella miró hacia atrás y vio que les estaban siguiendo.

—¡Al bosque! — gritó Russell antes de disparar dándole a uno en el hombro.

Ella se metió en el bosque intentando despistarlos, pero el caballo con el peso de los dos no podría perderlos. Escucharon un disparo y ella palideció.

—¡Russell! Coge las riendas y dame la pistola.

Él la miró— ¿Qué? ¿Estás loca?

—¡Mira! — señaló una zona boscosa. Del otro lado no se veía nada y él no perdió el tiempo. Cogió las riendas y June apoyándose en su hombro se puso de pie sobre el lomo del caballo cogiendo la pistola en cuanto pasaron los matorrales perdiéndolos de vista durante unos segundos.

June le miró a los ojos angustiada por él antes de volverse y subirse a una rama lo bastante alta para que no la vieran. Russell siguió su camino y ella cubriéndose tras unas ramas apuntó hacia donde pasarían esos rufianes.

El primero llegó enseguida y ella le disparó en el pecho haciendo que cayera del caballo. El siguiente intentó detenerse, pero no fue lo bastante rápido antes de recibir un tiro entre los ojos. June sonrió sin sentir ningún remordimiento. Entonces se dio cuenta que su plan no estaba bien definido

porque cómo sabía Russell que tenía que volver.

Empezó a bajar del árbol y escuchó los cascos de un caballo. Justo en ese momento no podía apuntar a nadie y abrazada al tronco se detuvo en seco a la espera.

—Preciosa. Deberías haberte quedado arriba.

Dejó salir el aire que estaba conteniendo y dejó que la cogiera por la cintura para subirla ante él. —Veo que tu puntería es igual de buena con un arma.

—Tenlo en cuenta. —le entregó el arma sonriendo— ¿Y el otro?

—Mientras no nos siga, me es indiferente.

Salieron al camino y ella intranquila miraba sobre su hombro cada cierto tiempo— No creo que se levanten y nos sigan— dijo divertido.

—Muy gracioso. ¿Deberíamos decírselo al alguacil?

—Mejor dejamos al alguacil, porque no sé si era el mismo alguacil al que le he pegado un tiro. ¿Y tú? ¿No te parecía que iban con esas piezas demasiado tranquilos? No temían a la ley. Así que mejor dejamos al alguacil. Por si acaso.

—Sí, será lo mejor. —le miró de nuevo un segundo después y abrió los ojos como platos— Les he matado.

Russell asintió— Irás al infierno. —dijo pesaroso— Y sin casar. A ver cómo explicas que no eres virgen.

—Eres idiota.

Él se echó a reír a carcajadas y la besó en el cuello— ¿Has pasado miedo?

—No.

—¿Qué te parece si hacemos un número de puntería? Podemos poner unas calabazas y...

—No pienso quedarme tanto tiempo como para necesitar otro número.

—Sí que te quedarás, pero hablando del número...

—Si me quedara, que no pienso hacerlo, le diría a Lini que se subiera conmigo al trapecio.

—¿Perdón?

—Sally no podrá trabajar más tiempo sobre la cuerda, así que Lini está libre para ...

—Ni hablar.

—Entonces subiré yo con ella a la cuerda.

— No.

—¿Por qué no?

—¡Porque no voy a dejar que mi mujer suba a ninguna cuerda y ver cómo cae para morir cuando su cabeza choque contra el suelo!

—Como hablas de tu mujer, eso no tiene nada que ver conmigo.

—Serás cabezota.

Ella entrecerró los ojos— Dilo.

—¿El qué?

—Lo que estás deseando. Que te ponga de los nervios.

—¡No iba a decir eso!

—¡Mentiroso! — le gritó a la cara— ¡Dilo!

La cogió por la nuca— ¿Quieres que lo diga? ¡Deseo tanto hacerte el amor y derramarme dentro de ti que me alteras los nervios! ¡Y tu sientes lo mismo y que me lo niegues también me altera los nervios! —Se puso como un tomate— ¡Dilo!

—¿Qué? —susurró con la boca seca.

La acercó a él —Dime que no me deseas.

Miró sus labios sintiendo que su estómago daba un vuelco y él entrecerró los ojos—Dilo, June.

Separó los labios sin darse cuenta y pasó la lengua por su labio inferior. Él no perdió detalle y se acercó lentamente acariciando su labio inferior con el suyo. June cerró los ojos disfrutando de su contacto y gimió cuando su lengua acarició el interior de su boca.

No podía evitarlo y se acercó acariciando su nuca sin darse cuenta. Russell gruñó en su boca antes de separarse y mirarla a los ojos, demostrando todo el deseo que sentía por ella. Al ver que se bajaba del caballo sin perderla de vista su corazón se alteró —¿Russell?

—Te voy a hacer el amor, preciosa.

—Pero...

Russell la besó para acallar sus protestas. Se apartó para mirarla a la cara y ella suspiró abriendo los ojos. Él pareció molesto consigo mismo subiendo de nuevo a su lado—¿Qué ocurre? ¿Ya no vas a hacerme el amor?

—Preciosa, nada me gustaría más. Pero por una vez voy a hacer las cosas bien contigo.

—¿Estás loco?

—Sí, un poco. Desde que te conozco no sé muy bien lo que me hago. ¡Me guío por instinto! — Sin saber por qué se sentía decepcionada, vio como azuzaba al caballo. —Y el instinto me dice que hasta que un reverendo te ate a mí, no vas a creer que te quiero a mi lado sin ninguna razón oscura. Así que nos casaremos y después podrás volverme loco todo lo que parezca bien.

—¡Eres tú quien me vuelve loca!

Él sonrió como un canalla— Lo sé.

—¡Oh, cállate! Si crees que voy a casarme contigo después de todo lo que me has hecho...Ni que estuviera mal de la cabeza.

—Acabas de decir que te vuelvo loca.

—¿Quién te crees que eres para decidir lo que voy a hacer con mi vida? En cuanto me des mi dinero...

—Acabo de decidir que no habrá dinero para ti. Para que no se te ocurran ideas extrañas.

Jadeó indignada —¡No puedes hacer eso! ¡Es mi dinero!

—No, es nuestro dinero porque estarás casada conmigo y el marido decide esas cosas. Por cierto, devuélveme la moneda.

Se llevó la mano al pecho rápidamente para impedirle cogerla—No te atreverás.

Russell rió por lo bajo —Dejaré que te la quedes de momento.

—¡Eres un gusano! ¡Y no me casaría contigo ni muerta!

—Claro que lo harás. Sólo tengo que encontrar al párroco adecuado. —entrecerró los ojos malicioso— Estoy pensando que ese amigo tuyo. Ese que se quería librar de ti sería perfecto. ¿Cómo se llamaba? Déjame pensar. Era muy amable, ¿verdad? Te cuidó mucho durante esos años apartando a los de la aldea de ti.

—Porque quería el maldito retablo.

—Preciosa, eso no lo sabes con seguridad. Igual es un alma caritativa que te quería proteger de todo lo que ocurría a tu alrededor. Pero lo que yo sí sé, es que estará encantado de casarte incluso en contra de tu voluntad. ¿Qué pensaría si supiera que has compartido el lecho conmigo y varias veces? —ella jadeó sonrojándose— Y sin casar.

—No te atreverás.

—Estaría encantado de que dijeras sí quiero, pero si no lo dices, creo que lo pasará por alto.

¿Tú qué opinas?

Conociendo al Padre Mathews en cuando Russell abriera la boca la cogería de la oreja ante el altar y ni siquiera le preguntaría si quería matrimonio con él. Roja de furia siseó— Como te atrevas a hacer algo así y dejarme mal delante del Padre Mathews no te hablo más.

—Prométeme eso.

Jadeó ofendida e intentó golpearle, pero Russell se echó a reír rodeándola con sus brazos y pegándola a su pecho— Ahora sé buena que calculo que llegaremos por la tarde. ¿Tienes hambre?

—¡Púdrete!

—Preciosa, tu sí que sabes tratar a tu marido.

Intentó escaparse varias veces, pero Russell estaba atento a cada movimiento y no dejaba casi ni que se moviera. Incluso cuando le dijo que tenía que aliviarse, la llevó tras un árbol y no se movió de su lado. Entonces sí que tuvo ganas de matarle.

Estaba anocheciendo cuando llegaron al condado donde había nacido. Sin poder evitarlo se le erizaron los pelos de la nuca. —Te odio.

—Sólo será un momento y seguiremos nuestro camino. — dijo muy serio sabiendo que estar allí la incomodaba. Pasaron una curva y ella perdió el aliento al ver su casita.

—¡No! — se bajó del caballo a toda prisa y corrió para ver que la habían destrozado. Sólo quedaban cuatro tablas en pie y con los ojos llenos de lágrimas miró a su alrededor— ¡Malditos! Malditos todos!

Russell la observaba sin bajarse del caballo— ¡Debería quemar sus malditas casas! Debería ... — furiosa le dio una patada a una tabla.

—Cielo, ¿qué tal si dejamos lo de los incendios hasta después de la boda?

—¡Ja! — distraída miró a su alrededor abriendo los ojos como platos— ¡No, lo que debería hacer es encontrar esa maldita cosa y pasársela por las narices! ¡Que vieran que yo he ganado!

—Tú has ganado.

Le miró sorprendida—¿De qué diablos hablas?

—Te has convertido en una estrella del espectáculo y hasta la Reina te ha premiado. Además, vas a convertirte en mi esposa y has salido de este asqueroso sitio. Eres una triunfadora. ¿Qué más puedes pedir?

Se cruzó de brazos y levantó una ceja— ¿Consideras un triunfo la posibilidad de casarme contigo? ¿Yo lo veo una condena de por vida! ¡Y no me la merezco!

—¡June... estás poniéndote muy rebelde! ¿Sabes cuántas mujeres desearían estar en tu lugar?

—¿Hablas de aquella zorra de taberna que pille en tu cama?

—¿Quieres olvidar a esa mujer? ¡No pasó nada! Estaba borracho y...

—Ahórrame los detalles. — volvió a mirar a su alrededor y pensó en ello—¿Dónde esconderías un tesoro?

—En casa no. Está claro que estos aldeanos son un poco estúpidos. — la miró divertido— Si yo hubiera vivido aquí no te hubieras escapado.

—Eso lo dice el que me ignoró durante un año entero.

—Te estaba observando. Me gustaba lo que veía.

—Serás mentiroso. —chasqueó la lengua— Volviendo al tema... ¿dónde lo esconderías tú?

Russell miró a su alrededor— En un lugar que no relacionaran conmigo. En el monte. Enterrado en cualquier prado... No sé preciosa, hay muchas posibilidades.

—Cierto...— paseó por allí y miró el huerto abandonado— ¿Por qué mi padre no lo sacaría?

Nos hubiéramos largado de aquí. Una nueva vida...

—Puede que no se lo dijera.

—¿Cómo no se lo iba a decir a su marido?

—Se casó con él para darte un apellido. No le amaba, June. Al menos es lo que dicen en la aldea.

—¿Pero no sería el único en que podría confiar?

—¿Tu madre se parecía a ti?

Le miró sorprendida— Somos igualitas. Lo dice el reverendo Mathews. —Él asintió como si fuera la clave— ¿A dónde quieres llegar?

Russell sonrió— Eres la mujer más hermosa que haya visto nunca. — a June se le cortó el aliento— Si yo hubiera nacido aquí y te viera todos los días, me enamoraría de ti. Me imagino a tu padre viéndola pasearse todos los días por la aldea, sabiendo que es la amante del Conde. En cuanto tuvo la posibilidad se casó con ella, pero tu madre no le amaba. Lo hizo por una razón. No creo que tuviera demasiada confianza en él. Además, ella le pidió dinero al Conde. A mí me molestaría muchísimo que mi esposa pidiera dinero al que había sido su amante. ¿Y para qué lo quería? ¿Para empezar de nuevo? Puede ser una posibilidad. Me imagino que tu madre querría irse de aquí. — dijo mirando a su alrededor con desprecio— ¿La amante de un Conde viviendo en este sitio? Sólo quería su apellido y él lo sabía. Robó el retablo para largarse de aquí.

—Pero no lo hizo. No se fue.

—Porque tenía todas las miradas puestas en ella. Supongo que quería esperar a dar a luz para irse. —la miró a los ojos— ¿Qué harías tú después de que la persona a la que amas te tratara así, preciosa? ¿Qué te dejara en estado y después te negara el dinero para empezar de nuevo? — ella se tensó sonrojándose y Russell entrecerró los ojos— Después de que te abandonara. — al darse cuenta

de que no contestaba siseó— ¿Preciosa?

—Me vengaría. — respondió molesta.

—Robando el retablo — dijo con desconfianza antes de bajarse del caballo. —Una reliquia familiar de incalculable valor. Pero sólo te da tiempo a esconderla y el Conde se venga de ti. ¡Te humilla y te degrada! ¡Te convierte en la zorra de la zona! ¡Qué harías tú preciosa después de que todo el mundo te odie por su culpa!

—¡Le mataría! — gritó con odio.

—¿Al hombre que amas? ¡Creo que sólo tuvo fuerzas para darte a luz! — los ojos de June se llenaron de lágrimas de rabia y Russell suspiró cogiéndola por los hombros antes de abrazarla—
Vámonos, preciosa. No quiero que te veas metida en esto más tiempo.

—¡No! — se apartó de él con rencor y Russell la miró asombrado— ¡Sois todos iguales! Nos utilizáis y después nos tiráis a la cuneta cuando ya no nos necesitáis.

—¡Yo nunca te haría eso!

—¡Tú ya lo has hecho! — gritó con rabia mientras las lágrimas corrían por sus mejillas— Te lo di todo a ti y a ese maldito circo. Me entregué a ti y tú me humillaste y me degradaste ante todos. ¡Me dejaste en estado y me entregaste a otro hombre como si fuera una zorra que se puede regalar! ¡Tú ya lo hiciste, Russell! Te has comportado igual que el Conde.

Russell palideció e intentó tocarla— No sabía que estabas en estado. No sabía...

Ella se volvió furiosa consigo misma por decírselo. No lo sabía nadie. Ni el médico. Cuando se dio cuenta, no le había querido decir nada a Russell porque le prohibiría trabajar y después de tener el accidente, pensó que lo había perdido. Pero el periodo no bajó y fue la esperanza de tener a su hijo lo que la ayudó a salir adelante. Lo que le dio las fuerzas necesarias para querer salir de su encierro. Se limpió las mejillas y se enderezó antes de volverse.

—¿Sabes lo que se me ocurre? Que ya es hora de que el Conde reciba su merecido. — apretó

los puños antes de volverse y le golpeó con fuerza en la nariz. Russell, que no se lo esperaba, trastabilló hacia atrás tropezándose con una tabla y cayendo sobre su trasero— Contigo ya arreglaré cuentas después. — siseó yendo hacia el caballo.

—Muy bien. Me lo merezco. — se pasó la mano por debajo de la nariz que ya empezaba a sangrar— Preciosa, ¿qué haces?

—¿Piensas quedarte ahí toda la noche? — preguntó subiéndose al caballo con agilidad—¿Vas a ayudarme o no?

Él gruñó levantándose— Sólo si luego te casas conmigo.

Chasqueó la lengua volviendo el caballo—Puede que me lo piense. ¿Te vale con eso?

—Me vale. — sonrió divertido y se levantó caminando hacia ella— ¿Y cuál es el plan?

—Arruinar al Conde— le miró a los ojos— Destrozar su vida como destrozó a mi madre.

Él suspiró subiéndose tras ella. La rodeó con sus brazos cogiendo las riendas— Cielo, no deberías meterte en esto.

—Me metieron ellos. Yo nunca les hice nada. — se volvió para mirarle a los ojos— ¿Me ayudarás?

—Si quieres arruinarle, sólo necesitamos una cosa.

—¿El qué?

—Fuego, preciosa. Es lo único que necesitas. Quemar sus posesiones sería la venganza perfecta. — Russell se pasó una mano por el cabello pensando en ello— ¡Pero también deberías pensar en todas aquellas personas que vas a perjudicar con tu decisión!

—¡Me importan poco esas personas! ¿Cuándo miraron ellas por mí? ¡Por una niña que nunca había hecho nada!

—¿Qué vas a conseguir arruinándoles a todos?

—¡Venganza! — entrecerró los ojos—No vas a ayudarme. —él se tensó y sonrió con pesar —

Me lo imaginaba. ¡Nunca me has apoyado en nada!

Russell la abrazó con fuerza pegándola a él—Escúchame bien. Puede que pienses que no estoy de tu parte, pero te equivocas, preciosa. ¡Precisamente porque estoy de tu parte, no dejaré que arruines tu vida y la de nuestro hijo, acabando en la horca por algo que ya no tiene que ver con nosotros!

—¡Conmigo sí! — furiosa se revolvió— ¡Lo único que te preocupa es que te apresen a ti!

—Eso también es importante— dijo fríamente. — Porque de mí dependen muchas familias, que quedarían desamparadas si a mí me ocurriera algo. ¡Como mi cuñada y mi sobrino al que juré cuidar hasta la muerte! ¡Pero en este momento la que me preocupas eres tú! ¡Y no voy a dejar que mi mujer muera por una venganza absurda que sólo la llevará a la horca y que no le compete en nada!

—¡Eres un cobarde! —Russell palideció— Y no te importo. ¡Nunca te he importado!

—Oh, cielo. Sí que me importas. Y precisamente porque me importas haremos las cosas a mi manera

A June se le cortó el aliento. —¿Qué quieres decir?

—Vamos a hablar con ese reverendo. —acarició sus rizos a la altura de la nuca y la besó en los labios— Averiguaremos la verdadera razón para que no te contara la verdad desde el principio. Pero déjame hablar a mí, que tú eres demasiado impulsiva. No descubras nuestros intereses antes de tiempo.

—¡Tú sólo quieres casarte!

—Eso también. Y es la excusa perfecta. Nada mejor que una celebración para que se le suelte la lengua. — como le miraba con desconfianza sonrió— No tienes la cara de una novia, querida. Sonríe.

—Y si no sacamos nada de esto, le quemamos la casa— dijo con ganas de venganza.

Él sonrió— Ya hablaremos después de lo que haremos. Paso a paso, como en la cuerda.

—No dejas que me suba a la cuerda.

—¡Y ahora estando en cinta todavía menos! — la besó con pasión y ella gimió entre sus brazos saboreándole desesperada por sentirle. Él se separó lentamente y susurró contra sus labios— Lo haremos a mi manera. Y no harás tonterías. — azuzó al caballo y fue hacia la aldea.

Ella abrió los ojos todavía algo atontada por su beso y sabiendo que siempre se salía con la suya, susurró con temor— No me hagas daño de nuevo.

La miró a los ojos y acarició su mejilla antes de abrazarla con fuerza. Russell cerró los ojos sintiéndola temblar contra su pecho. — Preciosa, no puedo jurarte eso. Pero lo que si te juro es que nunca lo haré a propósito.

Cabalgaron en silencio hasta la casa del reverendo detrás de la Iglesia. Varios parroquianos les vieron pasar y la miraron con desconfianza. Uno escupió ante el caballo antes de seguir su camino y Russell se tensó con fuerza tras ella, fulminándole con la mirada.

—Continuemos —dijo ella al ver que detenía el caballo. — No nos metamos en problemas.

Él apretó las mandíbulas antes de continuar. La ayudó a descender del caballo mirando a su alrededor con desconfianza y antes de que se diera cuenta, ella corrió hacia los escalones de madera que llevaban hasta la puerta de la casa.

Llamó con fuerza— ¿Reverendo Matthew? Soy yo. June.

Capítulo 12

Escuchó pasos al otro lado y Russell se puso tras ella cuando la puerta se abrió. Sorprendida vio a la señora Reynolds, que la miró de arriba abajo con los ojos como platos— ¡Válgame Dios! ¡Has vuelto, niña! ¡Y como una señorita! — parecía realmente impresionada, pero ella miraba tras la mujer buscando al reverendo.

—¿Dónde está el...

—¿Qué te ha sucedido? — miró a Russell —¿Es tu esposo?

—Por eso quería hablar con el reverendo Matthew. ¿No está en casa?

—Niña, murió este invierno.

A June se le hizo un nudo en el estómago—¿Qué?

La mujer suspiró— Pasa, niña. Y trae a tu marido. Debemos hablar.

Miró a Russell sobre su hombro y asintió empujándola ligeramente para que entrara.

Muy despacio entró en la casa. No había entrado nunca y miró a su alrededor con curiosidad.

La señora Reynolds sonrió mostrándole con la mano un viejo sofá —Prepararé un té. Seguro que tu esposo tiene hambre. ¿Venís de Londres?

—Sí. — respondió Russell antes de que pudiera evitarlo. Le advirtió con la mirada, así que

debía seguirle la corriente. Ella asintió sentándose en sofá y Russell lo hizo a su lado. Entonces June le miró y se dio cuenta que para cualquiera de esa horrible aldea él era todo un caballero con su ropa de calidad y tan gallardo en su precioso caballo negro. Sonrió orgullosa sin darse cuenta y miró a la señora Reynolds, que regresaba con una bandeja repleta de bollos de canela.

—Así que el reverendo ha fallecido. Lo siento mucho.

—Una pena. —la mujer sonrió— Y sé que lo sientes de corazón. Tú sí que le apreciabas, no como esos rufianes que dicen una cosa y piensan otra. — le entregó una taza de té a Russell y le sirvió en un platito de porcelana vieja dos bollos de canela— Coma y tome el té. Debe entrar en calor.

—Gracias, señora...

—Reynolds.

—Era la cocinera en la gran casa. — apostilló ella para ubicarle.

Russell asintió —¿Y ahora trabaja aquí?

—Sigo trabajando para el Conde. Intentaron entrar en la casa una noche y me ordenó que viniera a vivir aquí hasta que llegara el nuevo reverendo. Y ya se retrasa porque debería haber venido hace meses. Pero todos sabemos que el Conde no se preocupa mucho de su alma, ¿verdad? — entregó la taza de té a June con una sonrisa— Vaya, mírate. Estás tan hermosa...— se sentó ante ellos en una butaca— Cuéntame cómo es tu vida ahora.

Ella sonrió y miró a Russell, que dijo a toda prisa— June ahora es una estrella del espectáculo.

La señora Reynolds abrió los ojos como platos—Perdone, ¿qué ha dicho?

—Hasta la Reina la ha condecorado por su agilidad y buen hacer.

—¡La Reina! — impresionada se llevó la mano al pecho— Es algo maravilloso. El reverendo Mathews estaría encantado de saberlo. — sonrió mirándoles— Y te has casado.

—Y esperamos familia.

Los ojos de la señora Reynolds se le llenaron de lágrimas de la emoción y June vio sin poder creérselo como se sacaba un pañuelo de la manga y sorbía por la nariz.

— Si el reverendo te viera... con lo que sufría por ti.

—¿Sufría por ella?

—¿Sufría por mí? — no salía de su asombro.

—Ocultarte la verdad era demasiado duro para su tierno corazón.

Miró a Russell con la boca abierta. ¿Tierno corazón? ¿El reverendo Mathews? ¿El mismo que le había abierto la cabeza al herrero porque se había reído en medio del sermón?

La señora Reynolds la miró tiernamente— Me imagino que ya lo sabes todo. Era una tarea imposible para el pobre reverendo obligar a todo el mundo a mantener la boca cerrada y a que te dejaran en paz. Todos quería buscar esa maldita cosa y él tuvo que apartarlos de ti amenazándolos con la excomuniación por no ser buenos cristianos.

—No lo sabemos todo, Señora Reynolds— dijo Russell. — ¿Por qué no nos cuenta usted la historia? ¿Conocía a la madre de June?

—Oh, por supuesto. Somos de la misma edad. —June entrecerró los ojos porque estaba segura que esa mujer le sacaba a su madre diez años por lo menos. Eso o estaba muy estropeada. — Era una chica preciosa y muy alegre. —apretó los labios— Pero el Conde se fijó en ella. No era el Conde de ahora. Llevaba unos años casado, pero aún se conservaba fuerte y tenía pelo— dijo al ver su cara de incredulidad. — La agasajó y la muy tonta ...— suspiró antes de beber de su taza de té— Una pena. Entonces vino lo otro.

—¿Qué es lo otro exactamente? — preguntó Russell antes de morder un bollo de canela mirándola fijamente.

—Pues que como era lógico manteniendo relaciones con él se quedó en estado. Sus padres la casaron de inmediato con el señor Miller y el reverendo empezó a tener remordimientos. Entonces él intercedió.

—¿Intercedió? — June asombrada dejó la taza de té sobre la mesa— ¿Cómo?

—Fue a hablar con el Conde y le exigió que debía hacerse cargo de su hijo. Le pidió una ayuda para que Rose pudiera irse del pueblo. Incluso habló con una mujer de Londres, que necesitaba compañía, para que tu madre se fuera a vivir con ella. Estaba dispuesta a tenerla allí incluso en estado. — sonrió con tristeza— Al parecer le encantaban los bebés y ella no había tenido hijos. Estaba deseando que se fuera con ella.

—¿Y qué ocurrió?

—El Conde se negó, por supuesto. Era como si al hacerlo, dijera abiertamente que era el padre de ese bebé y no estaba dispuesto. El reverendo se disgustó mucho y...— la miró de reojo y a June se le cortó el aliento.

—¡No!

—¡Estaba allí ante él y el Conde se había ido del despacho! ¡Así que lo cogió y se lo guardó bajo el abrigo! ¡No lo pensó!

—¡La acusaron a ella! — gritó levantándose —Acusaron a mi madre y pagamos todas las consecuencias.

—Por eso el reverendo se lo entregó a tu madre. Para que se fuera a Londres.

—¿Se lo entregó a su madre? — Russell no salía de su asombro —¿Cuándo?

La mujer se sonrojó— Después. Él volvió a casa con el retablo y confesó a varias mujeres. Cuando se disponía a ir a buscar a Rose para hablar con ella, se enteró de que el Conde había ido a buscarla y que la retenían en la casa para que confesara. Asustado cogió el retablo y lo escondió en el establo. El Conde no es estúpido y cuando se dio cuenta que ella no sabía nada de que el reverendo

había ido a pedir un sustento para tu madre, fue a buscarle.

—Pero él lo negó todo. —dijo Russell.

—¿Quién no va a creer a un reverendo? El Conde puso sus ojos en los aldeanos y arrasó la aldea.

—¡Y le echaron la culpa a mi madre!

La señora Reynolds asintió levantándose y dejando su taza sobre la repisa de la chimenea— Sentí mucha pena por ella. Los hombres le habían destrozado la vida. Medio muerta la devolvieron a tu padre y el reverendo fue a visitarla. Al ver su estado, no quiso decirle nada. Estaba destrozada anímicamente y no se sintió capaz. Entonces esperó y esperó porque si le daba el retablo la acusarían del robo a ella. Esperaba que se encontrara mejor para sacarla de la aldea.

—¿Su marido no sabía nada?

—El pobre la amaba tanto, que lo único que hizo fue apoyarla hasta el día de su muerte. Una pena.

—¿Y qué hizo el reverendo con el retablo?

—Nunca lo he visto y nunca le pregunté.

Habían destrozado su vida por aquella cosa y la miró con rencor— Usted lo sabía. ¡Sabía que mi madre no había hecho nada y no la defendió!

—Me enteré después de su muerte— dijo con pena. — No podía decir nada para proteger al reverendo.

—Tenían una relación muy estrecha — dijo Russell con desconfianza. — ¿No es cierto?

La mujer se sonrojó—No es lo que cree. Era buena persona, aunque usted piense lo contrario

June abrió los ojos como platos recordando el día del fallecimiento de su padre y todo lo que le dijo sobre su madre—¿Buena persona? ¡Acusaron a mi madre por su culpa! ¡Dejó que todos me

odiaran y me mintió sobre lo que ocurrió realmente! ¡Ocultó su pecado e hizo que me lo ocultaran a mí, para que no descubriera la verdad de lo que hizo! ¡No veo que fuera buena persona por ninguna parte!

Suspiró sentándose de nuevo — Intentó hablar con el Conde varias veces para que te ayudara...— la señora Reynolds se echó a llorar— No quería decirte que tu madre había sido su amante para que no te sintieras mal. Prefirió decirte que la habían violado, para que no le echaras la culpa a ella de tu situación.

—¡Si me hubiera dicho la verdad, le hubiera echado la culpa al verdadero culpable que era él por meter la nariz donde nadie le llamaba!

Russell acarició sus espaldas para que se tranquilizara— Preciosa, cálmate. Ahora no sirve de nada las recriminaciones. Ambos han muerto.

—Ella lo sabía. — susurró la mujer llorando— Se lo dijo en su lecho de muerte. Que le perdonaba porque sabía que lo había hecho por ella. Para intentar ayudarla.

—¿Cómo lo sabía?

—Dijo que había visto la culpabilidad en sus ojos cuando fue a visitarla después del incidente. Que lo supo en el momento que la miró a los ojos. Y le perdonó.

June apretó los puños sobre su regazo— ¡Pues yo no le perdono! ¡No les perdono a ninguno las humillaciones, los insultos y haber perdido a mi madre! ¡Espero que ardan todos en el infierno!

Russell suspiró dejando la taza de té sobre la mesa— No te das cuenta que está mintiendo, ¿preciosa?

Ambas le miraron asombradas y la señora Reynolds fue la primera en reaccionar— No sé lo que quiere decir. — la mujer se sonrojó intensamente.

—No dudo que el reverendo fuera a hablar con el Conde sobre la situación de su feligresa. Pero le casó con Miller, así que había ya estaba arreglado. ¿Para que ir después a intentar que se fuera

de la aldea? —negó con la cabeza— Eso no me encaja.

—Le aseguro que no...— miró a June de reojo, que empezaba a perder la paciencia.

—No creo que toda la aldea mienta al respecto. ¿Pero qué ocurrió antes de la violación? Yo creo que si el Conde hizo algo así, es porque alguien vio a la madre de mi esposa en la casa el día del robo, ¿no es cierto señora Reynolds? ¿Usted trabajaba allí? ¿Cómo una aldeana iba a estar en el despacho para robar el retablo y que no la viera nadie? Usted se lo dijo al Conde, ¿no es cierto? —La mujer palideció— ¡Usted la delató! ¡Y cuando se dio cuenta de lo que había provocado, fue a hablar con el reverendo! — June palideció— Pero él ya no pudo hacer nada y ocurrió lo que June vivió toda su vida. Pero faltaba algo. El retablo. Y usted sabía que se lo había llevado ella. —miró a June sonriendo irónico— Y también sabía que no lo tenía en su casa, porque estoy seguro que el Conde puso la casa patas arriba como todas las del contorno.

La señora Reynolds levantó la barbilla. Russell chasqueó la lengua levantándose— Pero el reverendo había hablado con Rose antes de morir y le dijo dónde estaba escondido, ¿verdad? Ella quería asegurar el bienestar de su hija y se lo diría a alguien de confianza en sus últimos momentos. Pero él no podía darle a June algo tan valioso y que la pusiera en riesgo ante el Conde y las autoridades, así que no dijo nada. Sólo quería que se fuera del pueblo para tener un problema menos.

June entrecerró los ojos al ver que la mujer se sonrojaba. —No fue así.

—Y él falleció. Por supuesto usted, que llevaba toda la vida trabajando para el Conde y había demostrado su lealtad, se preguntaba dónde estaría el retablo. ¿Dónde mejor que en la casa del reverendo? Aquí estaba seguro, porque nadie se atrevería a profanar la casa de un hombre de Dios. Eso que nos ha dicho sobre que habían entrado aquí, es falso. La puerta está intacta al igual que las ventanas. Usted se debió ofrecer a cuidar la casa mientras no había nadie, diciendo alguna excusa como esa misma. Al Conde le daba absolutamente igual, así que le dio permiso. De esa manera tuvo la oportunidad de rebuscar a sus anchas por toda la casa sin que nadie la interrumpiera. Deduzco que no lo ha encontrado.

—Maldita zorra. —June se levantó furiosa y Russell la cogió por la muñeca— ¿Es cierto?

—¡Todos lo buscan! ¿Por qué no lo iba a hacer yo? — levantó la barbilla perdiendo toda la amabilidad que había tenido hasta ahora.

—Ya me extrañaban todas esas sonrisas cuando durante toda mi vida fue tan seca conmigo— dijo irónica. Russell se echó a reír y le miró atónita— ¿De qué rayos te ríes? ¡No tiene gracia!

—El reverendo era muy listo. No lo dejaría en su casa, ni en la Iglesia, porque tenerlo cerca le recordaría constantemente algo que cualquiera querría olvidar.

—¿Y dónde estará? — preguntó la señora Reynolds con interés— Ya he buscado en todos los sitios y nada.

—Ese es un secreto que cualquiera querría enterrar para siempre, ¿no cree, señora Reynolds?

—No está en la tumba de Rose.

June jadeó y se tiró sobre la mujer sorprendiéndola— ¡Maldita zorra! ¿Has profanado la tumba de mi madre? — la mujer chilló cayendo de la butaca al suelo y Russell puso los ojos en blanco antes de levantarse y quitarle a June de encima, que en ese momento le arrancaba el cabello a mechones.

—¡No he sido yo! — gritó la mujer llorando mientras intentaba sentarse— Una mañana se encontró su tumba abierta. ¡Lo juro! ¡Yo sólo le dije al Conde que la había visto salir del despacho! ¡No sabía lo que iba a pasar después! ¡Y si me vine a vivir aquí, fue porque estoy enferma y el Conde me va a echar! Necesitaba el retablo para salir adelante. ¡Nunca fue mi intención quedármelo antes de que me amenazara con echarme! ¿Pero qué voy a hacer ahora? ¡Estoy enferma y soy vieja! ¡No tengo nada!

—No me das ninguna pena— siseó furiosa mientras Russell la sujetaba.

—Preciosa, estás convaleciente y embarazada. Siéntate y hablemos con calma.

Furiosa se sentó en el sofá mirando a la mujer con odio.

—¿Sabía que Rose le había dicho al reverendo dónde estaba el retablo?

La mujer entrecerró los ojos— Un día se emborracho y lo insinuó. Dijo que el mayor secreto de la aldea le había sido revelado y que era un peso enorme para un solo hombre.

—Eso puede significar mil cosas. ¿No dijo nada más?

Negó con la cabeza. Entrecerró los ojos pensando en ello— Nunca quería hablar del asunto. Me sorprendió que no le devolviera el retablo al Conde. He pensado mucho en ello y nunca lo he entendido.

Russell entrecerró los ojos— No podía devolvérselo porque todos sabrían a ciencia cierta que Rose lo había robado y June pagaría las consecuencias. Si yo fuera el reverendo, lo habría escondido y me olvidaría de él porque las represalias habían sido tomadas. — miró a su alrededor—Está claro que él no lo utilizó para vivir mejor.

—¡Él nunca haría eso! —protesto la mujer levantándose.

—Por supuesto. —dijo irónica mirando a su alrededor. Russell se volvió hacia ella mirándola fijamente. —¿Qué?

—¿El reverendo nunca te dijo algo que indicara que quería darte algo? Si yo fuera tu madre le haría prometer que te lo entregaría para que tuvieras una vida mejor que la suya. —a June se le pusieron los pelos de punta—¿Jamás te dijo nada?

—La última vez que le vi, dijo que antes de irme me pasara por su casa para confesarme, pero no fui. Se me olvidó.

—Sé que intentó buscarla, porque me preguntó si la había visto o si sabía a dónde había ido. Pero no lo sabía.

Él gruñó molesto— Estaba camino a Londres. Sola y caminando.

June chasqueó la lengua— ¿Y? Eso nos deja en el mismo sitio.

—No. Porque si yo fuera el reverendo y tuviera el presentimiento de que tú ibas a volver algún día por cualquier razón y te enterabas de lo que había pasado, tendría que asegurarme de que supieras dónde lo había dejado.

—¿Dónde lo había dejado? — la mujer la miró fijamente.

Ambas se miraron fijamente antes de levantarse y salir corriendo chocándose en la puerta al salir y Russell bufó antes de seguir a su mujer— Para qué habré abierto la boca. ¿Preciosa? —salió de la casa para verlas peleando ante el caballo. Caminó hacia la mujer que retenía a June por la pierna para impedirle subir al caballo y cogió la pistola dándole la vuelta para cogerla por el cañón.

—¡Suéltame, bruja! — siseó June antes de que la mujer pusiera los ojos en blanco para caer sobre la hierba. —¡Cariño, ahora nos denunciará!

Russell levantó una ceja y se guardó la pistola— No nos denunciará porque vamos a recoger el retablo y a cambiarlo de sitio. ¡Diremos que está loca y que no sabemos de lo que habla! Eso si nos delata, que no lo creo porque tiene mucho que callar. Todos lo tienen.

Ella sonrió radiante —Qué listo eres.

—Gracias.

La subió al caballo y se sentó tras ella besándola en el cuello— Más adelante y cuando estemos por aquí cerca, volveré y lo sacaré de su escondite. — June entrecerró los ojos y le miró con desconfianza— ¡Estaremos casados! No me mires así.

—¡Todavía no estás casado conmigo!

—¡No es culpa mía que se muriera el reverendo! ¿Por qué me echas la culpa de todo?

—De todo no. ¡Sólo de lo que me ocurre a mí!

Cuando llegaron a su casita. Ella se bajó corriendo y miró su huerto. No era precisamente pequeño.

Russell se colocó a su lado—¿Alguna idea? ¿Es tan grande como parece de noche?

—Desgraciadamente sí. — pensó en ello y sonrió al pensar en el reverendo y en la caja de hortalizas que le había dejado para agradecerle su ayuda— Los tomates.

—¿Los tomates?

—Está bajo los tomates. —corrió hacia la zona donde los había tenido y Russell fue tras ella con dos tablas.

—Toma, preciosa. No quiero que te destroces las manos.

Impaciente cogió la tabla que le tendía y la clavaron en la tierra, que se había endurecido con el paso del tiempo. Removieron toda la tierra y cuando ya se iba a dar por vencida, Russell hundió la tabla y escucharon un golpe seco.

Se miraron a los ojos bajo la luz de la luna y Russell susurró— Preciosa, ¿quieres hacer los honores?

Se arrodilló de inmediato y con las manos apartó la tierra para tocar una tela negra. Hundió los dedos por los bordes y tiró hacia arriba. Era bastante más grande de lo que se había imaginado y pesaba. —¿Cariño?

Russell lo cogió entre sus manos y silbó quitando el paño negro y mostrando el retablo que estaba cerrado. Abrió las dos hojas mostrando las planchas de oro, que tenían grabados de las escrituras. —Preciosa, hombres matarían por esto.

Eso le asustó y se apoyó en su hombro para levantarse. —Vamos a esconderlo.

Él asintió incorporándose y la cogió de la mano tirando de ella hacia el caballo— Date prisa. Si esa mujer se despierta y nos delatan, empezarán a buscarnos.

Después de unos minutos a caballo alejándose de la aldea ella preguntó— ¿Dónde?

—Un sitio que recordemos los dos. — susurró antes de jurar por lo bajo— Está muy oscuro.

¿Y si no lo recuerdo después?

—¿Recuerdas el río? —Él asintió— Síguelo. —Russell azuzó su caballo hasta llegar al río y

ella le dijo— Hacia el este. Recuerda hacia el este hasta que encuentres la roca en medio.

Al ver la enorme roca en medio del río, la reconoció enseguida y detuvo el caballo.

—¿Aquí? — Russell se acercó a un árbol calculando la distancia desde la roca— Está en

frente. ¿Lo recordarás?

—Vas a venir tú. Eres tú quien tiene que recordarlo.

—Si a mí me pasa algo, tendrás que venir tú — dijo muy serio. —Esperaremos un par de años y lo recuperaremos.

—¿Y después?

—Lo fundiremos. Eso no será problema. — cogió una roca plana y se arrodilló hundiéndola en la tierra —Vigila.

Ella se volvió mirando a su alrededor, pero no se escuchaba nada extraño. Escuchó como se sacudía las manos y se volvió— ¿Ya?

—Sí. —pisó la zona y la cogió de la mano— Vamos a lavarnos la tierra.

Tiró de ella hacia el río y se arrodillaron para lavarse las manos— Sé concienzuda. Si el alguacil ve tierra en las manos, nos detendrá hasta que cantemos.

Asustada se repasó las uñas y miró el vestido— Me lo he manchado.

Se llevó las manos a los cierres delanteros y se lo desabrochó a toda prisa levantándose — Ayúdame.

Russell ayudó a quitárselo y poniéndose muy nerviosa, se quitó la camisola para mojarla y

frotar el vestido. Él carraspeó viéndola desnuda de cintura para arriba arrodillada al lado del río — Preciosa...—dijo con voz ronca— ¿Crees que eso era necesario? Tenía un pañuelo.

Le miró enfadada—¡Pues podías habérmelo dicho antes! — volvió a la tarea y sonrió cuando vio que la mancha había desaparecido. Se levantó distraída y susurró —¿Crees que seguirá manchado? No se ve muy bien.

Como no respondía, levantó la vista para verle totalmente desnudo ante ella. La camisola mojada se le cayó de la mano al suelo al ver su sexo erecto y sus labios se separaron sintiendo que estómago daba un vuelco— ¿Y lo de hacer las cosas bien?

—Eso fue antes de que te desnudaras— susurró acercándose lentamente. —Preciosa, ¿quieres que deje el vestido a salvo?

Al ver el movimiento de su miembro al caminar, el vestido cayó al suelo sin poder dejar de mirarle.

Russell hizo una mueca —Ya lo arreglarás después. — se acercó pegándose a su cuerpo y ella gimió al sentir su pecho rozando sus pezones. La abrazó acariciando su espalda y June cerró los ojos levantando la cabeza deseando sus labios. Las manos de Russell bajaron por su cintura y metiéndose en sus pololos acarició sus nalgas. June impaciente, llevó las manos a los cordones para desatar el pantalón de su ropa interior. Russell la besó en el hombro y bajó por su pecho hasta atrapar uno de sus pezones en su boca. June gritó sujetándose en sus hombros retorciéndose de placer mientras que él bajaba su ropa interior acariciando sus muslos. Desesperada enterró sus dedos en sus cabellos exigiendo más y se agachó buscando su boca. Russell la besó apasionadamente tumbándola sobre la hierba sin dejar de acariciar todo su cuerpo. June abrió las piernas haciéndole espacio y él se tumbó sobre ella. Abrió los ojos cuando se separó de sus labios y sintió que le faltaba el aire cuando rozó con su sexo sus delicados pliegues de arriba abajo. —Mi amor....

Los ojos de Russell brillaron y besó suavemente sus labios antes de entrar con ella muy lentamente. June gimió arqueando su espalda y se le alteró el corazón cuando se movió poco a poco

dentro de su ser torturándola de placer. Disfrutando de sus caricias le dejó hacer, pero el deseo y la tensión de su vientre casi la volvieron loca mientras entraba en ella una y otra vez de una manera tan delicada que parecía que temía hacerle daño. June buscando la liberación gritó— ¡Más!

Russell sonrió entrando en ella de manera más contundente—¡Más! — gritó sin poder evitarlo. Él no la defraudó y sus embestidas le robaron el aliento. Su vientre se estremeció y todo su cuerpo estalló catapultándola a un mundo de placer que la dejó sin fuerzas.

Los besos de Russell la llevaron de vuelta a la realidad y sonrió acariciando su cuello— Sé que no es el mejor momento, pero tenemos que irnos, preciosa. — la besó en los labios y la ayudó a levantarse.

—Mi vestido— susurró mirando a su alrededor mientras que él le entregaba su ropa interior. Él sonrió al ver que todavía estaba algo ida y le entregó el vestido.

—¿Necesitas ayuda?

Se sonrojó —No, vístete. Tenemos que salir de aquí. — se puso sus pantalones interiores a toda prisa y vio con coquetería sus pantalones negros mirándola de reojo con una sonrisa— No hace falta que te jactes de esa manera.

—Preciosa, no me estropees este momento. — se puso los pantalones negros mirándola con esa sonrisa que la volvía loca y no pudo evitar sonreír poniéndose el vestido.

Capítulo 13

Se estaba abrochando los cierres delanteros cuando escucharon un ruido y se detuvieron en seco mirando hacia el otro lado del río. Asustada caminó lentamente hacia atrás y Russell la cogió para colocarla tras él.

—¿Habéis terminado? Tengo hambre.

La voz de Michael les dejó de piedra y Russell gritó sin poder evitarlo— ¿Qué coño haces aquí?

Michael salió de entre los árboles y sonrió pícaramente —Tardabas mucho y mamá me envió a buscarte. Te encontré en Londres en la fonda donde te hospedas siempre, pero como esa noche la rescataste, no intervine. Suponía que necesitabais un tiempo solos— dijo mirándolos con malicia. —Tío, has sido muy lento. Yo la hubiera rescatado mucho antes.

June se echó a reír sin poder evitarlo y Russell la fulminó con la mirada. Intentó disimular mientras Michael saltaba las piedras para llegar a su lado del río. —¿Nos vamos? Hay movimiento en la aldea.

Russell se tensó— ¿Movimiento?

—El Conde y varios hombres os buscan.

—Mierda. ¡Esa zorra ha avisado al Conde! — Russell cogió sus cosas rápidamente y con la

pistola en la mano dijo— ¿Dónde tienes tu caballo?

—En el otro lado. A unos veinte metros.

—Reúnete con nosotros en el puente.

—Daos prisa. Ha levantado a los aldeanos contra vosotros. —dijo Michael sacando una pistola de detrás de la espalda y corriendo de nuevo para pasar al otro lado.

Asustada miró a Russell— Mi amor...

—No te preocupes. Saldremos de sus tierras antes de que se dé cuenta. — la cogió subiéndola al caballo a toda prisa y le entregó el gabán— Cubre el vestido. — lo hizo asustada mientras se sentaba tras ella para coger las riendas.

—Si nos cogen....

—Si nos cogen, di donde está el retablo. — azuzó el caballo para cabalgar hacia el río— No intentes evitarlo, preciosa. No quiero que hagan lo que hicieron a tu madre.

—No.— aterrada se volvió a mirarle— Si lo digo, nos ahorcarán.

En ese momento siete caballos les rodearon y Russell tiró de las riendas con fuerza haciendo que el hermoso caballo se levantara sobre sus patas traseras— ¡Russell! — gritó aterrorizada al ver al Conde sonriendo ante ellos apuntándolos con un arma.

Él apretó su vientre sujetándola para evitar que cayeran. Cuando el caballo se calmó, June gritó intentando disimular— ¿Qué queréis?

El Conde hizo que el caballo diera unos pasos hacia ellos y sonrió con maldad en su mirada. La recorrió de arriba abajo —Igual que tu madre.

—Eso lo sabrá usted. Ya que la conocía mejor que nadie, padre.

El Conde perdió la sonrisa— ¡Tú no eres mi hija!

Varios hombres se revolviaron sabiendo que mentía, pero siguieron apuntándoles y ella les

miró furiosa— ¿Vais a dejar que siga haciendo lo que le plazca?

—Preciosa...— susurró Russell— Nunca se pondrán en su contra.

El Conde se echó a reír— Cierto. Ahora dime dónde está mi retablo.

—¡Púdrase! ¡No sé de qué nos habla! ¡Esa bruja nos ha engañado porque lo quería ella, pero no lo hemos encontrado! ¡Mi huerta es enorme!

—Estás algo lejos de tu casa. — dijo sin creerse una palabra.

—¡El caballo tenía que descansar! ¿Cómo íbamos a cavar en toda la huerta de noche? ¡Íbamos a la posada a pasar la noche para regresar mañana en cuanto amaneciera!

Russell no movió el gesto por su mentira y el Conde se lo creyó. Se dieron cuenta de inmediato y Russell se tensó tras ella al ver que el Conde le hacía un gesto a uno de sus hombres, que se bajó de inmediato para registrar la alforja de Russell, tirando la camisa y la navaja de afeitar al suelo con lo poco que tenían para comer. ¡El Conde acercó el caballo y juró por lo bajo!

—¡Llevadlos a la Casa! — ordenó antes de salir a galope.

Russell volvió el caballo viendo que estaban rodeados y ella pudo ver a Michael a lo lejos montado sobre su caballo durante una décima de segundo antes de que desapareciera de su vista. — ¡Alejaos! — gritó Russell.

Uno de los hombres hizo un disparo al aire y ella apretó los antebrazos de su hombre para que se detuviera. —Se ha ido. —susurró sabiendo que también había visto a Michael.

—¡No hemos hecho nada! ¡No podéis retenernos! ¡Quiero ver el alguacil!

—Dígaselo al Conde. —dijo uno de ellos mirando a June con deseo.

—Como le toquéis un solo cabello...

El hombre apuntó a Russell a la cabeza—A ti no te necesitamos. Al Conde no le importará tu muerte.

—Russell, por favor...— dijo angustiada mientras otro de los hombres le arrancaba las riendas de las manos.

—¡Comprobar que no lleve armas!

Dos hombres les hicieron bajar del caballo a la fuerza y June pataleó cuando uno de ellos intentó sobrepasarse. Russell rugió al ver lo que hacían y gritó— ¡Os voy a matar a todos! ¡Dejarla en paz!

El que estaba sobre el caballo sonrió. — Ahora no, pero será nuestra. El Conde es generoso. ¡Subirla a mi caballo! — entonces ella le reconoció como uno de los hombres que trabajaban en el establo del Conde.

June miró a Russell mientras dos hombres la cogían de los brazos y vio que otros dos hombres le retenían. Se miraron a los ojos y cuando la subieron ante el esbirro del Conde dijo con burla— A ver si te lavas. Voy a vomitar.

Furioso, el tipo la cogió por sus rizos rubios tirando de su cuello hacia atrás— Estás muy señorita, pero unos minutos conmigo y vas a volver a ser la zorra que se abría de piernas para todos.

Ella se echó a reír tensándolo —Tu aliento es casi tan horrible como el olor de tu cuerpo. ¿Te has revolcado con los cerdos?

Los hombres se echaron a reír y el tipo perdió la paciencia tirándola al suelo.

—¡June!

Ella sorprendiéndolos se levantó a toda prisa y corrió hacia el bosque. —¡Corre, June!
¡Corre!

Odiaba dejarle allí, pero la buscaban a ella y era la única manera de salvarles a los dos. Escuchó los caballos tras ella, pero conocía el bosque mejor que ellos y en cuanto pudo, se subió a un árbol ocultándose totalmente. Reteniendo el aliento vio cómo se detenían bajo el árbol y el cabecilla gritaba— ¡Buscarla! ¡El Conde nos va a despellejar!

Esperó pacientemente y escuchó cómo iban de un lado a otro. Sabía que no querían enfrentarse al Conde sin ella como cobardes que eran, pero no podía quedarse allí hasta el amanecer. Alguien iría a pedir ayuda y no podía consentirlo. Cuando volvieron a pasar bajo el árbol, esperó a que se alejaran y bajó a toda prisa haciéndose daño en las manos por el roce de la corteza en su prisa por descender. Corrió por la hierba ocultándose en los árboles, pero al regresar casi llora de frustración al ver que Russell no estaba allí. Se giró hacia la casa grande y siseó— ¿Quieres guerra, Conde? Ya es hora de que alguien te ponga en tu sitio.

Se quitó los botines y hundió los pies sobre la hierba antes de echar a correr hacia la Mansión del Conde. Rodeó la colina para llegar por detrás y se dio cuenta que toda la casa estaba levantada por las luces de traspasaban sus ventanas.

Al levantar la vista vio a su hermana. La princesita estaba en camisón con una lámpara de aceite en la mano y hablaba con alguien. Estaba furiosa y ella entrecerró los ojos al verla volverse reprimiendo las lágrimas. Entonces se le ocurrió la idea de que la princesita la ayudaría a que le devolvieran a Russell. Sin pensarlo más, entró por la puerta de servicio y vio la ropa que estaba para lavar. Rebuscó en la oscuridad hasta encontrar lo que quería. La ropa de una doncella. Se escondió el cabello bajo la espalda del vestido negro y se colocó el delantal blanco. Ni siquiera se molestó en ponerse unos zapatos. Cogió un cuchillo de la cocina, que en ese momento estaba vacía y agachó la cabeza subiendo por la escalera de servicio que había visto miles de veces.

Al llegar arriba, se escondió detrás de una cortina de terciopelo granate cuando pasaron dos hombres armados e iba a salir al pasillo cuando escuchó decir a un hombre— ¡No salgas de la habitación! — cerró de un portazo y ella apretó los labios porque era el Conde. No fue hacia ella así que supuso que iba hacia la escalera principal. Cuando ya no escuchó nada miró hacia el pasillo sólo iluminado por una lámpara en uno de los aparadores colocados contra la pared. Al no escuchar nada más se guió por el número de ventanas y calculó más o menos donde estaría la habitación de su hermana. Abrió una puerta apenas una rendija, pero estaba oscuro así que fue a la siguiente donde vio luz por debajo de la puerta. Abrió lentamente y la vio de espaldas a ella sentada sobre su escritorio de

estilo francés. Vio como metía la pluma en el tintero y como estaba distraída, entró en la habitación cerrando tras ella. El click de la cerradura hizo que dijera— No necesito nada, gracias Lucy.

Le sorprendió su voz congestionada y la amabilidad con la que se dirigía a la servidumbre, pero no lo pensó mucho tiempo, sino que se acercó a toda prisa cogiéndola de sus rizos y tirando de su cabeza hacia atrás antes de colocarle el cuchillo sobre la garganta. Ella no emitió un sonido y siseó— Como abras la boca te rebano el cuello.

—¡June! — susurró mirándola a los ojos—¡Eres tú!

—Sí, y tú eres la princesita— dijo con odio. — Y ahora me vas a devolver a mi hombre.

—¿Tu hombre? — Parecía confusa.

—Le tiene tu padre y me lo va a devolver por ti. —sonrió con maldad— ¿Verdad, Lady Corianne?

Ella palideció— No sé de qué hablas, pero podemos ayudarnos.

—¿Ayudarnos? — apretó el cuchillo en su garganta— Claro que me ayudarás por la cuenta que te trae.

—Ayúdame a salir de aquí y haré cualquier cosa. Te lo suplico— sus ojos se llenaron de lágrimas— Sé que nunca hemos hablado, pero tenemos la misma sangre y te ruego que me ayudes.

June entrecerró los ojos— ¿Y por qué ibas a querer irte?

—Me va a volver a casar con otro hombre horrible. — una lágrima cayó por su mejilla —Por favor, no lo soportaré otra vez. Si me ayudas a huir, haré lo que quieras.

Vio el sufrimiento en sus ojos castaños y entonces entendió que todo era fachada. El Conde la utilizaba como había utilizado a su madre, pero de manera distinta.

—Me va a vender al próximo postor. Ayúdame. Ya me vendió a un viejo una vez. Antes me mato que vuelva a hacerlo.

Esa frase hizo que separara el cuchillo de su garganta y Lady Corianne se echó a llorar del alivio— Gracias.

—¡No te prometo nada! Sólo quiero a mi hombre.

Lady Corianne asintió y susurró— ¿Qué debo hacer?

—Averigua dónde lo tienen. —la señaló con el cuchillo— Como me traiciones, te mato y poco me importará que seas de mi sangre.

Lady Corianne asintió y se levantó corriendo hacia su bata sin ponerse las zapatillas. Corrió hacia la puerta y la miró—Vuelvo enseguida. Escóndete debajo de la cama por si vuelve el Conde.

En cuanto salió ella no le hizo caso y fue hasta detrás de la puerta con el cuchillo en alto esperando su vuelta. El corazón le latió con fuerza porque sabía que se estaba jugando la vida de los dos. Esperaba que Michael estuviera a salvo.

La puerta se abrió y retuvo el aliento para ver a su hermana entrar a toda prisa. Cerró la puerta sobresaltándose al verla allí— Está en el establo. —dijo asustada.

—¿A quién se lo has preguntado?

—A mi doncella. Es de confianza. Desea irse tanto como yo.

—¡No podemos llevarnos a media casa!

—Shuss. — escuchó acercándose a la puerta— Hay hombres por toda la casa.

—Me buscan.

Corianne asintió mirándola a los ojos y la sorprendió sonriendo— Estás distinta.

—Pues tú sigues igual. —miró sus rizos rubios más oscuros que los suyos y la tristeza en sus ojos— Aunque pareces más humana.

—Vaya, gracias. — dijo con ironía.

—Bien, este es el plan. Simulo que te secuestro y pido a Russell por ti.

Corianne negó con la cabeza—Es una cuestión de honor. ¡Quiere recuperar el retablo por encima de todo! No le liberará por mí. No le intereso nada. Soy una carga para él.

—Pero eres su hija y hará lo que sea para no quedar en ridículo de nuevo.

Los ojos de Corianne brillaron—Tengo un plan mejor.

—¿No me digas? — se cruzó de brazos.

—Si quieres librarte de él para siempre tiene, un secreto que no quiere que nadie descubra.

—¿Un secreto?

—Tiene varios, pero este hará que la Reina se enfade con él. —Corianne sonrió maliciosa— Cree que no lo sé, pero una vez le escuché hablar con madre y estaba furioso.

—¿La Reina? Desembucha.

—¿Perdón?

—¡Que me lo digas!

Lady Corianne la miró con desconfianza— No si me dejas aquí. Si se entera de que yo le he delatado, me mata.

—Si es verdad, estaré encantada de llevarte a donde quieras.

La observó durante unos segundos y asintió— Lo que no sabes de ese retablo es que fue un regalo de la Reina española a Enrique VIII antes de casarse.

—¿Y cómo fue a parar a manos del Conde?

—Porque en ese periodo de inestabilidad religiosa de palacio desaparecieron muchas cosas que a su majestad no le importaban en absoluto. —abrió los ojos para que entendiera.

—¿Tus antepasados se lo robaron?

—Eran católicos y no soportaban lo que el monarca estaba haciendo. Quisieron devolver el retablo a la Reina, pero el miedo a que Enrique se enterara lo impidió en el último momento. En aquel momento había espías por todo el país.

—Entonces pertenece a la Reina. —sonrió maliciosa— Por eso quiere recuperarlo.

—Lleva durante generaciones en la familia y ya lo considerábamos nuestro. Parte de nuestra historia. O al menos es lo que dice padre y por eso se pone furioso por no saber dónde está.

—Porque pertenece a la Reina.

Corianne hizo una mueca— Sí, supongo que sí. Si le amenazas con revelar su secreto a la Reina ...

—Me devolverá a Russell. —la cogió por el brazo y le puso el cuchillo bajo la barbilla— Vamos allá.

—¡No, espera! —pero June abrió la puerta sacándola al pasillo.

—Cierra la boca. —siseó llevándola hacia la escalera central.

Su hermana se detuvo en seco —¿Estás loca? Te dispararán y te apresarán. Si te tienen a ti tienen el secreto. —Ella lo pensó un momento y la volvió a meter en la habitación— No deben cogerte.

—¿Entonces cómo sabrá qué sé lo que sé? —preguntó frustrada apartándose.

—Escribe una nota. —dijo como si fuera tonta.

—¡No sé escribir! ¡Ni leer! ¡No todos hemos tenido tu suerte! —Corianne se sonrojó.

—Bien, te la escribiré yo. —corrió hacia su escritorio y cogió una hoja.

—¿Y se la envió por correo? —preguntó irónica.

—Muy graciosa— siseó escribiendo a toda prisa— ¡Coge una piedra y lánzala dentro del establo!

Se la entregó molesta y June sonrió sin poder evitarlo— Bien, ¿y después?

—Espera a que le dejen libre, pero no te acerques a él hasta estar muy lejos y haberlos despistado. Le seguirán.

—¿Y tú?

—Si eres una mujer de palabra volverás a por mí. No podemos escapar todos a la vez. Te esperaré.

—Bien.

—Pero por favor, no tardes demasiado. En un mes me habrá casado con otro.

—Yo cumplo mis promesas. — fue hasta la puerta y escuchó.

Miró a su hermana sobre su hombro y vio el miedo en su mirada mientras se apretaba las manos— Volveré.

Corianne asintió— Estaré preparada. Ahora vete.

Salió al pasillo y corrió hacia la puerta de atrás. Se detuvo al bajar las escaleras de servicio porque había personas en la cocina. Gimió porque ya no podría salir por allí e iba a subir de nuevo la escalera cuando escuchó gritos fuera.

—¿Fuego? — dos hombres se levantaron y corrieron hacia el exterior. Asustada por si era en la casa, corrió tras ellos para ver que el fuego era en el bosque y viendo como varios hombres corrían hacia allí y que estaban distraídos, corrió hacia el establo por la parte de atrás. Vio que salían varios hombres de él incluido el Conde, que empezó a gritar que fueran a apagarlo antes de que llegara a los graneros donde guardaban el trigo. Escondida tras el establo le vio a veinte metros. Se agachó para coger una piedra y la envolvió con el papel que le había dado Corianne. Afinando la puntería, tiró con todas sus fuerzas y la piedra le dio al Conde en toda la frente provocando que cayera hacia atrás del golpe.

Hizo una mueca porque se había pasado. Pero se no quedó a ver el resultado porque la buscarían en dirección a la piedra. Corrió hacia el bosque esperando que Russell estuviera bien.

Vio como pasaban las horas y amanecía. Los hombres apagaron el fuego y después otro que se inició en la parte baja de la casa.

—Michael...— susurró subida a un gran árbol donde tenía una vista periférica. Nadie salió del establo en esas horas y temió por su marido. ¿Por qué no le soltaban?

Se tensó al ver que el Conde con una venda en la cabeza salía de la casa con dos hombres detrás e iba hacia los establos gritando furioso. Pero cuando vio que su hermana era arrastrada por dos hombres hacia allí, palideció. ¿Qué había salido mal?

Nerviosa vio que la metían en el establo y cerraban las puertas de madera. Pensó en ello. Necesitaba ayuda. Ella sola no podría con todos. Necesitaba a Michael. ¿Pero cómo iba a encontrarle? Entonces le vio correr por el prado hasta llegar a la parte de atrás del establo para mirar por una ventana. No perdió el tiempo y se bajó del árbol para ir hacia él. Corrió todo lo que pudo haciéndose daño con las ramas de los arbustos, pero no se detuvo hasta que llegó al borde del bosque. Con la respiración agitada miró a su alrededor antes de sentir un fuerte golpe en la cabeza, que la dejó sin sentido cayendo a plomo en el suelo.

El olor a caballo la despertó y sintió que algo tocaba su pierna con insistencia. Al darse cuenta que estaba tumbada sobre el suelo, abrió los ojos de golpe para ver que estaba dentro de un establo y que un caballo empujaba la pierna con el morro. Cerró los ojos reprimiendo un gemido por el dolor de cabeza y se levantó lentamente mirando a su alrededor.

—¡Ya era hora!

La voz de Corianne la espabiló de golpe y al mirar a su alrededor la vio atada a un poste. — ¡Date prisa! ¡Un fuego en la casa les ha hecho irse, pero volverán enseguida!

Intentó ponerse de pie, pero todo le daba vueltas y cayó al suelo sentada— ¡June!

Se llevó la mano a la sien intentando centrar la vista—Estoy bien. Menudo porrazo. Casi me abre la cabeza. — suspiró poniéndose de rodillas de nuevo.

—¡En menudo lío nos hemos mentido!

—¿Cómo saben que me has ayudado?

—¡Estaba tan nerviosa que escribí la nota en mi papel! ¡Con mis iniciales grabadas!

—¡Serás estúpida! — exclamó mirándola a los ojos.

—¡Perdona, pero no estoy acostumbrada a traicionar a la familia! ¡Mueve tu trasero hasta aquí de una vez!

Se puso de rodillas y gateó hasta su hermana— ¿Dónde está Russell?

—¡Estás peor de lo que parece! ¡Está ahí!

Se detuvo para ver la dirección de su mirada y gritó al ver a Russell atado a una viga del techo por las muñecas. Su cara estaba llena de golpes y su camisa negra estaba rasgada por varias partes. — Oh, Dios mío.

—¡Desátame!

Su impulso le hacía ir hacia Russell para comprobar que estaba vivo, pero estaba más cerca de Corianne, así que se levantó tambaleándose y se sujetó en su hombro antes de dar la vuelta.

— ¿Estás bien? — preguntó su hermana preocupada.

—Tengo que sacar a mi marido de aquí.

Corianne corrió hacia la puerta y con esfuerzo arrastró un tablón colocándolo tras ellas en unas agarraderas para bloquearlas— Les retendrá un rato.

Se volvió y vio como June acariciaba la mejilla de su esposo con ternura mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y emocionada vio lo que era el verdadero amor. Corianne se llevó la mano al cuello al ver como su hermana casi sin tenerse en pie cogía a su marido de la cintura intentando

descolgarle.

—Espera. Así no conseguirás bajarle. — se acercó a toda prisa —Tranquila, está vivo.

June descansó la mejilla en su torso y sintió el sonido de su corazón. — Resiste, mi vida. Te sacaré de aquí.

Sintiendo fuerzas renovadas miró a su alrededor y vio un cuchillo —Tráeme ese cuchillo, Corianne.

Su hermana corrió hacia allí y ella tomó aire antes de coger los hombros de Russell— Perdona, cielo. —se impulsó hacia arriba y cogió la cuerda colocando los pies sobre los hombros de él. —¡Dámelo!

Corianne se estiró para darle el cuchillo y ella cortó la soga haciendo que cayeran los dos al suelo. June consiguió hacerlo de pie y fue hasta uno de los caballos, pero otro caballo relinchó y se volvió para ver en el cubículo de enfrente al caballo de Russell.

—Estas aquí, precioso. Vamos a sacar a Russell de aquí. — no tenía la silla, pero no se iba a detener a recuperarla. Afortunadamente tenía puesto el bocado y cogió las riendas tirando de él hacia Russell.

—Ayúdame.

—¡Date prisa!

Entre las dos le subieron boca abajo y apretó los labios cuando le sintió quejarse. —Le han molido a palos. Esos cerdos...— se subió al caballo de un salto y cogió a Russell por la cinturilla del pantalón—¡Súbete al caballo!

Su hermana corrió hacia un hermoso corcel de pelo castaño y se subió igual que ella cogiendo las crines de su caballo e hincando los talones para acercarse a ella. —¡Las puertas! — se iba a bajar de nuevo cuando escucharon voces fuera

—Espera. — siseó ella al ver que las movían—En cuanto las abran, sal a galope en dirección contraria a la mía.

—Pero...

—¿Sabes dónde está mi antigua casa?

Corianne asintió—Nos veremos allí. Ve hacia el sur y yo hacia el norte. Llegarás antes que yo. Si no estás allí cuando pase, tendré que irme sin ti. ¿Entendido?

—Estaré allí. —susurró mirando la puerta. Los golpes en la puerta cada vez eran más fuertes. June cogió su brazo y la miró a los ojos— No te preocupes por mí. Estaré allí.

—Bien. — miró hacia la puerta y puso el caballo en posición —¿Preparada?

Se colocó a su lado y asintió. Las puertas se abrieron de golpe y ambas hincaron los talones con fuerza saliendo a galope. Los hombres tuvieron que apartarse para dejarlas pasar y varios gritaron siguiéndolas corriendo. June se dirigió al norte rodeando la casa sonriendo porque había ganado una buena ventaja. Un silbido la hizo mirar al bosque y supo que era Michael, así que se dirigió hacia allí sin perder el ritmo. Entró entre los árboles y sin dejar de galopar, miró a su alrededor para ver segundos después a Michael sobre su caballo varios metros más a al sur galopando en paralelo a ella. Salieron del bosque entrando en un camino de tierra y Michael se colocó a su lado. Muy serio vio a su tío inconsciente sobre su caballo y gritó —¡Tu montura no aguantara el peso de los dos a este ritmo!

—¡Debemos salir del condado! ¡Sígueme!

Cabalgaron a un ritmo frenético y varias veces temió por Russel, pero afortunadamente no se le cayó al suelo.

—¿A dónde rayos vas?

Le miró a los ojos— ¡A por mi hermana!

Michael la miró atónito— ¿Tu hermana?

—¡Te lo explicaré luego! — dieron la curva y allí estaba Corianne montada en su caballo dispuesta a continuar.

—¡Corre! — gritó ella pasando a su lado sin detenerse.

Michael le guiñó un ojo y se sonrojó antes de hincar los talones para seguirles pensando en quién sería ese descarado.

Después de varias millas Michael gritó— No nos siguen.

Redujo el ritmo hasta detener a Diamante y le palmeó el cuello— Lo has hecho muy bien.

Corianne se volvió sobre su caballo —No debemos confiarnos.

—Y no lo vamos a hacer. Pero van a estar algo ocupados durante un rato si quieren seguir teniendo mansión porque había provocado otro fuego antes de ver que salíais.

—Corianne, él es Michael.

Corianne levantó una ceja elevando la barbilla— Encantada.

Michael silbó— Esta sí que es una niña rica.

—Ya le quitaremos las malas costumbres. — dijo metiéndose en el bosque de nuevo mirando a Russell— Vamos a ver que tiene tu tío.

—No debemos detenernos. —dijo Corianne provocando que ambos la fulminaran con la mirada— Era una sugerencia.

—Mira, guapa. Aquí manda ella. Así que vete haciéndote a la idea de que cuando June dice algo es una orden. En ausencia del jefe, claro.

—Claro. —dijo Corianne sin entender nada— ¿Y quién es el jefe?

—Mi tío— respondió como si fuera tonta.

—Ah...— sonrió mirando a Russell— ¿Y quién es para ser el jefe? ¿Jefe de qué?

Michael miró a June atónito— ¿No sabe quién eres?

—¡Ya lo sé! ¡Sois forajidos como los de las novelas! — dijo Corianne emocionada.

Ambos pusieron los ojos en blanco— ¡No! ¡Es algo mucho mejor!

—¡Asaltáis coches correo y esas cosas!

Parecía tan emocionada que June no sabía qué decir, pero Michael no tenía ese problema—

Madre mía. ¡Estás fatal! —June se echó a reír al ver la cara de indignación de su hermana—Tenemos un circo.

—Un circo...—susurró ilusionada—¿Te fuiste con el circo del año pasado?

—Se ha convertido en toda una estrella— dijo Michael hinchando su pecho con orgullo. — Y es la esposa de nuestro jefe.

—Tu no pierdes el tiempo ¿verdad?

—Hasta la Reina la ha condecorado.

—¡No! — dijo impresionada.

—Dejaros de cháchara. —miró a Michael sonrojada— ¿Dónde están los nuestros?

—A unas cien millas al oeste. Hace siete días Roger dijo que no se moverían de allí hasta no tener noticias mías.

—Bien. — llegaron al río y June se bajó del caballo para ver la cara de Russell.

—Le han dejado hecho una pena— dijo Michael bajando también. Ya era totalmente de día y se rasgó la falda para mojar la tela en el agua. Se la pasó con cuidado por la cara mientras Michael le sujetaba la cabeza. —Tiene dos chichones bien gordos.

—Le golpearon. Intentaban saber dónde estaba el retablo. — dijo su hermana bajando del

caballo con agilidad.

—¿El qué? —Michael la miró a los ojos— ¿En qué lío os habéis metido?

—Escúchame bien. Debes volver.

—¿Estás loca?

—A ti no te busca nadie y debes ir a recoger algo. Lo necesito.

Michael asintió— Si es tan importante iré a buscarlo cuando estéis seguras.

—No. Irás a buscarlo ahora y nosotras iremos dirección a los nuestros. Nos alcanzarás.

—Pero dos mujeres solas y además él está herido. No puedo dejaros solas. Mírala. ¡Va en camisón! Sois presa de cualquiera que os coja.

Corianne asintió dándole la razón mirándole con una sonrisa en los labios como si fuera todo un héroe.

—¡Tiene quince años!

Corianne abrió la boca sorprendida mientras Michael sonreía subiéndose los pantalones que ya le quedaban cortos— ¿Impresionada?

—¡Déjate de tonterías que ella es mayor que yo!

—¡Un año! — protesto su hermana— Sólo un año. Bueno, año y medio. —Michael le guiñó un ojo sonrojándola.

— Tú, rompecorazones. Volverás a donde te voy a decir y regresarás a toda prisa, ¿me oyes? Sólo te llevaremos tres horas como mucho de ventaja.

—No tenéis comida ni ropa.

—Iremos por el bosque todo el tiempo que podamos. Sigue al oeste y nos encontrarás.

Michael asintió—¿Dónde tengo que ir?

Ella se lo explicó todo mientras los caballos bebían en el río y descansaban un rato. —Si te ven, da la vuelta. No lo recojas. Debes ser una sombra porque como te cojan con el retablo te matarán Michael.

—No te preocupes por eso. — se subió al caballo sonriendo. Giró el caballo y salió a galope dejándolas solas.

Corianne suspiró—¿Haces lo correcto?

Comprobando que Russell tuviera pulso la miró— Si voy a ir a ver a la Reina debo llevarlo.

—Pero mi familia...— susurró asustada.

—¡Debo pensar en los míos! En Russell, en Michael y en todos los demás. No puedo dejar que un día nos sorprenda o le haga algo a Russell para recuperar esa maldita cosa.

—Mi madre...

—Disculpa, pero la Condesa no me preocupa en absoluto— dijo muy seria.

—¡Ella no ha hecho nada!

—Y no le pasará nada. Sólo le voy a dar el retablo a la Reina. Si lo tiene ella todo se habrá detenido y podré dormir tranquila.

Un gemido hizo que mirara a Russell. Le levantó la cara con cuidado— Mi amor, ¿cómo te encuentras?

Él abrió los ojos y sonrió con esfuerzo al verla— Estás bien...

—Gracias a ti, mi vida. — le besó en la frente—¿Puedes incorporarte?

Gimió al ver el suelo— Hijos de mala madre.

Su hermana jadeó y él levantó la vista hacia ella— ¿Quién es?

—Cariño...

Russell se colocó las manos sobre el lomo de su caballo y se dejó caer al otro lado. June sonrió radiante al ver que estaba bien y corrió hacia él abrazándolo por la cintura—Estás bien.—dijo emocionada.

—Un par de golpes. Preciosa, esa mujer está en ropa de dormir.

—Lo sé. Es mi hermana.

—¿Tu qué? — le gritó a la cara—¿Has secuestrado a la hija del Conde?

—Qué bien me conoces, pero no. Nos ayudó y ...

Él la miró recordando— Claro, ya me acuerdo que la ataron ante mí. Algo de una traición ... —miró a Corianne que estaba sonrojada— Nos has ayudado.

—La iban a casar de nuevo. No podía dejarla allí. Puede venir con nosotros, ¿verdad? En el circo...

Russell la miró como si estuviera loca— ¿Pero qué dices, mujer? ¡Pertenece al Conde! ¡Entonces nunca nos libraríamos de él!

Miró a su hermana preocupada apartándose de Russell—Pero le prometí que la ayudaría. Y lo voy a hacer.

Él suspiró llevándose la mano a la cabeza— Ya pensaré en eso después. Ahora no estoy para más problemas.

—Enseguida se te pasa. A mí ya no me duele— le sonrió emocionada porque estuviera bien.

—¿Te han golpeado? — la cogió por los hombros mirándola bien— ¿El bebé está bien?

—¿Estás en estado? — preguntó su hermana preocupada— ¡No puedes ir por ahí pegando botes de un lado a otro!

Los dos la miraron asombrados por su tono—¡Debe descansar! Lo puede perder.

—Si no lo he perdido ya, no creo que pase.

—¿Por qué lo dices? — preguntó acercándose.

—Es una larga historia. — dijo su marido— ¿Nos vamos?

June carraspeó y su marido la miró con desconfianza— ¿Y ahora qué?

—Michael ha ido por el retablo.

—¡Estás loca! ¡Si la llevamos con nosotros nos puede denunciar! — ambas sonrieron de oreja

a oreja—¿Qué tramáis?

—Cariño, te lo cuento por el camino. No perdamos más tiempo.

Capítulo 14

Michael les dio alcance al día siguiente. También llevaba comida y su hermana perdiendo la educación totalmente comió el pollo con las manos como si se lo fueran a quitar de la boca. Se notaba que no estaba acostumbrada a pasar hambre. Dormían al raso y todos estaban doloridos de tanto cabalgar, pero su hermana más aún al no estar acostumbrada. Cuando salieron del bosque y vieron delante de sí a las carretas, June casi se echa a llorar del alivio.

—Bienvenida a casa, mi amor—susurró Russell a su oído antes de besarla en el lóbulo de la oreja.

Todos salieron corriendo a recibirlos y Sara se echó a llorar al ver a su hijo, que corrió hacia ella para abrazarla mientras que los demás ignorando a Corianne miraban a June sin saber muy bien si serían bien recibidos.

Roger extendió la mano y ella forzó una sonrisa pasando la pierna al otro lado. Se dejó coger por el abuelo y la abrazó— ¿Cómo estás, niña?

—Contenta de estar en casa.

Mary se limpió las lágrimas y miró a Russell—¿Ha sido difícil rescatarla?

—Rescatarla ha sido lo más fácil— dijo divertido. — Pero nuestra princesa es una cajita de sorpresas.

Ella chasqueó la lengua— Fue idea tuya que nos casara el reverendo Mathews.

Las chicas corrieron hacia ellos y chillaron al verla abrazándola mientras los demás se reían. Empezaron a hablar a la vez e intentó contestar, pero sabía que cuando se calmaran podría responderles. Maggie se separó de ella y miró a su hermana— ¿Quién es esa que tiene pinta de haberle pasado por encima un carruaje?

Su hermana se puso como un tomate. —Es mi hermana Corianne. Chicas, ¿podéis ayudarla?

Las chicas fueron hacia ella y casi la bajaron del caballo a la fuerza haciendo reír a Russell que se tocó las costillas gimiendo después.

Albert acudió en su ayuda—¿Estás bien, jefe?

—Nada que una copa de vino no pueda curar. —se acercó a Roger— Recoge para irnos a Londres.

—¡A Londres! ¡No podemos volver todavía!

—Debemos regresar. Luego te lo explico todo.

—Jefe, tenemos un problema.

—¿Otro? — preguntó June acercándose a ellos— ¡No será Tidwell!

Negó con la cabeza —Los tenemos en una de las jaulas.

Russell entrecerró los ojos y Roger se apartó para que pasara. June le siguió a toda prisa para encontrarse a Lord Carrington sentado en una de las jaulas al lado de otros dos hombres y por la pinta, llevaban allí unos días. Se tapó la nariz. —Vaya, me había olvidado de él.

—Y yo. — gruñó su marido abriendo la jaula—Lord Carrington menudo honor. — al oír su ironía el aristócrata se asustó—Salga para saludarle como corresponde.

—Quiero ver al alguacil.

—¿Para decirle que ha venido a secuestrar de nuevo a mi esposa?

—¡No la secuestré! ¡Usted me la entregó!

Eso puso a Russell de muy mal humor y los hombres que estaban con el Lord le empujaron con fuerza hasta la entrada donde Russell lo cogió por las solapas de la chaqueta arrastrándole hacia afuera mientras chillaba como un cerdo.

—¡No te la entregué para que la trataras así! — gritó mientras le levantaba pegándole un puñetazo en el estómago que lo dobló por la mitad.

—Vino en la mitad de la noche armado hasta los dientes. Intentaron asaltar tu carreta sin saber que siempre estamos preparados. Se rindieron al verse rodeados. —dijo Roger enfadado—Esos dos lloraron como niños, pero este no paraba de gritar llamando a June.

—Puercos. —dijo el Lord incorporándose—¡Ella es mía!

Eso sacó a Russell de sus casillas, que volvió a golpearle en el vientre mientras June ponía los ojos en blanco.

—¡Os mataré a todos!

—¿Qué hacemos jefe? ¿Los liquidamos y los echamos al león?

Russell sonrió con maldad antes de mirar a los dos que estaban encerrados. Unos se meo de miedo al verse rodeado de todos. El otro se echó a llorar— Esos dos no dirán nada.

Los dos negaron con la cabeza y June por poco se echa a reír. ¿Dónde les habría contratado Carlton?

—Soltadlos— dio un paso hacia ellos—Como os vuelva a ver, no quedará nada de vosotros.

Salieron a toda prisa y corrieron como si les persiguiera el diablo. Uno cayó al suelo y el otro no le ayudó. En cuanto se levantó, se subió los pantalones que se le habían bajado enseñando parte del trasero haciéndoles reír a todos. Russell se volvió hacia Carlton y le cogió por el cuello al ver que miraba a June—Ahora vamos a hablar tú y yo. —tiró de él hasta pegarlo a la jaula y June

sonrió acercándose a ellos— Preciosa, ¿qué te hizo este cabrón?

—Me dio un bofetón.

Todos se tensaron a su alrededor y dieron un paso hacia él— Me mantuvo encerrada y no me dejaba irme. —sus amigos dieron otro paso hacia ellos mientras Russell apretó la mano de su cuello —¿Qué le vas a hacer, amor?

—Debería despellejarle— siseó furioso viendo como se ponía morado por la falta de aire.

—No lo mates —dijo divertida. — Me hacía regalos. —Russell la fulminó con la mirada, soltando a Carlton que cayó al suelo buscando aire— ¡Tú no me haces regalos!

—¡Te di la moneda!

—¡Eso fue caridad! ¡No fue un acto de amor!

—¿Quieres que te ame como este chiflado? — preguntó asombrado.

—No. Pero en ciertas cosas sí que podías aprender.

—¡No necesito aprender algo de este niño rico! — le gritó a la cara—Vete a la carreta.

—No. Quiero ver lo que le haces. ¿Le vas a matar?

Carlton palideció— ¡Claro que le voy a matar! ¡No puedo dejar que vuelva una noche y me raje la garganta para volver a secuestrarte!

—No lo hará. Ha aprendido la lección. — se volvió hacia él y le miró con odio— ¿No es cierto? Porque si a mí me pasara algo, mis amigos te buscarían y no te darían otra oportunidad. — sus amigos dieron otro paso hacia él y Carlton se encogió asustado— Y no digamos si le haces algo a mi marido. — se agachó a su lado— Sufrirías una muerte lenta y dolorosa. ¿Sabes lo que hace el león? Te mata lentamente para que tu carne aun esté fresca. Empezará comiéndote poco a poco antes de destrozarte tu tronco. ¿Quieres averiguarlo personalmente? — le agarró del cabello para que la mirara a los ojos— Acércate de nuevo al circo y sabrás de primera mano lo que es el dolor.

Carlton asintió, pero vio algo en sus ojos que no le gustó nada. No se daba por vencido y se levantó suspirando— Mátalo, Russell. No cejará.

—Tus deseos son órdenes, querida— lo cogió por la pechera de la camisa y lo levantó tres palmos del suelo mientras Carlton gritaba que era un lord y que no podían dañarlo. Que todos lo pagarían.

Russell lo tiró varios metros más allá furioso— En el circo todos somos iguales, sabandija.

Varios se acercaron para levantarlo y le empujaron hacia él como si fuera un muñeco. Su hombre le pegó un puñetazo que lo tumbó de nuevo y June chasqueó la lengua cuando le vio sin sentido— ¡Cariño! — protestó golpeando el suelo con el pie—¡Ahora tendremos que esperar a que se despierte!

Él gruñó tocándose el costado y les dijo—Meterlo en la jaula.

—No sé si matarlo es buena idea— dijo Roger rascándose la cabeza.

Michael asintió— Este no va de frente. Debemos quitarlo del medio. Es más seguro para todos — varios murmuraron que tenía razón.

June se cruzó de brazos mirando a su lord sin sentido ya dentro de la jaula—Debemos meterle el miedo en el cuerpo. Aterrorizarle tanto que no se le ocurra pensar en nosotros siquiera.

—¿En qué estás pensando, preciosa?

—Traer al león. Pero cariño, alimentarlo primero.

Los gritos del lord al despertarse la hicieron sonreír metida en la bañera. Levantó la pierna pasando el paño mojado y respiró profundamente dejando que el aroma a rosas la envolviera. Se relajó cerrando los ojos posando el pie en el borde de la bañera y pensó en lo que tenía que hacer ahora. Escuchó que se abría la puerta y sorprendida vio que el agua se había enfriado. ¿Se había quedado dormida? Haciendo una mueca se enderezó y sonrió a Russell que la miró sorprendido— Preciosa, ¿todavía estás así? Hace más de tres horas que ibas a bañarte.

—Sí, el tiempo pasa volando. — se levantó con cuidado y Russell se acercó para ayudarla a salir.

—June estás helada. —tocó el agua y frunció el ceño al ver que estaba fría—¡Te has dormido en la bañera!

—Estoy bien. — cogió una toalla y se empezó a frotar, pero él se la arrebató para pasársela por su cuerpo con fuerza. Suspiró porque nunca tendría un marido delicado, pero prefería a Russell por encima de cualquiera. Cuando seco su vientre lo hizo con suavidad y ella miró hacia abajo acariciando su cabello negro.

—Se te empieza a notar.

—No es cierto— se echó a reír divertida.

—Sí. — acarició la pequeña curva de su vientre—Esto antes no estaba aquí. — se le cortó el aliento cuando sus labios la rozaron por debajo del ombligo y la abrazó a él con fuerza— ¿Me has perdonado?

—Es increíble. ¿A que sí? Debe ser todo lo que ha pasado. — acarició su nuca—Cariño, debes descansar.

Él se levantó y la cogió en brazos llevándola a la cama. —Descansaremos bien esta noche. Mañana empezaremos camino.

—¿Qué ha pasado con Carlton?

—Cuando se desmayó por segunda vez, decidí que ya podíamos sacar al león. Los chicos se lo han llevado para dejarlo en el camino. No prometo que no reciba un par de golpes de camino. Le tienen ganas.

—Mientras no lo maten...— vio como empezaba a desvestirse y sonrió cuando le vio meterse en la bañera y enjabonarse a toda prisa. — ¿Y mi hermana?

—En la carreta de Unnia durmiendo a pierna suelta.

—¿Qué haremos con ella?

—Ya lo pensaremos mañana. De todas maneras, esa bruja seguro que le ha dicho al Conde que trabajas en un circo. Sólo es cuestión de tiempo que nos encuentre.

—Y nos buscará.

—Por supuesto. Esto no puede quedar así.

Suspiró dejando caer la cabeza sobre la almohada— Sólo os doy problemas.

—No es cierto. Fue culpa mía ir a hablar con el reverendo. Por cierto, seguimos sin estar casados.

—Pecador.

Él se echó a reír y salió de la bañera. Sin ningún pudor se secó ante ella y cuando terminó tiró la toalla antes de tumbarse a su lado. Gimió tocándose la cabeza.

—¿Estás bien? — preguntó preocupada.

—¿Contigo a mi lado? — la abrazó pegándola a él y ella suspiró contra su pecho— Contigo a mi lado estoy estupendamente, preciosa.

—Más te vale. Ahora no puedo cambiarte por otro.

—Lo mismo digo.

El viaje de regreso a Londres se inició al día siguiente y todos estaban nerviosos. Sabían todo lo que había ocurrido y esperando un asalto del Conde, iban armados hasta los dientes. Pero entraron en Londres sin ninguna dificultad. Ella se pasó casi todo el camino durmiendo porque el agotamiento

después de todo lo que había ocurrido le pasó factura.

Su hermana era como un pez fuera del agua. Lo miraba todo con los ojos como platos y cuando se enteró de que tenía que hacer sus necesidades en el camino puso el grito en el cielo.

Sus amigas intentaron hacerla entrar en razón, pero ella intentó verla. Escuchaba los gritos desde la cama y a Russell hablándole como lo había hecho con ella en el pasado. La rebeldía le duró medio minuto.

Sonrió abrazando su almohada suspirando cuando escuchó que su marido entraba en la carreta y se acostaba a su lado. Se abrazaron sin hablar y se sintió que eran realmente uno.

Después de acampar, se vistió con su mejor vestido y miró a su marido que se estaba poniendo la chaqueta sobre su chaleco blanco—Estás muy apuesto.

Él sonrió colocándose el pañuelo blanco al cuello y miró al espejo viendo su reflejo en él—Tú sí que eres preciosa.

Acarició la tela azul y sonrió llevándose la mano al vientre— ¿Te casarás conmigo?

Sorprendido se volvió— ¿No lo hemos hecho ya?

—Muy gracioso. Sí, eres muy gracioso.

—¡June! —su hermana abrió la puerta de su carreta y entró como alma que lleva el diablo. Asombrada miró a su alrededor—¡Claro, tú vives como una princesa!

—Como lo que es. — Russell se tensó— ¿No sabes llamar?

—¡Quiero hablar con mi hermana! — se volvió hacia ella— Me parece perfecto que a ti te guste vivir así, pero no estoy dispuesta a compartirlo todo. ¡Hay cosas que no se comparten!

—¿De qué hablas? — se acercó a su tocador y se sentó sobre el banco para recogerse el cabello.

—Una de las chicas me ha dado ...—se sonrojó fulminando a su cuñado con la mirada— ¿No

tienes nada que hacer?

—Te recuerdo que estás en su carreta, comes su comida y te vistes gracias a él. Espero que le hables a mi marido con más respeto. — Corianne se sonrojó por la regañina y June se dio cuenta que nunca se acostumbraría a vivir así. Ella era muy distinta. Había nacido con una cucharita de plata en la boca. —Ahora dime qué ocurre sin aspavientos.

—Me ha dado la ropa interior, pero ahora quiere que se la devuelva. — se apretó las manos muerta de la vergüenza—La llevo puesta.

—Seguro que has sido grosera con ella. ¿Quién es de las dos?

—Maggie.

La miró sorprendida— Pues sí que has sido grosera. Maggie es un pedazo de pan.

—Siento si se sintió ofendida. No me di cuenta cuando dije lo que dije.

—¿Y qué dijiste exactamente? — preguntó Russell divertido.

—¡No sabía que no estaba casada! ¡Fue un error! Pensaba que ella y su hermana estaban casadas. — abrió los ojos como platos— Si una de ellas está en estado.

June miró de reojo a su marido que se tensó— La vida en el circo es distinta. A veces al ir de un lado a otro y no parar de trabajar, se nos olvidan esas cosas. Eso no significa que no sean matrimonios.

—¡Claro que sí! ¡No están casadas! ¿Qué impide a esos hombres que las dejen en la cuneta?

—El amor.

Su hermana se quedó de piedra — Lo único que importa entre una pareja es el amor y aquí no hay presiones para que dos personas se casen en contra de su voluntad como te ocurrió a ti. Se casarán en cuanto podamos porque lo celebraremos por todo lo alto como se merecen. Ahora quiero que vayas a disculparte con Maggie.

Su hermana lo pensó y cogió su falda antes de mirar a Russell —¡Como no te cases con ella, te rajo como si fueras un cerdo! — gritó a pleno pulmón dejándolos con la boca abierta antes de salir de allí furiosa.

Russell hizo una mueca reaccionando antes que June— Iré a buscar a un reverendo.

—No. Tenemos otras cosas que atender. — se levantó reprimiendo una risita— Menudo carácter.

—Sí, se parece en algo a ti.

—¿Sí, verdad?

Russell puso los ojos en blanco al ver que estaba orgullosa y la cogió del brazo para salir de la carreta. —Preciosa, la Reina no tiene nada que hacer contigo.

—Eso ya lo veremos. Espero que se crea lo que le voy a contar porque puede ser increíble.

—Tenemos a tu hermana para garantizar que así sea.

Capítulo 15

Ante la puerta de audiencias Russell, Roger, Michael, Corianne y June aparentaban una tranquilidad que no sentían. Russell llevaba el retablo en la mano, cubierto por una tela de seda roja.

La enorme puerta se abrió y un hombre gritó— ¡La princesa del circo!

June levantó la barbilla y cogió del brazo a Russell, que caminó a su lado mientras los demás les seguían. La sala de audiencias era impresionante y June miró a su alrededor las paredes de seda borgoña y las molduras de oro. Ante ella estaba la Reina sentada en su precioso trono y sonreía mientras se acercaba—Pero mira quién está aquí.

Varias damas sonrieron al verla y June reconoció a algunas que habían estado en la función aquel día. —Y veo que le llegó mi regalo.

Llegó ante ella e hizo una inclinación ante la Reina— Un honor que no me merezco, Majestad.

—Esperaba verla el año próximo.

—Unas circunstancias que no he podido impedir me han traído de vuelta Majestad. ¿Recuerda a mi marido? ¿Russell Campbell?

—Sí, por supuesto. Nunca me olvido de una cara. Como tampoco olvido esa cara que está ahí.

— La Reina frunció el entrecejo mirando a Corianne que inmediatamente hizo una inclinación hasta el suelo.

—Majestad.

—Creía que había vuelto a casa de su padre, Lady Corianne. ¿Qué la trae de vuelta a Londres?

—He venido con mi hermana, Majestad.

—¿Su hermana? —miró a los presentes antes de que sus ojos fueran a June. La Reina suspiró haciendo un gesto a las damas para que salieran de inmediato— Creo que tenemos mucho de qué hablar.

—Eso parece, Majestad. — dijo June mientras las damas salían a toda prisa.

—Pues empiece, querida. Debo reconocer que usted nunca deja de sorprenderme.

Sonrió pícaramente— Y espero no dejar de hacerlo nunca.

La Reina se echó a reír mientras dos hombres vestido de negro se colocaban cada uno a un lado de su majestad—Empieza. Me intriga todo esto.

June empezó a contar la historia desde el principio y sin ocultarle nada. La Reina apretó los dientes al enterarse de la violación de su madre y después su muerte. Continuó la historia saltándose lo que había pasado con Lord Carrington para evitar confusiones y relató cómo habían escapado de las garras del Conde.

La Reina miró a Russell— ¿Qué tiene ahí joven?

—Algo que es suyo, Majestad.

Él descubrió el retablo de oro y lo abrió ante sus ojos. La Reina asintió antes de mirar a June a los ojos— Supongo que estáis aquí para que os quite al Conde de encima.

—Quiero protección para mí y para mi hermana, que ya ha sido casada una vez.

—Es su hija legítima. La ley le ampara. — la Reina se levantó y bajó los tres escalones que los separaban para acercarse a Corianne que estaba pálida— No estaba de acuerdo con ese matrimonio, pero si tu padre quiere casarla de nuevo no podría oponerme... a no ser...

—¿Majestad?

—A no ser que te case yo primero, querida. A eso no podrá oponerse. — Corianne palideció y la Reina se echó a reír dejándolos atónitos— Es una de mis aficiones. Te encontraré la pareja adecuada.

—Pero majestad...— a June le interrumpió Russell cogiéndola del brazo.

—Sobre el Conde— se volvió para ver el retablo— Una maravilla. Lo acarició con suavidad. Realmente precioso. —se volvió para sentarse en su trono— No debéis preocuparos por el Conde. Unas palabras mías y no volverá a molestaros.

—Gracias, majestad. Nosotros sólo queremos vivir en paz. — dijo June agradecida.

—Podéis quedaros con el retablo. Sera mi regalo por todos tus sufrimientos, hija. Mereces una recompensa a todos esos años de dolor.

Los ojos de June se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza sorprendiéndola— Prefiero que se lo quede ella, Majestad.

Todos miraron a Corianne que era la más sorprendida— Si vais a buscarle un marido, no tiene dote y ...

La Reina sonrió—No debes preocuparte por eso. Llévate tu regalo. Tu hermana será duquesa. Ya he decidido el candidato ideal al ser hija de un Conde— miró a los ojos a Corianne— Es algo gruñón, pero tiene un corazón de oro y será duque dentro de un par de años como mucho. Lord Laughton es tu prometido desde este momento.

Corianne abrió los ojos como platos y la Reina se echó a reír—Veo que has oído hablar de él.

—¿Oído hablar? Es un ... un...— la Reina se echó a reír a carcajadas dejando a los demás de piedra.

—¿Cómo es? — preguntó June sin poder evitarlo.

—¡Un vividor! — exclamó Corianne roja como un tomate— ¡Un vividor y un mujeriego!

—Ese es lord Laughton. —La Reina siguió riendo— Pero también es valiente, rico y todo un hombre. Será un cambio agradable después de tu último matrimonio, niña. — dijo tuteándola haciéndole un honor.

June se acercó a su hermana—¿Es guapo?

Corianne se sonrojó aún más mientras la Reina no paraba de reír—¿Guapo? —miró a Russell — Se parece a usted.

June suspiró de alivio y sonrió a su hermana— Deberías estar encantada— le dio un golpe en la espalda encantada y Corianne que no se lo esperaba cayó de rodillas al pisar su vestido. La Reina se reía a carcajadas mientras June hacía una mueca.

—Ahora dejarme. Tengo otras obligaciones.

June se inclinó hacia ella—¿Vendrá mañana, Majestad? Haré algo especial si viene a vernos.

La Reina Victoria sonrió —Por supuesto, niña. No sé si tengo algo que hacer, pero...

Uno de los hombres de negro carraspeó— El rey de España ...

—Que se venga también— dijo June haciéndoles reír.

La Reina asintió —Por supuesto. Iremos todos.

—Gracias, Majestad.

—Cuídate, niña. Ha llegado a mis oídos que tuviste un accidente que te ha mantenido alejada.

—Ahora estoy perfectamente. —Russell la miró de reojo—Ya verá como le gusta.

—Saca ese elefante tan simpático.

—Lo haré.

Se alejaron y Corianne que estaba distraída con su mala suerte se quedó ante la Reina que

levantó una ceja. Roger se volvió y al ver lo que ocurría, la cogió del brazo tirando de ella. La Reina se echó a reír de nuevo y en cuanto salieron por la puerta miró al hombre que tenía a su derecha—
Que el Conde de Pemberton se presente ante mí de inmediato.

—Sí, Majestad.

—Vamos a ver si es capaz de mentirme a la cara.

—¿Y Lady Pemberton?

—Llama a Lord Laughton. Estoy desando darle la noticia. Va a temblar palacio.

—No puede decir que no está advertido después del último escándalo.

—Han pasado los seis meses que le di de plazo para buscar esposa. ¿No es cierto?

—Pasaron hace siete meses. — le miró sorprendida—El tiempo pasa volando Majestad.

—Cierto. Que venda de inmediato. Seguramente le sacarán de la cama de alguna de mis damas.

—Sólo de las casadas, Majestad.

Su otro asesor carraspeó— No le va a gustar que haya estado con otro hombre, Majestad.

—Pondría pegas por cualquier cosa con tal de no casarse. Se casará mañana mismo después de la función. Yo misma seré testigo. Prepárenlo todo.

—Sí, majestad.

—¿Y sobre lo que tenía preparado para el año que viene?

La Reina sonrió —Ah, sí. Haz que esté presente. Pero que no se sienta con nosotros. No soporto su cháchara.

Los asesores se miraron divertidos y respondieron a la vez— Por supuesto, Majestad.

June no pudo pegar ojo esa noche y no porque no tuviera sueño. Cuando no la despertaba Russell gritándole que no salía a la pista, llegaba Corianne llorando porque por su culpa la habían comprometido con un sátiro.

Russell la echaba a patadas, pero siempre volvía. No se daba por vencida y exasperada se levantó de la cama sólo por no escucharles.

—¡Silencio! — gritó fuera de sí. Señaló a Corianne— ¡Te casarás con ese hombre! ¡No tengo ni idea de cómo es, pero es mucho mejor que lo que te hubiera buscado tu padre! ¡Serás duquesa y vivirás estupendamente sin quejarte por compartir la ropa interior! — señaló a Russell, que estaba sentado en la cama sólo cubierto con una sábana sin darle ningún pudor por la presencia de su hermana — ¡Y tú! ¡Pienso salir esta tarde y todas las tardes que a mí me venga en gana o no me caso!

Los dejó a los dos cogiendo su bata y saliendo de la carreta para no escuchar más sus protestas. Caminó hacia la carpa y entró en la pista cerrándose la bata. Los tramoyistas estaban colocando las sillas y miró las reservadas para la Reina— Separarlas un poco. No quiero que la Reina se sienta apretada.

—Sí, June.

Unos brazos la rodearon y sonrió dejando que Russell besara su cuello— ¿Cómo me soportas?

—Porque te quiero. Por eso te soporto. —suspiró mirando a su alrededor— ¿Lo sientes?

—¿El qué?

—La emoción de una nueva ciudad. De un nuevo espectáculo.

—Cariño, Londres no es nueva.

—Pero nuestro público, nuestro espectáculo sí. —respiró profundamente— Incluso el aire huele distinto el primer día.

—Ten cuidado, no podría vivir sin ti. — a June se le cortó el aliento y se volvió para mirarle a los ojos. Russell se sonrojó— Sé que no te lo he dicho nunca y que no te merezco, pero quiero que sepas antes de salir a la pista, que te amo y que dejar que vivieras con nosotros seguramente es la mejor decisión que he tomado nunca.

—¡Si te obligaron! ¡Fuiste a buscarme porque te obligaron! Las dos veces.

Russell se echó a reír cogiéndola de la cintura y levantándola para ponerla a su altura— Es que soy muy cabezota, pero al fin me he dado cuenta. ¿No te alegras?

Abrazó su cuello y sintiéndose muy feliz —Me alegro muchísimo sobre todo porque me dijiste que nunca me lo dirías.

—Repito. Soy muy cabezota. — la besó suavemente en los labios y susurró— Recuérdalo cuando estés ahí arriba, ¿quieres? Recuerda que eres el amor de mi vida y eres parte de mi alma. — emocionada asintió—Te amo, preciosa. No des un paso en falso.

—No lo haré. Ahora ya no te librarías de mí.

Él se echó a reír abrazándola y la giró mientras los hombres sonreían observándolos.

Nerviosa sobre Atila se colocó el tocado que tenía sobre la cabeza con plumas rojas—Maldita sea. ¡Mary, se mueve el tocado!

Su amiga llegó corriendo y le entregó unas horquillas. —¡Lista! — gritó Frank.

—¡Un segundo! — se puso las horquillas y miró a Mary que asintió. Tomó aire y Albert dio el grito de salida.

—Estás preciosa— dijo Mary emocionada viéndola pasar.

June le guiñó un ojo y enderezó la espalda lista para entrar en la pista. Sonrió radiante y al

entrar escuchó al público aplaudir radiante.

—Ella sí que sabe dar espectáculo —dijo Roger a Russell, que sonrió orgulloso viendo lo preciosa que estaba con su corsé rojo con cuentas del mismo color y la faldita a juego que dejaba ver sus perfectas piernas.

Frunció el entrecejo— Esas medias no son muy gruesas, ¿no crees?

Roger se echó a reír a carcajadas por verle celoso, pero enseguida miró a la pista donde June ya se había subido encima de Atila para saludar a todo el mundo. El elefante se detuvo ante la Reina y ella hizo una bonita reverencia— Con su permiso Majestad.

—Niña, tu no necesitas permiso.

Los rumores de asombro por el trato de su majestad recorrieron la carpa y June sonrió antes de colocarse sobre la parte de atrás de Atila de espaldas y saltar hacia atrás como le había enseñado Michael para caer de pie levantando los brazos antes de correr hacia el centro de la pista mientras se llevaban al elefante. Russell siseó— Preciosa, no des saltitos.

Fue cuando estaba en el centro, cuando el trapecio llegó hasta ella y sonriendo se puso de pie sobre la barra abriendo las piernas. El trapecio comenzó a subir y cuando llegó a cierta altura, ella se dejó caer sujetándose con el interior de las rodillas. A Russell por poco le da un infarto mientras ella saludaba con las manos después de que todos se asustaran. Empezó a balancear el trapecio y Russell entrecerró los ojos—¿Qué rayos es eso?

Roger se encogió de hombros al ver descender otro trapecio a unos metros de ella— Dios mío. No va a hacer lo que creo, ¿verdad?

June saltó al otro trapecio mientras que el público se quedaba mudo de la impresión al ver que giraba y sincronizaba los dos trapecios para ir de un lado a otro de todas las maneras inimaginables. —Me tengo que sentar. — dijo Roger pálido viéndola lanzarse de nuevo al otro trapecio.

Russell no le hizo ni caso haciendo gestos a la orquesta para que detuvieran el número.

Entonces June sujeta solamente por las piernas cogió el otro trapecio sujetándose en los dos y balanceándose de un lado al otro mientras todos se levantaban emocionados. La Reina sonrió levantándose también y June soltó las piernas para subirse al trapecio y saludar. Sólo una persona no aplaudía. Una mujer muy hermosa y llena de diamantes que la miraba casi con odio. Ignorándola dejó que la bajaran y saltó a la pista para dejar entrar los caballos que la rodearon. Unnia se agachó para tenderle la fusta y siseó —Antea.

June levantó ambas cejas antes de volverse a mirar a Russell ¿Qué hacía aquella arpía allí? Su marido entrecerró los ojos y vocalizó—¿Qué ocurre?

Ignorándolo se volvió levantando la fusta y se acercó a su caballo corriendo antes de subirse sobre él. Sonrió como pudo, pero sólo pensar que aquella sanguijuela estaba allí, le revolvía el estómago. Pasó por la pista haciendo lo que le correspondía cuando detuvo el caballo ante la Reina que sonreía entusiasmada, pero sus ojos fueron a parar a los fríos ojos azules de Antea que sonrió con desprecio. Furiosa se volvió sin perder la sonrisa y salió de la pista a galope. Russell se acercó a toda prisa bajándola —¿Qué hace esa mujer aquí?

—¿Quién?

—¿Antea?

Russell pareció tan sorprendido como ella— ¿Está aquí? ¿Cómo se atreve?

—¿Está dos sillas ante la Reina! ¿Ha venido con ella?

—¡Nadie le vendería una entrada, eso te lo aseguro! — Russell juró por lo bajo mientras que los payasos entraban en la pista corriendo.

—¡Échala!

—Si ha venido con la Reina no puedo hacerlo. Y si yo puedo soportar que esté ahí tú también.

Se volvió entrando en la pista y la rabia le recorrió las entrañas. Esa zorra. Por su culpa su hombre no había confiado en ella y era la causante de la mayoría de sus lágrimas. Si Russell creía

que se iba a quedar de brazos cruzados...

Vestida de blanco con el traje que utilizaría en la despedida del show, se acercó a Michael—
¿Todo listo?

—Como falles y le des a la Reina...

—Se trata de eso, ¿no crees? — dijo maliciosa haciéndole reír.

Se subió al caballo y entró en la pista en cuanto le dieron la señal. Russell miró con el ceño fruncido a Roger—¿Esta mujer nunca me explica nada!

—Si no puedes dominar a tu mujer...— su amigo rió por lo bajo— Vas a tener un matrimonio de lo más interesante.

—¡Esto se acabó! Esta es su última función.

—Le ha cogido el gusto. Va a ser difícil que la separes de la pista. Mírala como disfruta.

Russell miró a su mujer que se estaba dando un auténtico baño de multitudes saludando al público que la adoraba— Cómo se pavonea.

Roger se echó a reír y le palmeó la espalda. Corianne aplaudía como loca desde la primera fila y ella le envió un beso emocionándola. Uno de los acompañantes de la Reina entrecerró los ojos mirándola y cuando Corianne miró hacia él, se sonrojó intensamente antes de mirar a su hermana de inmediato. El tipo gruñó al lado de la Reina que se echó a reír por su expresión haciéndole gruñir de nuevo.

June se subió al caballo mientras los payasos entraban en la pista girando de un lado a otro sin interrumpir su paso. La Reina aplaudió porque eso le entusiasmada y el hombre que estaba a su lado la miró incrédulo como si ese comportamiento no lo hubiera visto nunca.

June se concentró en Michael que el entregó una pelota. Subida sobre el caballo bajó un aro en el centro de la pista sujeto por una soga. Ella lanzó la pelota y pasó el aro. Así una tras otra hasta que una de ellas se estrelló sobre uno de los payasos estallando y tiñéndolo de rojo. Todo el mundo se echó a reír y la Reina sonrió susurrando algo al hombre que tenía al lado. Apareció una manta como por arte de magia cubriendo a la Reina, que contenta siguió contemplando el espectáculo. June siguió tirando pelotas una tras otra y miró de reojo a la bruja que la observaba con desprecio. Subida sobre el caballo tiró la pelota dándole de lleno en la cara y tiñéndola de azul. La Reina se echó a reír a carcajadas mientras que Russell se tapaba la cara como si no pudiera dominarla. June puso cara de susto haciendo reír a todo el mundo y se bajó del caballo.

—Disculpe, milady. Venga conmigo que la ayudaré. Esto hay que quitarlo de inmediato o se le teñirá la piel de azul.

—¿Qué? — gritó histérica dejando que June se la llevara del brazo. Cuando estuvo en la pista sonrió maliciosa y le susurró al oído— No deberías haber venido, Russell es mío.

Se apartó de ella y los payasos tiraron sus pelotas tiñéndola de colores mientras el público no paraba de reír.

Antea la miró con odio gritando que la dejaran y corrió hacia ella, pero se resbaló cayendo de cara sobre la hierba. Ella gritó—¡Ayudar a la dama! No seáis groseros.

Todos los payasos corrieron a ayudarla cayendo sobre ella, que gritó mientras el público se partía de la risa. Cuando los payasos se alejaron, Antea estaba totalmente despeinada y de todos los colores. Furiosa se arrodilló gritando —¡La princesa del circo soy yo!

Las risas casi tiraron la carpa abajo y June sonrió levantándose de nuevo sobre el caballo y saludando antes salir de la pista mientras los payasos intentaban ayudar a Antea a asearse continuando la comedia. Furiosa salió del circo sin que los payasos la dejaran ni un minuto.

Russell se acercó a su mujer sonriendo mientras desmontaba—¿Estás contenta?

—Mucho. Seguro que ahora no vuelve.

—Seguro que no.

—Mira que decir que era la princesa del circo. ¡Ja!

Russell se echó a reír— Cierto. No hay más princesa que tú. Lo ha dicho la Reina, así que debe ser cierto.

Sonrojada le miró de reojo— ¿Y tú qué opinas?

—Opino que ya va siendo hora de que me case contigo antes de que llegue un príncipe de verdad y se te lleve. — la abrazó a él—No deberías estar celosa. Nunca podría mirar a otra mujer que no seas tú. Ella no me importa nada.

—¡Claro que no podrías mirarla! — dijo indignada abrazando tu cuello— ¡Debes mirarme únicamente a mí!

—Entonces tendrás que casarte conmigo.

—Claro que nos casaremos.

—Bien. Pues empecemos. —la cogió de la mano y escuchó la marcha nupcial. Le miró con sorpresa—Vamos, preciosa. —se siguió atónita y jadeó impresionada cuando vio la pista llena de flores y en el centro un altar con un sacerdote con su sotana blanca y dorada esperando con la Reina al lado. Se sonrojó al mirar a la Reina, que hizo un gesto sin darle importancia.

Se acercaron al sacerdote y las parejas del circo que querían casarse se pusieron tras ellos. Sonrieron cuando vieron a Mary a y a Roger del brazo poniéndose en la fila. Corianne se sonrojó cuando Lord Laughton se acercó a ella y extendió la mano. Avergonzada colocó la mano sobre la suya y se levantó tímidamente. Se colocaron al final y la Reina levantó las manos para pedir silencio.

—Comience. Quiero ver todas y cada una de estas bodas. Sobre todo la del final.

Sus damas se echaron a reír mientras Lord Laughton gruñía por lo bajo. Corianne le fulminó

con la mirada.

Pero June no se daba cuenta de nada de eso porque no podía dejar de mirar los ojos de su marido. El reverendo empezó a hablar y Russell besó su mano antes de escuchar— Os declaro marido y mujer.

June parpadeó y miró al hombre que sonreía satisfecho—¿Ya ha terminado? ¡Con todo lo que he esperado no puede haber terminado ya!

Russell carraspeó intentando contener la risa— Preciosa, dejemos sitio para los siguientes.

—Espero que la fiesta dure más que la boda.

La Reina se echó a reír a carcajadas mientras se alejaban. Russell la besó en la sien viéndola enfurruñada, pero cuando el público aplaudió saludó como si acabara de actuar.

Russell tiró de su mano hacia la salida y la abrazó mirándola a los ojos —Ahora ya no te escapas— susurró besándola suavemente.

—¿Volverías a hacerlo?

—¿El qué?

—Regalarme esa moneda y robarme el corazón.

Él alargó la mano y sacó la moneda de oro de su escote— Es la mejor inversión que he hecho nunca. Te amo.

—Me voy a acostumbrar a escuchar esas palabras.

—Y yo me voy a acostumbrar a decirlas, preciosa.

Epílogo

—Ese canalla ...—su hermana se volvió para caminar por su carreta de arriba abajo como la última media hora.

June tomó aire de nuevo y forzó una sonrisa sentada en la cama acariciándose el vientre— No puedes esperar que se enamore de ti en siete meses sin que os hayáis visto ni una sola vez. La Reina tenía que haber pensado en eso. Que te diera un marido, no significa que tenga que vivir contigo.

—¡Eso ya lo tengo claro! ¡Me ha dejado aquí! — gritó con horror—Si padre levantara la cabeza.

—Si levantara la cabeza te casaría con un viejo, ¿recuerdas?

—Sí, pero también le pegaría un tío a Henry por ser como es.

—Le importaría un rábano.

Corianne hizo una mueca —Mira que morirse cuando cazaba. ¿Crees que le dispararon por accidente?

—No me importa.

—A mí tampoco. Afortunadamente mi madre está bien. ¿Crees que Henry se dará cuenta algún día que tiene que recuperar a su esposa, a la que por cierto no pasa una asignación?

—No sé. Se le ve muy cómodo— volvió a tomar aire y Corianne entrecerró los ojos.

—¿No estarás de parto?

—Espera media hora, que están en medio de la función.

—¡Estás loca!

—Shusss. —cambiando de tema dijo—¿Por qué no te presentas en su casa? También es tu casa. Eres la señora o la Condesa o lo que sea.

—Soy Condesa, gracias. Ni mi hermana sabe quién soy.

June se echó a reír—Eres la Condesa de Wodsworth.

Corianne puso los ojos en blanco sentándose a su lado— Igual cuando sea duquesa me quiere a su lado.

—Sí, por el tema del heredero. — se acarició el vientre— Uff, cómo duele esto. Retrásalo todo lo posible.

—Tranquila, a este paso.... —miró su vientre—¿Aviso ya?

—No, espera.

Corianne la miró preocupada— Tu marido se va a enfadar.

June sonrió— Así no le tengo aquí y no le pongo de los nervios.

—Henry también me ha dicho que le pongo de los nervios. No sé por qué, porque casi no me ha visto...

—Eso es que te desea.

Se sonrojó intensamente—¿Tú crees?

—Yo a mi Russell le pongo muchísimo de los nervios y me ama con locura. Quizás deberías hablar con él. Ponerte en tu sitio. Me encanta tenerte aquí, pero vamos a salir de gira y tienes que

tomar las riendas de tu vida.

—Las riendas de mi vida.

—Exacto. Ponle muchísimo de los nervios. Ya verás como te dice que te ama antes de un año.

Comerá de tu mano.

—Comerá de mi mano. —se levantó decidida y June abrió los ojos como platos sintiendo una fuerte contracción. Corianne palideció y salió corriendo.

—¡Espera! Un último consejo. — su hermana se acercó a toda prisa— Dile que le quieres continuamente, aunque él no lo haga.

—De acuerdo.

—A los hombres les cuesta decirlo, pero si se tienen queridos...—gimió tumbándose en la cama— Llama a Russell.

Corianne salió corriendo y varios minutos después su marido entraba como un elefante en la carreta. Ella forzó una sonrisa— Ya está aquí.

—¡Lo sabía! Me has engañado todo el maldito día, ¿verdad?

Alargó la mano ignorando su exabrupto y sonrió— Estoy algo asustada.

Él palideció— Preciosa, no va a pasar nada. Tendremos un niño precioso.

Sara llegó en ese momento— Vamos a aumentar la familia.

—Te quiero. — susurró ella mirándole a los ojos.

—Por supuesto que me quieres. Tanto como yo a ti. — la besó suavemente en los labios y se levantó muy nervioso. Salió de la carreta a regañadientes y esperó fuera como todos los demás mientras las mujeres se encargaban de ella. Corianne salió pálida sujeta por Lini y sentó a su lado.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —dijo Lini encogiéndose de hombros— No soporta la sangre.

Escucharon un grito en el interior de la carreta y Lini volvió corriendo mientras que Russell palidecía.

—Dios mío, por favor...

Corianne le miró suplicar por su esposa y por su hijo durante varios minutos— La amas con locura, ¿verdad?

La miró sorprendido antes de sonreír con tristeza— Más que a nada en este mundo.

—¿Y cómo lo supiste?

—¿Qué la amaba? —suspiró mirando a la carreta— Me provocaba, me hacía reír, me ponía furioso, pero sobre todo la añoraba cuando no estaba a mi lado.

Corianne gruñó levantándose—¿A dónde vas?

—¡A hacer el equipaje!

En ese momento escucharon el llanto del bebé y todos lo festejaron mientras que Russell corría hacia la carreta. Su esposa estaba sobre la cama agotada y Mary le ponía el bebé en brazos.

Se sentó a su lado ignorando las sábanas manchadas y preguntó a Sara— ¿Todo bien?

—Todo perfecto.

Miró a su mujer a los ojos—Lo has conseguido.

—Mira mi amor, es nuestra hija.

Él suspiró como si le hubiera caído un peso sobre los hombros— Si es como tú tengo muchísimo trabajo.

Todas se echaron a reír y June acarició su mejilla—Es morena.

—Ah, entonces es como yo. Sera una líder nata.

—Tiene algo de los dos y es perfecta— cogió una de sus manitas con ternura.

—Sí que lo es. —se miraron a los ojos expresando todo lo que se amaban—Pero nada de trapecio.

—Muy bien. Pero, ¿y los caballos?

—Ya hablaremos cuando tenga cinco años. — apartó un rizo de su sien.

—Te quiero.

—Lo mismo digo, señora Campbell.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Juramento de amo” o “Elizabeth Bilford” Próximamente publicará “Una noticia estupenda” y “Un lugar al que escapar”

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de setenta novelas para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.